

CRUZ Y RAYA

Este número ha sido visado por la Censura.

S. AGUIRRE, IMPRESOR. -- TELÉFONO 30366. -- MADRID

CRUZ Y RAYA

REVISTA DE AFIRMACION Y NEGACION



MADRID, FEBRERO-MARZO DE 1935

Este número ha sido visado por la Censura.

S. AGUIRRE, IMPRESOR. -- TELÉFONO 30366. -- MADRID

CRUZ Y RAYA

REVISTA DE AFIRMACION Y NEGACION



MADRID, FEBRERO-MARZO DE 1935

CRUZ Y RAYA

SE PUBLICA TODOS LOS MESES

Director:

JOSÉ BERGAMÍN

Secretario:

EUGENIO IMAZ

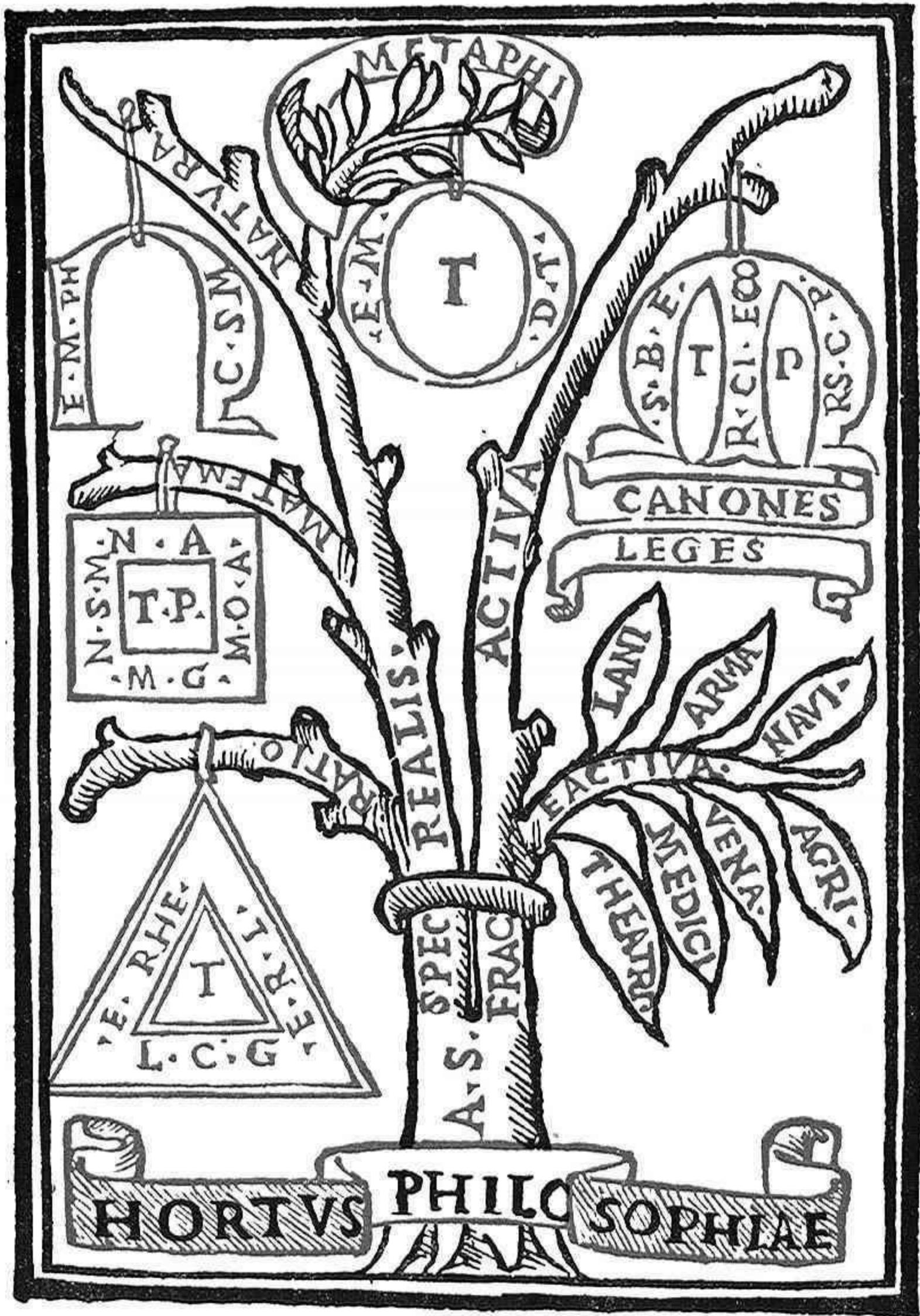
Suscripción a doce números:

España, 30 pesetas; Países adheridos a la tarifa reducida de Correos (envío certificado), 35; todos los demás países (envío certificado), 42.

Ejemplar:

España, 3 pesetas; Extranjero, 4.

*MADRID
GENERAL MITRE, 5
TELÉFONO 17573*



Sumario

*LOPE, SIGUIENDO EL DICTAMEN
DEL AIRE QUE LO DIBUJA, por José
Bergamín.*

*LOPE, FIGURA DEL DONAIRE, por
José F. Montesinos.*

SACRA AMORI ET DOLORI

*ELENA, ISABEL, MICAELA,
JUANA, MARCELA, MARTA,
ANTONIA CLARA*

AUTO DE LA MAYA

LOPE, siguiendo el dictamen
del aire que lo dibuja

Homo plerumque, etsi nolit, irascitur; etsi nolit contristatur; etsi nolit, dormit; etsi nolit, esurit ac sitit: ille autem (scilicet Christus) omnia ista fecit quia voluit.

San Agustín, *Cont. Faust.*, 8.

*...a pesar de la sangre que procura
cubrir de noche oscura
la luz desta memoria.*

Lope.

1

¿Tanta es la cólera, tanta?

Burguillos.

TENEMOS prisa. Nos espera un quehacer ineludible. Tenemos *que hacer*. Muchísimo que hacer. Aunque todavía no sepamos el qué. Ni cómo. Pero este *quehacer* que nos aguarda, nos inquieta y desasosiega. Estamos impacientes. No podemos estarnos quietos. Vamos de un lado para otro. Nos sentamos para levantarnos en seguida. No sabemos por qué ni para qué, pero tenemos prisa. Y este desasosiego nos va ganando de tal modo la voluntad, que pasamos de su inquietud primera a una impaciencia más vehemente: y de esta impaciencia a la ira, a la cólera. Nos encolerizamos porque sí, porque la impaciencia de nuestra voluntad lo manda. Y la vehemencia de nuestra inmotivada cólera nos mete tanta prisa, que ya no nos basta con levantarnos, con pasear, sino que quisiéramos salirnos de nosotros

mismos. Nos enfurecemos. Nos ponemos furiosos. Y así, por impaciencia viva, por cólera, por enfurecimiento, salimos efectivamente de nosotros, nos ponemos fuera de nosotros, en el mundo. Salimos fuera, a ese *gran teatro del mundo* en el que nuestra enfurecida pasión nos adelanta. Y todo, todo lo que entonces nos rodea, nos ilusiona, nos entusiasma. Por todo y con todo nos entusiasmos. Vamos, así, casi sin sentirlo, sin darnos cuenta, entusiasmandonos, de todo en todo; esto es, adentrándonos en todo, con total entrega de nosotros a esa totalidad que nos asume. Así, hasta perdernos. Por tan *clara confusión* de todo. Y entonces creemos que vivimos. Y que no hay más que hacer. Que no hay otra cosa que hacer más que ésta: vivir. Nos sentimos entusiasmados por nuestro hacer o creer que vivimos. Y esto hacemos: vivir, con entusiasmo: furiosamente adentrados en todo. Así salimos de nosotros mismos para ir entrando en todo. Así partimos de aquel primer impulso que primero sentíamos como desasosiego leve, como acentuada impaciencia luego, como vehemente cólera al fin. Era esa voluntad de salir a fuera lo que nos movía. Y eso queríamos, sin saberlo: vivir, existir, fuera. Creer. Creer que vivimos lo que somos, o que somos lo que vivimos: que la vida es para nosotros: volun-

tad; un querer y un hacer; que toda la vida, en definitiva, se hace o se nos hace a voluntad nuestra, imagen y semejanza nuestra: *que el mundo es nuestro*, en una palabra—porque lo creemos, porque lo creemos—: porque *lo queremos, en una palabra*, en efecto, *por amor*. No era extraña, entonces, nuestra prisa, nuestra impaciencia, nuestra cólera... Si el mundo es nuestro ser, si en nuestro afán primero y nuestra impaciencia y nuestra cólera latía este misterioso *quehacer* que es hacer el mundo, ser como dioses creadores, ¡cómo no íbamos a tener prisa, desasosiego, impaciencia, cólera!...

Pero no. Todavía no. El mundo no es nuestro todavía. Hay que templar esta impaciencia. Sosegarse. Tener calma. Esperar. Hay que sentarse y esperar. *Esperar sentados*:

... *la cólera*
de un español sentado, no se templará
si no le representan en dos horas
hasta el Final Juicio desde el Génesis.

Esto es lo que dijo, y lo que hizo, Lope de Vega. Y en el gran trecho del decir al hacer que hay en todo empeño puso como *en dos horas*, toda la comedia de su vida y toda la vida de sus

comedias. Haciendo teatro, poesía, de su vida: vida de su poesía, de su teatro. ¿Qué teatro, qué poesía, qué vida fueron éstas que así se montaron tan airada como airosamente en los cielos? ¿Qué babélico empeño? O, para decirlo con palabras lopistas: ¿qué confusión de *tan claras confusiones* fué ésta?

Montada en cólera dije alguna vez que se nos aparece la poesía del teatro de Lope. Montada en el aire. Como el más puro y diamantino, cristalino empeño quimérico de España. *No nos engaña el pensamiento* si en el aire y por el aire la reconocemos:

*No te engaña el pensamiento,
que hay hombres de tal donaire
que ponen alma en el aire
de cualquiera movimiento.*

El alma en el aire de cualquiera movimiento tiene la poesía y la vida de Lope, como la tiene Lope mismo, reflejado en ellas. *Hombre de tal donaire*, que hizo del donaire, el protagonista esencial de su obra y de su vida, haciendo del aire su señorío, su dominio. Don-aire.

El señor aire. Que este señorío del aire es el de España, la de los castillos. País de sueño. Donde el sueño de la vida *envuelve en fabulosa enseñanza*,

una moralidad: que no se pierde el hacer bien ni aún en sueños. Moralidad de Calderón, de Lope, de Cervantes y de Velázquez. Una moralidad, que como toda moralidad, es como una moneda de dos caras. Una moneda que tiramos al aire para sonarla. Por una cara Lope, Calderón; por la otra Velázquez, Cervantes... En éstas, es el señorío del aire el visible personaje que lo llena todo. Es el protagonista de las *Meninas* o las *Lanzas*; de los interiores como de los paisajes. El señor aire. Retratos del señor aire y de las señoras y señores del aire; y de todas las familias reales del aire o de más aire que en el mundo han sido. Han sido aire: resonancia, eco. Lienzos llenos de aire los de Velázquez como libros llenos de aire los de Cervantes. Unos y otros pintan el aire de verdad. El enigma de Don Quijote es éste. Mucho tiempo vine creyendo que el admirable libro cervantino estaba vacío: que la genial figura triste de Don Quijote estaba vacía, totalmente vacía. Al fin supe que no, que es todo lo contrario, que está lleno de aire, que es una asombrosa plenitud de aire, la suya. Y éste es su secreto perdurable. Como el de la demoníaca figura del Cristo velazqueño: dorado ángel de luz; apariencia angélica de Cristo; milagro – o trampa – del Demonio, como la trampa quijotesca. *Este recuerdo es una trampa del De-*

monio, nos dice un personaje del teatro de Cervantes.

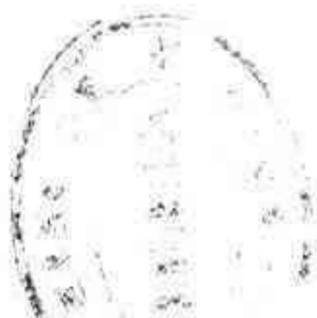
En Cervantes, como en Velázquez, el aire es protagonista visible. En Lope, en Calderón, el aire es invisible porque el hombre lo ocupa por entero. Por entero y por verdadero. Aquella mediación celeste que daban, según San Agustín, al aire los demonios – que en el aire y por el aire se mantienen como en su elemento que les es propio – cesó al llegar la redención de Cristo, único y solo mediador celeste: y por Cristo se llena el hueco, el vacío humano tan por completo que cesa el hombre en Él de ser de aire para no ser más que hombre de Dios; hombre humano o humanado de veras: cristiano, divino. Por eso, mientras Don Quijote se da al aire, dándose a todos los demonios, Alonso Quijano se da a Dios, muriendo como bueno, como cristiano. Lope empieza donde acaba el Quijote. Y esta otra *fabulosa enseñanza*, nuevamente caballeresca, es la suya: la de Lope vivo, la de Lope inmortal. Lope, humano y divino en todo: y tan humano y tan divino que siempre *está en todo*; esto es, fuera del aire y dentro de Dios (1).

Si al hombre se le quita su vanidad – había dicho Goethe – , *¿qué le queda?* Le queda el aire, o *el alma en el aire de cualquier movimiento*: porque le queda

el movimiento mismo. *Movimiento de la criatura hacia Dios*. El airoso y airado movimiento del querer, que le enfurece y entusiasma. El amor, humano y divino.

A este movimiento de amor que es *cualquiera movimiento*—el de cualquiera y el de todas y cada una de las obras de Lope como el de todos y cada uno de sus actos en la vida—dió el donaire lopista una animación viva espiritual, que es la propia suya: la de su alma, estremecida por el aire sobrenatural y naturalísimo que la alienta. Este *alma en el aire de cualquiera movimiento* es la suya propia—la de Lope—, su *donnaire*: el don de aire o *don del aire* que respira su personalidad perdurable. (Que en el teatro y en la vida, para salvarse o condenarse—para lo que sea—lo primero es eso y eso sólo: ser; existir, fuera; ser persona dramática o persona humana; y al serlo, y por serlo, imagen y semejanza divina.)

Pero este movimiento vivo que así se anima en el aire, o por el aire, que a su paso deja o que por su paso estremece, *siguiendo*, como diría Calderón—como dijo de una de sus más airosas criaturas—, *el dictamen del aire que lo dibuja*; este movimiento de amor, está, o se hace, en un espacio, o dentro de un espacio, que es, por su mecanismo propio,



espacio de tiempo. El del teatro como el de la vida. Y este espacio de tiempo, lo mismo puede ser de *dos horas*, como de *dos años*, como de *dos siglos*. El mismo Lope que escribe en veinticuatro horas (¡famoso argumento de su ligereza!) una comedia para que se represente en dos; el mismo Lope, tarda sobre cincuenta años, sobre medio siglo, en escribir otra — ¡eso sí! — para que no se represente nunca. Y es que no está en el tiempo ni en el espacio la medida de ninguna cosa duradera: porque son, por el contrario, el tiempo y el espacio, como pensó Hegel, los que se identifican en una unidad superior: que es, precisamente, la de su medida. Y la medida de esta acción, de este movimiento que imaginativamente se nos expresa por las palabras — en la vida como en la poesía —, está en su animación misma, está en su alma. Como está en el alma, en la memoria o por la memoria (apelo a San Agustín y a Bergson), la medida imaginativa del recuerdo, de los recuerdos — para que el recuerdo no sea una trampa del Demonio —; el recuerdo, que por la experiencia sensible de nuestra duración en el tiempo y en el espacio — que es nuestro ser, que es nuestra vida personal, nuestra personalidad duradera — nos anima, nos hace almas.

Nuestra ansiosa prisa de vivir, nos exige por la

memoria, por el recuerdo, por el alma, el espacio temporal que la verifica o determina: que la expresa. Espacio de tiempo. Queremos prontamente lograrlo. Un espacio que nos impacienta hallar repleto de imágenes; de historia o de historias que se repiten; de cuento o de cuentos de no acabar nunca; de vida, de sueño, de poesía. Y con aparente paradoja decimos *despacio*, para señalar nuestro afán de plenitud en la rapidez imaginativa; como aquél que pedía que le vistiesen muy despacio, porque tenía prisa: porque no tenía tiempo que perder. Despacio para no perderlo, el tiempo, nuestro ser; de espacio, para que el tiempo dure en él o por él, en nosotros, y no se nos vaya.

Lope *baraja los espacios como un prestimano los naipes*, ha escrito muy certeramente Azorín. *Y este girar fugitivo y rápido, instantáneo y brillante es lo que nos da la sensación de la perdurable vanidad del mundo. El teatro de Lope—dice Azorín—viene a corroborar la visión del asceta.*

Todo el mecanismo de la vida de Lope, como el de su teatro, podemos fácilmente explicárnoslo de este modo: como tiempo o duración espacializada (Bergson), como inteligencia: pero como inteligencia viva—actual y actuante—, como inteligencia de

amor (*intelletto d'amore*). Como el ser temporal y espacial de un sólo, voluntario y amoroso movimiento, que es, al encadenarse a la vida, a nuestra misteriosa vida, función teatral como viva de un movimiento en un espacio: tiempo vivo, dramático, de ser. En la escena real del mundo como en la del fingimiento teatral.

La crítica, unas veces corta y otras larga de vista (con cansancio o con miopía), ha creído poder entender el teatro de Lope con la mera consideración superficial de este mecanismo. ¡Cómo si la viva y poética dinamicidad *genial*—o generadora—, de Lope, no tuviese causa espiritual mucho más profunda!

Y es que esa crítica lo que intenta es un análisis de lo muerto, del despojo mortal de la poesía de Lope, una autopsia del cuerpo muerto de la comedia lopista; y ¡claro! no lo encuentra el alma, no le coge el aire.

Porque es el alma la que rige, por el aire, la actuación eterna de *cualquier movimiento* en esta persona dramática de Lope: en sus obras como en su vida. Es la animación imaginativa, creadora, la poesía, la que acorta o alarga, concentrándolo y extendiéndolo, como tiempo y espacio, en acto eterno y en jornada pasajera, la duración de un

movimiento de amor, que, por serlo, es imperecedero, permanente. El *donaire* en la vida y en la poesía de Lope es, en definitiva, una personificación –humana y divina– de la gracia.

¡Cómo que a través de la rapidez creadora de Lope, en sus obras como en su vida, se nos revela por una acción providencial de la gracia el empuje de su voluntad y de su amor, únicamente y divinamente movidos por la fe! ¡Cómo que a través de la múltiple riqueza de sus obras y acciones, del aparente desperdicio y disgregación que de ellas una engañosa o engañada crítica nos ofrece, se evidencia esa misma unidad de sentido, de finalidad y de nacimiento, virtualmente teológica de la fe, de la caridad, de la esperanza! De este modo, vemos desvirtuarse, no ya las excelentes críticas de Lope que desde otros puntos de vista diferentes se han ejercitado, sino el *punto de vista* falso que le ha negado o regateado las virtudes de la más excelsa poesía, como las de la más alta y perfecta personalidad humana, cristiana: católica.

El gran tópico peyorativo de la ligereza –disgregación y precipitación– se nos desvirtúa totalmente cuando advertimos que esa ligereza nos explica, porque verifica, la máxima virtud: el mágico milagroso *arte de birlibirloque* de Lope de Vega, y las

razones que lo afirman. En su vida, en sus obras y en su consecuencia.

Las artes hice mágicas volando.

Aquella inquietud, aquella impaciencia, aquella cólera – que decíamos – eran como la desasosegada furia desnuda del caballo ante la frágil cinta que mide el momento que ha de lanzarle a la carrera.

Y esta es prisa viva, desnuda: prisa natural y perfecta; prisa de correr, no de precipitarse en la caída. La rapidez de la carrera elude precisamente el peligro de caer, al afrontarlo con la decisión de correrlo. La carrera más rápida es la del que antes quiere lograr su curso y alcanzar la meta propuesta. Por el peligro. Vivir en peligro – como Nietzsche quería – es pensar el peligro. La rapidez del pensamiento no es otra cosa viva más que esta rapidez desnuda del caballo o del perro en la carrera.

*Que para alcanzar a Dios
mejor corre el más desnudo.*

Pero como este pensamiento no es de aire, sino de luz, atiende a traspasar la velocidad del aire mismo para alcanzar su meta luminosa y divina. La fe, he dicho alguna vez que acaso podría representár-

senos como un pensamiento rapidísimo, como la misma razón lanzada a su más imposible velocidad conocida; más que la del aire o la del viento: a la velocidad de la luz.

*Dando voy pasos perdidos
por tierra que toda es aire
que sigo mi pensamiento
y no es posible alcanzarle.*

Podemos *seguirle los pasos* a Lope por *esta tierra que toda es aire* de sus obras y de su vida, por ese mundo transparente del que su propio, luminoso pensamiento le lleva en pos. Por eso corre Lope por su tiempo como si pareciera en competencia con el correr del tiempo mismo; como si el tiempo, o los tiempos en su carrera, fueran los rivales competidores de la rapidez luminosa de su pensamiento.

¿Y no es posible alcanzarle?

Sin pararse, sin detenerse nunca, pero también sin precipitarse jamás, va siguiendo Lope su vivir y su quehacer, eterno, de la vida. Desde el primer ímpetu que le lanzara hacia los cielos. Como si este ímpetu providencial le hubiese lanzado expresamente para que cumpliera con su perfección, y para nuestro ejemplo, el primer mandato divino: *amarás*

a Dios sobre todas las cosas. Lope quiere ir amando todas las cosas para poder así traspasarlas amorosamente hasta el amor de Dios. Toda su vida es este amor. Este divino efecto de la gracia. Todas sus obras son este mismo amor. Todas sus *obras son amores.* Y esta voluntad que le determina por la gracia a vivir de este modo tan exclusiva y excluyentemente amoroso es aquella hondísima voluntad humana que tiene su raíz invisible en la divina. Lope quiso e hizo esta *santísima voluntad* suya, toda su vida. Hizo su *santísima voluntad* en todo. Porque toda su vida y sus obras verifican esta coincidencia santísima de lo humano con lo divino. Decir, por eso, que Lope, la persona, la personalidad de Lope, es la de un poeta católico parecería poco. Habría que decir más. Y se diría, al modo también de aquel donaire suyo, que ésta, por humana, por *demasiado humana*, por divina, figuración viva de nuestro Lope, nos parece, sencillamente, la del catolicismo en persona (2 y 3).

Lope, ¿el catolicismo en persona?

En efecto; el mundo verdaderamente único y diverso, universal, católico, del cristiano, vinculado a su persona propia, a su misteriosa vida personal, nos explica el sentido radicalmente único, unitario o unitarista, que motiva todas las obras y toda la

vida de nuestro poeta. Consecuencia es esa, para nosotros, absolutamente contraria a la que la más despistada crítica positivista de Lope, al cabo de un siglo, resume en frases como esta: *el genio de Lope no logra nunca, ni siquiera tiende a la unidad*. El error de este enunciado es, como se dijo por alguno, tan completo, *tan exacto*, que no hay más que volverlo al revés para obtener la más justa definición del mismo genio poético de Lope a que se refiere: que es el tender siempre a la unidad, lográndola siempre.

La unidad, no la unión de nada. *Que ser uno y unirse es diferente cosa*. La unificación personal de todo, que *esa es la cosa* para el cristiano (*la sola cosa que importa*): el ser uno, único; la unidad de ser.

Que todo lo que es, en cuanto es, es uno—definía Boecio y comentaba Santo Tomás—: *pues lo mismo decimos cuando decimos ser, que cuando decimos uno: ya que ser y uno pueden trastocarse mutuamente*. (Sum. 3.^a, qu. 17.)

¡Huideros! ¿Qué uno? ¿Qué no uno? ¡Sueño de una sombra, el hombre!, clama Píndaro, en lengua española de Unamuno. Y también: *Aprende a ser el que eres*.

Aprende a ser único. Este es el aprendizaje del vivir cristiano: el de la unidad pacificadora del ser,

por la fe en la palabra de Cristo. *Pacis doctor et unitatis magister*, le llamó a Cristo San Cipriano (De Or. Dom.) Que ser uno el hombre con Cristo, es la santa paz de esta doctrina. Lo que es punto menos que imposible para el hombre, pero no imposible del todo. ¡Infinito cálculo aproximativo el de este punto de que la salvación pende, o depende; la eternidad, la vida perdurable! Pues por este punto de su nada se ha de crear de nuevo el cristiano su ser, por el milagro de la caridad, que es el amor divino por la gracia. La vida verdadera. Punto de nada en que apoyar su esfuerzo espiritual hasta llegar a violentar el cielo. Dadle al cristiano un punto de esa nada de su ser en que apoyarse y moverá—o se moverá—hasta el cielo. Esto quiso hacer Lope diciendo:

Pues es mi nada indivisible punto.

Expresando así, paradójicamente, hasta su último extremo, la negación del hombre por Dios, la afirmación cristiana del ser, último y primero. La negación y afirmación, por la cruz, de sí mismo. En último extremo, como en principio, para el cristiano, ser o no ser es este ser uno el que es y ser uno solo y uno mismo; es este punto de la nada de su ser en que se cruza todo; sin lo cual, todo lo demás

es nada, ni siquiera un punto, *todo lo demás es silencio:*

¡Sueño de sombra, polvo, viento y humo!

Ser uno el que es – o lo que es – ser *cada uno, cada uno*, es lo que, con ignorada resonancia teológica, dice el buen sentir popular español cuando dice que *cada uno es cada uno*: como cuando dice *cada quisque* o *cada cual*. *Cada uno es cada uno*; como *cada quisque*; como *cada cual*. Lope es ese *quisque*, ese *cual*, ese *uno*, en que tan certeramente el pueblo que le rodeaba se vió reflejado a sí mismo como lo que era, o quería ser: como *cada quisque* o *cada cual* o *cada uno*; o, sencillamente, *como persona*: como una persona; y no como un cualquiera o como una cosa, como cualquier cosa. Es *un cualquier cosa*, se dice por el pueblo despectivamente (4).

Lope no es cualquier cosa. ¡Qué ejemplaridad *personal*, por eso, la suya! Aunque a los mogigatos y fariseos de una moralidad pseudo-protestante, que entre nosotros vino enmascarando la moral católica, les sirva de escándalo o, como traduciría Unamuno, de tropezadero. Tropezar con nuestro Lope de Vega, escandalizarse con sus obras y con su vida, esto es, con su persona, es escandalizarse, es trope-

zar, una vez más y siempre, con la Iglesia. Como Don Quijote y Sancho en su tenebrosa ansiedad desesperada. Topar, tropezar con la Iglesia es siempre el gran escándalo de nuestro Lope.

Pero con la Iglesia viva de Cristo no se tropieza; no se puede. Se tropieza con las piedras levantadas en su memoria y, a veces, contra su memoria. Hoy, que las piedras ya no se levantan, vemos que entre estas *vivas memorias* de nuestro poeta surgen aquellas *máquinas difuntas*; y que entre las *cenizas* y el *hielo* de que las vino cubriendo el tiempo forman aún las misteriosas cuevas:

*donde del eco, al vuelo
sólo del viento acaba las preguntas.*

Hagamos eco a nuestras preguntas en el viento, recordando, al vuelo, entre tantas piedras levantadas, y otras caídas, la voluntad viva del poeta cuando les dijo:

Que al fin sois piedras y mi historia es alma.

Su *historia es alma*, para Lope, y *alma desnuda de mortal vestido*, porque *todo puede ser uno*, para él, *la historia y la poesía*. Toda historia se identifica, en esa unidad superior de su fe, con la poesía,

por el amor, por el espíritu; gracias al soplo animador del pensamiento espiritual que la expresa, de la voluntad de amor que la concibe:

Tú sola el alma de mis versos mira.

2

El águila nos provoca con su vuelo – dice la Escritura.

Siguiendo el dictamen del aire que lo dibuja en el cielo, en los cielos, estamos ante Lope de Vega, poeta hermético de la fe católica.

Hermes es el dios que se afirma en una infancia permanente, por el aire, en la brisa del alba anunciadora, como mensajero del día. Así nos aparecen también herméticos el anuncio angélico a la niña virgen y madre: y en la media noche de Belén, la anunciadora presencia alada.

Lope inicia por un natural y sobrenatural hermetismo de poeta auténtico la verificación de una poesía que toca en sus extremos, humano y divino – natural y sobrenatural –, aquella poesía del nacimiento de su Dios con la de la infancia divina del

mito helénico, que es la del nacimiento permanente de la poesía.

Siguiendo el dictamen del aire que lo dibuja en los cielos, estamos ante Lope, poeta hermético y cristiano de los nacimientos: del nacimiento de la fe y del nacimiento de la poesía (5).

La gloria del reciente nacimiento constante de la poesía se une en nuestro poeta con la del nacimiento reciente de la fe en el Dios nuevo, herméticamente niño también, vivo y desnudo.

Es un niño lo que Lope canta— escribe Montesi- nos—, un niño que tiene «unos ojuelos tan bellos» como los que dió Murillo a sus Bautistas y a sus Cristos infantiles. Un niño que tiene frío y sueño, que «llora de amor», pero con lágrimas de niño, y al que Lope consuela y mece con canciones de cuna que hubiera podido cantar a sus propios hijos. No sin misterio incluyó en «Los Pastores» aquellos versos:

*No se dejaba mirar
envuelto en nubes y velos;
ahora en pajas y hielos
se deja ver y tocar.*

Lope toca realmente a Jesús, le acaricia. La inmensa ternura que sintió por la infancia consigue en

estos versos de «Los Pastores» su más fina expresión poética; Lope prestó a María—madre, pero también niña—palabras nacidas de sus propios sentimientos paternales.

El *hijo del hombre*, hijo de Dios vivo, humanado, encarnado, por el amor, por el Espíritu, *se deja ver y tocar* gracias a esta poesía, encarnación verbal, a su vez, del amor divino, que, por serlo, tan humanamente se expresa: tan divinamente.

Esta poesía de risas y de lágrimas—leemos también en Montesinos—, de travesura y compunción, tiene rostro de niña. Tiene encanto y frescura de infancia, y fué, como la infancia, una promesa inconcreta.

La fe con que sembré tanta esperanza—que nos diría Lope—, ¿es una promesa inconcreta? La vida de la fe, como la infancia, es, concretamente, mucho más, sin dejar de ser eso, una promesa y una esperanza. Al contrario, por serlo. La vida espiritual del cristiano, por la fe, vida misteriosa, así se verifica y expresa: como infancia eterna; como vida nueva, o constantemente renovada: recién nacida. Por el amor, por la poesía. Hermetismo cristiano, o cristianismo hermético, es esta coincidencia celeste en la que arde la niñez de una vida nueva—que como dijo Quevedo y vió admirablemente Dan-

te – , *la vida nueva que en niñez ardía*, es esta misteriosa vida de la fe para el cristiano cuando aprende, evangélicamente, que hay que ser o hacerse como los niños para poder entrar en el reino de los cielos; como niños recién nacidos para apetecer, herméticamente, la luz divina de esa aurora, la leche alba del espíritu – que nos canta la Iglesia de Cristo – , la razón intacta, inmaculada, de la gracia.

Y esta es la fuerza hermética, cristiana, de la poesía en Lope: *la fuerza de un niño. Una fuerza enorme, la del poeta, una fuerza prodigiosa, titánica* – escribe Azorín – : *parece, por lo sencilla, la fuerza de un niño.*

*Niño el esposo y niña le traía,
que gusta Dios para tratar amores
de disfrazarse en tanta niñería.*

Esta poesía de Lope, tan fuerte y sencillamente infantil, con su *rostro de niña*, con su *encanto y frescura de infancia*, se nos aparece, en efecto, como encarnación graciosa del espíritu, como expresión viva de la gracia: ardiente niñez de nueva vida, como la de la infantil Beatrice de Dante, sonriendo en el camino del Paraíso: ardiéndole la alegría de la niñez hasta el fondo de la riente llamarada viva de los ojos:

*Che dentro agli occhi suoi ardeva un riso
tal ch'io pensai co'miei tocar lo fondo
della mia grazia o del mio paradiso.*

Ver y tocar, como hace Lope con el cuerpecito niño de su Dios vivo, por la fe, porque lo que cree y no para creerlo, hace Dante con esta su pueril figuración viva del amor, encarnación pura de la gracia. A Lope, como a Dante, le sonrío la vida, la poesía, infantilmente, por la esperanza, en el camino de sus cielos o a las puertas de sus infiernos de amor: que también de Lope, como de Dante nos dijo Boccaccio contándonos su vida, su misteriosa vida, pudo decirse aquello de que *in questo mirifico poeta truouvò ampísimo luogo la lussuria*. Lujuria de amor, sombra de una inocente infancia perdida, por el pecado, para el alma: sombra de amor acusadora del pecado, mortal para el alma, por su órfico regreso infernal de tanto amor desengañada. ¡Cuántos versos de Lope no nos dicen como el de Dante!:

amor che a nullo amato amar perdona.

Mirífica y lujuriosa poesía de amor la de Lope como la de Dante, en que la sensibilidad cristiana, por serlo – sensibilidad y cristiana –, tiene estremecimiento de rezo, anhelo y alcance de oración.

Sensualitas Christi oravit—decía Santo Tomás—. La sensualidad, la sensibilidad humana de Cristo era una oración.

En estos poetas de amor, del amor, tan humanos como divinos, tan cristianos como lo son Dante y Lope, poetas tan misteriosamente vivos, la sensualidad, la sensibilidad, es oración humana también, por serlo; es súplica, es rezo, aun cuando peque.

Sensualitas Lope oravit.

Reza por no gritar esta poesía tan amorosamente desengañada. Aprieta las manos, cruzándolas, para no gritar: y acaba por besar sus propios dedos lastimados, rezando.

Cuando el amor divino, por la Encarnación—nos dice uno de nuestros más olvidados, o desconocidos teólogos del xvii—, hizo descender al Verbo eterno a unirse (como se unió) con nuestra humanidad, una de las mayores bajas en que le puso fué que entre el Verbo y el hombre hubiese comunicación de idiomas, y que se dijese muriendo el hombre, que moría Dios: y cansándose el hombre, que Dios se cansaba; y al contrario, que se afirmase del hombre lo que de Dios se afirmaba. Gran baja, o alteza de amor fué ésta. (Fr. M. Prieto, Ps. Euc., 1622.)

Gran baja o alteza de amor fué toda la vida, son todas las obras de Lope. Gran baja o alteza de

amor, que, por serlo, le dan a sus obras y a su vida, poéticamente, ese altibajo palpitante, ese ritmo vivo como el latido de la sangre (6).

* *Gran baja o alteza de amor* fué Lope.

Y por eso, poeta de amor y del amor, lírico y no trágico, reza y no grita; y está desnudo ante nosotros: en sus obras como en su vida; en su pensamiento como en su rostro. Desnudo. Desenmascarado.

Dios está desnudo, había dicho Séneca.

Para nacer y para morir como hombre, Dios está desnudo.

He aquí al hombre: se nos dijo al sacarlo vestido, disfrazado de rey de burlas, para escarnecerlo, escenificado, teatralizado, en el Pretorio. Para decirnos que no era más que un hombre, que no era Dios. *He aquí al hombre: Cristo*, vestido, enmascarado por los hombres de mala fe y para los hombres de mala fe. Y todos los hombres de mala fe siguen y seguirán enmascarando a Cristo, vistiéndolo de rey: burlándolo, que es la peor forma de negarlo, de estar contra Él.

Pero *Dios está desnudo*: sobre la cuna del pesebre al nacer como sobre la cruz al morir. Ante los hombres de buena fe, de buena voluntad, *Dios está desnudo*; como niño y como hombre: nace y muere,

humanamente y divinamente, desnudo. Porque nace y muere entero y verdadero; entera y verdaderamente. Como resucita. Cristo está desnudo ante las puertas del Infierno.

Así lo entiende Lope. Y en su carne, en su cuerpo vivo, se estremece, por ello, de alegría. Porque en su corazón de niño, de hombre—de poeta—, ha latido este sentimiento de puro amor, virtualizado por la fe, por la caridad, por la esperanza... *Y sólo el que escucha en su corazón—dice el apóstol—conoce los deseos del Espíritu. (Rom. 8, 27.)*

La carne—nuestro cuerpo—escribía Santo Tomás—tiembla, se estremece de alegría en Dios vivo: y no porque el movimiento de la carne pueda, por sí mismo, ascender hasta Dios, sino porque en ella—en nuestra carne, en nuestro cuerpo—repercute el corazón con su latido. (Sum. 3.^a, qu. 21.) (Y sólo el que escucha en su corazón conoce los deseos del Espíritu.)

A Lope, como a la Magdalena, le salvará—como a todo lo humano que verdaderamente, amorosamente, se salva—la causa misma de su perdición: su sensualidad amorosa, su sensibilidad extremada. Porque al extremarla de este modo, percibirá en su carne viva el latir de su corazón que le advierte para que en él escuche los deseos del espíritu: las voluntades o voluntad divina.

Sólo así, a bulto – decía Santa Teresa –, *sabemos que tenemos alma*. Porque no sabemos que tenemos alma sino cuando empezamos por tropezar con nuestro cuerpo, con el bulto de nuestro cuerpo que ensombrece o dibuja, de este modo, en el pecado y por el pecado, la claridad, la animación de nuestra vida. *Vida airada*, la nuestra; en la cual, por serlo, el más santo peca siete veces al día. Cosa nada fácil. Si no es la santidad esta especie de heroísmo del pecado, se le parece mucho. *Vida airada*, la de nuestro Lope: encendida, luminosa por serlo. Que al aire, al soplo del espíritu, se prende en fuego la materia leve de nuestras humanas tragedias; de los trajes, las máscaras, las mentiras que nos envuelven. *Vida airada*, porque es aire también la ira, la cólera, la impaciencia y desasosiego que nos despierta el alma; que nos anima de claras confusiones el mundo, abultándolo de pecados.

Poniendo el alma en el aire de cualquiera movimiento se anima el mundo. Pues *del mismo modo que nuestra alma, por ser aire, nos sostiene, el soplo, el aire, envuelve – y anima – al universo entero*, decía el griego. *La vida es un soplo*, en efecto (¡y qué bien lo supo hacer y decir Lope!). *La vida es un soplo*: pero un soplo divino. La vida nació, para los hombres, de este soplo divino. Lo que tiene la vida hu-

mana de divino es este soplo, este aire, este alma, este movimiento de amor que, desde el sol y las estrellas hasta el mínimo corazón humano, repercute en nuestro cuerpo vivo, en nuestra carne, haciéndola temblar, estremecer de alegría en la desnudez de Dios vivo. Hasta los huesos se nos ríen, como canta el profeta, de esta alegría viva de lo perdurable.

Dios está desnudo, por Cristo: *sin desconfiar de la esperanza, sin sentimiento del dolor, sin miedo de la muerte (sine spei diffidentia, sine sensu doloris, sine metu mortis)*. Dios está desnudo por Cristo, y el cristiano lo está por Él y para Él: desnudo; para sentir mejor en su propia carne, amorosamente, como la brisa hermética del amanecer, el temor divino. Dios vivo, desnudo por Cristo, en su infancia, en su agonía humana, en su muerte: y en su resurrección gloriosa, pone sobre nuestro cuerpo vivo desnudo, lacerado de amor y de dolor, de enfermedad, de vejez y de muerte, el soplo, el hálito, la brisa anunciadora de su esperanza. Y así el alma, en el aire y por el aire, gentilmente, envuelve y aprisiona el cuerpo, formándolo en Dios y para Dios, vivo, de ese modo, de ese movimiento de amor, que es *cualquiera movimiento* que sensualiza o sensibiliza por la repercusión del corazón en nues-

tra carne los deseos del Espíritu: deseos que fueron el hacerse uno con nosotros comunicándonos por la sangre su latido. *Que la sangre es espíritu*: porque la fe—como dijo San Pablo—tiene que hacerse en nosotros nuestra propia sangre. Y así se hace, gracias al misterio eucarístico: a la más perfecta *obra de amor*; al milagro de la Comunión cristiana.

El cuerpo, la sangre de Cristo nos encarnan de nuevo en cuerpo y sangre, invisiblemente desnudos, recuperados por la gracia: con nueva luz, con nueva verdad, con nueva vida. Nos desnudan de nuevo en el espíritu. Nos hacen hombres nuevos por la sangre que interiormente nos enciende y transparenta el alma con la fe, recién nacida, en Cristo; con esa invisible túnica sangrienta de la gracia que nos envuelve de su fuego de amor tocando en nuestros labios con el hechizo de su secreto venturoso para hacernos inteligibles, transparentes, todas las cosas de esta nueva creación divina. Máscara de sangre es nuestro rostro vivo cuando el amor lo enciende por la gracia: *que el hombre exterior se desgasta y perece para que el interior se fortalezca y dure*—dice San Pablo.

Ladrón del tiempo con disfraz, le llamo,
nos dirá Lope.

3

La mejor máscara de todas es la de nuestro propio rostro, pensaba Nietzsche. Que es decir la de nuestra alma. Máscara de cristal; transparente. Nuestro rostro está enmascarado por el alma que se espeja o refleja en él modelándolo sucesivamente de pasión o pasiones: viva y mortalmente. Cuando entre nuestro rostro y nuestra alma se pone otra máscara cualquiera, esta máscara nos ofrece la expresión trágica del destino, porque nos expresa por la risa o por el llanto la inmovilidad de una pasión, la paralización de la vida: la mueca alegre o triste de la muerte. Eso fué el teatro griego. Espejo y enigma trágico del vivir; de la vida paralizada mentirosamente por el miedo más loco de la muerte: riendo o llorando del destino. Espejo y enigma significativo de un mundo enmascarado.

Lope, poeta cristiano, dió la cara a la vida como a la muerte, arrancándole, por la fe, al destino su máscara de apariencia eterna. Y a cara descubierta, a cuerpo limpio, hizo su juego puro de vivir, desnudo, por la poesía: totalmente desenmascarado. *Poniendo el alma en el aire de cualquiera movimiento*, actúa las pasiones humanas, reflejándolas en los

rostros vivos de una figuración escénica, dinámica, sucesiva, variable; porque expresa o se expresan por ella todas las pasiones más vivas del amor: libremente, antes de que las paralice el miedo. Por eso, esta poesía del teatro lopista se crea, al contrario de la del teatro de los griegos, desde fuera, o de fuera a dentro, como el cinematógrafo. Y es tan luminosa y profunda, tan penetrante, porque traspasa con su ardoroso, acerado empeño de existir, la carne más viva del mundo; de un mundo desenmascarado, desnudo: el mundo vivo de la creación divina.

*¡Oh fábula moral que nos enseñas
que el firme amor ha de vivir desnudo!*

La mejor máscara es el rostro cuando refleja la luz celeste en que el alma le tiene aprisionado, enmascarado, por el aire, a través de su cristalina transparencia, como cuando espeja el sombrío crepúsculo de su agonía, el trance mortal y tenebroso en que la sume el daño del pecado que la rompe, que la hiere, que la lastima, que la enturbia: que la ensangrienta. *Noli me tangere*, había dicho Jesús. Porque cuando se llega al cuerpo para herirle o para profanarle, hay que romper la máscara cristalina del alma, lastimándola y arrancándole su verdadera vida.

Estas máscaras de cristal, esta animación viva que puebla de imágenes verdaderas, de tan luminosos fantasmas, la poesía de Lope, transmiten a su mecanismo dramático ese enfoque divino en que se expresa su afirmación teatral con precisión y forma de iluminaciones, de miniaturas fervorosas. Si el aire aprisionado entre la máscara y el rostro en el teatro griego (entre el alma y el cuerpo) es una trampa de la voz que se agiganta para abultarnos el pensamiento y las palabras, lanzándolas fuera en imágenes gigantescas, en mascarones espantosos de un destino trágico, que igualmente se convierte en grotesca burla—risa o llanto a gritos de pánico estruendo—, el aire libre del teatro lopista hace lo contrario: disminuye las imágenes y las palabras para precisar el pensamiento, *siguiendo el dictamen del aire que lo dibuja*; del movimiento animador del aire que lo proyecta, de este modo, como en voz baja, en íntimo coloquio espiritual, en concentración de amor puro. La figura del hombre, el destino humano, en esta otra empresa poética que Lope proyecta de este modo lírico y no trágico en un teatro paradójicamente desnudo, desenmascarado, no se nos ofrece por eso, como un juguete de los dioses, ni tampoco haciéndose dioses de juguete: sino jugándose él, el hombre en persona, a sí

mismo y por sí mismo, el todo por el todo; esto es, su propia persona, su propia alma, su propia vida: a su libre albedrío único, personal, dramático.

*No porque tengan fuerza las estrellas
contra la libertad del albedrío
mas porque al bien o al mal inclinan ellas
y no ponemos fuerza en su desvío*

nos vence el destino del amor, según Lope, con su constante desengaño. La libertad del albedrío es, en este amoroso laberinto de la vida, en esta viva *floresta de engaños* del amor, la que nos conduce el alma, en un hilo o por un hilo, arrancándonosla dolorosamente a nosotros mismos de esta entrega a la voluntad engañosa de los astros. No está escrito en los cielos ningún destino trágico del hombre, sino su presencia desnuda, y nada puede arrebatarse esta libertad de su alma para desviarse de su estrella o de sus estrellas; aun cuando sienta, dulcemente, al huirlas, al huir sus inclinaciones, por el cepo de amor que le puso este tiempo suyo pasajero:

Presa en laurel la planta fugitiva.

Lope supo de esta libertad, que es el ser único del hombre, de la persona humana. Y a esta liber-

tad del amor, del espíritu, se dió en cuerpo y alma o con alma y vida,

que adonde amor es alma, el cuerpo es sombra.

Todo se anima en su poesía, en su persona viva, por esta libertad del ser, del amor, del espíritu; por esta posesión de la verdadera caridad, que empieza, pero no hace nada más que empezar, por uno mismo, por la persona única, para poder acabar en Dios y por Dios en todo. Para que todo sea por Dios y todo pueda ser uno, Lope pordioseará el amor toda su vida de este modo: *dándole el alma a quién se la dió*, la posesión del alma, por la fe, por esa fe *con que sembró tanta esperanza*.

Si el alma es posesión, la fe esperanza,

nos dice en un verso, que le define por entero.

Lope, por eso, por la posesión del amor que le hace único, se pierde y se gana sin descanso. Todas sus obras, como su vida, nos le muestran siempre perdiéndose para poderse encontrar. Verdaderamente laberíntico, como él decía. Y es la extensión dramática de este laberinto amoroso, innumerable como sus comedias, como sus estrellas influyentes;

pero es su intención lírica una sola, única y sola: como su persona, como su alma.

Ejemplo de esto nos ofrece con sus comedias incontables y con su contadísima *Dorotea*. Esta *Dorotea*, que es el más acabado milagro del arte y del amor, de la poesía, que se haya dicho en lengua humana. Porque nos expresa en un momento único – *momento de equilibrio, de ecuanimidad, de maravillosa lucidez*, como nos dice Montesinos: *momento de comprender y sonreír* – a todo Lope; o sea a todo lo que puede sernos uno y lo mismo que para Lope: todo lo que puede ser ese *alma en el aire de cualquiera movimiento*, esa mudable y permanente encarnación graciosa, espiritual e intelectual – quiero decir inteligente – del amor: del amor más vivo, del amor más loco.

Cuando por loco amor ofende el llanto

hay que volver los ojos a esta poesía y a esta vida personal de Lope, porque todo es animación en ella, todo sonrisa. La más comprensiva sonrisa. Frontera visible de la gracia, perpetuamente renovada, mudable, sin la fijeza necesariamente definitiva de la máscara por la risa o el llanto: de la falsa fatalidad o destino que enmascara la libertad hu-

mana ocultándole a su divina Providencia. Hay que volver los ojos a esta poesía animada por la sonrisa de la más fina sensibilidad, de la más pura inteligencia, como ante el paisaje wagneriano de los *encantos del viernes santo* nos invitaba a hacerlo Barrés: *Tu lloras*, se le dice a Kundry, *mira la pradera que sonríe*.

Ma lieta Primavera mai non manca.

Esta poesía de Lope, que también para nosotros *tiene pausas de música suave*, así nos sonríe, en efecto, primaveral, luminosa y perfecta; obra viva de amor, al cabo, de la gracia; frontera espiritual de Dios vivo:

*Alma, región luciente,
prado de bien andanza, que ni al hielo
ni con el rayo ardiente
fallece; fértil suelo
productor eterno de consuelo.*

JOSE BERGAMIN

(1)

«¿Pero el alma, que suspira por tales ficciones quiméricas, no ofende a tu amor, confiando en falsedades y manteniéndose, cual camaleón, del aire?

»¿Pues qué es otra cosa vivir a la vanidad que alimentar a los demonios mismos? Esto es, servirles de entretenimiento y risa». — (San Agustín. *Conf.* Lib. IV. Cap. II.)

(2)

Entre otras muy buenas razones de que las obras sean amores, leemos en nuestro Fray Melchor Prieto (*Psalmodia Eucharistica*, Madrid, 1622) las que siguen:

«Los hombres, como interésales el amor, llaman y estiman por beneficio la materia de la obra que redundada en su provecho, pero en todo rigor y verdad, ni el amor es las obras, ni ellas se pueden llamar buenas ni malas, sino en cuanto proceden o no de este afecto.»

«Sólo lo que nace de amor es buena obra y favor, y eso es lo que queremos significar con decir: *obras son amores*; efecto y demostración del amor son las obras buenas.»

«Que las palabras no sean ni se deban llamar amor, es cierto, porque no suele haber cosa más mala y engañosa que ellas, aunque más amor signifiquen; y no sólo en rigor las palabras, pero a veces ni aun las obras son amor, y más cuando son hijas o de la cortesía o de la obligación o de la fuerza; y aun del odio. Las obras que son amores son las que proceden de la voluntad y del amor.»

«Que amor y voluntad es una misma cosa, no sólo nuestro modo de hablar español lo dice, que para decir quiero a fulano, dice: téngole voluntad, sino también es frasis de la

Escritura Santa (*sumere voluntatem pro amore*), como parecerá de muchos de sus lugares. Hablando Malaquías en nombre de Dios, enojado con los hombres, les dijo: No os tengo voluntad, no os puedo ver, aborrézcoos de muerte.»

«San Agustín, con su acostumbrada agudeza, dice: El verdadero amor es una transformación o conversión del amante en la cosa amada.»

«Hacemos una misma cosa, que en eso consiste el amor: en unificar a los que se aman. Y así definió Teofrasto el amor, diciendo: El amor es una conformidad, una junta y unión de dos voluntades en una. De manera que el unir no es lo principal que el amor hace ni pretende, no es ese su deseo, sino consuelo de la flaqueza de los amantes; lo que él procura es hacer una misma cosa, que los dos que se aman sean uno, *que ser uno y unirse es diferente cosa*. Únese aquello que se abraza con otro, pero no es uno lo que en sí no tiene otro ser sino sólo aquel del que ama.»

«Así lo vemos en Dios, entre el Eterno Padre y su Unigénito Hijo, cómo se aman con amor infinito, que es el Espíritu Santo, y no hay flaqueza ni limitación de sujeto que limite su poder y fuerza en amor. No se contenta el amor con unir al Padre con el Hijo, sino que los hace uno (*ego pater unum sumus*). Y así está todo el Padre en el Hijo, y todo el Hijo en el Padre; y si entre todos hubiera dos esencias no se amaran con virtud infinita: porque el amor hasta llegar a hacer un ser de dos personas no descansa ni se quieta.»

«Este fué el propósito primero que Dios tuvo acerca de los hombres desde *ab eterno*, hacerlos una cosa consigo: así lo dió a entender el Espíritu Santo, que introduce allí el Verbo Eterno, antes de la formación de los siglos, y representa los eternos gozos en que se hallaba mirándose en su Eterno Padre, y amándose con el Espíritu Santo, infinita y puramente (*Et*

delectabor per singulos dies). En mis eternidades — dice el Verbo —, me deleitaba, gozando con pureza de los regalos y gloria infinita común y una misma en todas tres personas (*Et delicia mea esse cum filius hominum*); y mis gustos, cuidados y regalos, era estar con los hijos de los hombres. Caso espantoso que en medio de los gozos de las divinas personas, con que todas tres se gozan y aman infinitamente, diga el Verbo, ¡que tenía ansias por otros deleites, y que éstos eran el estar acá con los hombres! Gran cosa somos si nos supiéramos estimar, pues fuimos objeto poderoso, si no para parear e igualar el gusto con que Dios se amaba a sí, a lo menos a introducirnos en medio dél, y de que aquel fuego del Espíritu Santo, entre los incendios sagrados y llamas inaccesibles del amor del Hijo y del Padre, centellease en cuidados de gozarse con los hombres. Y aún más dicen estas palabras de lo que suenan en la común exposición de todos, que es decir que tenía Dios deseos de hacerse hombre y morir por ellos.»

«Parece que no podía Dios desear ser hombre, en competencia de gozarse consigo; que no es ese el intento primero del amor: y así aquel ser con los hijos de los hombres (*Esse cum filius hominum*), no quiere decir *estar* con los hombres, sino *ser* con ellos.»

(3)

¿Lope, *el catolicismo en persona*?

Esto nos extraña.

Y, sin embargo, no nos extrañaría nada, en cambio, decir: Lope poeta y católico. O sea, separar la poesía de la fe que de otro modo aparecen unidas, juntas, como cualidad personal; pero volviendo a unir las o a reunir las, sustantivamente y no adjetivamente, diríamos, en la personalidad viva que las engendra o que en ellas se engendra: en la persona humana de Lope.

En una palabra—y con ello centro una de las cuestiones que a propósito de Lope pueden plantearse (cuestión, no problema, porque no es lo mismo)—, en una palabra: ¿existe una poesía católica independiente de aquella personalidad que la vivifica o verifica? ¿Es Lope, en sus obras y en su vida, la personificación de esa poesía?

Y digo en sus obras y en su vida porque, precisamente, lo que esencialmente y no sólo existencialmente define la personalidad de Lope es esta unificación de las obras y de la vida —o de las obras con la vida—por el amor o en el amor: unificación, que no unión amorosa. *Por lo mucho que amaba*, Lope alcanza esta unidad superior del espíritu. Por lo mucho que amó, pecando, o por lo mucho que pecaba amando—que viene a ser igual—, se redimía o se encontraba, perdido o por perderse. Y así vemos, tan vivamente, que *obras son amores* en Lope y *no buenas razones* como en Calderón.

También, por esto, se le ha comparado con Goethe, con el lento Goethe. Por este amor de todos sus pecados que aparenta unir las obras y la vida. Y aún más, en su principio, por su pecado original, generador de tantos males, por aquella primera salida teatral a las apariencias del mundo. Lope está, en efecto, más cerca de los años de aprendizaje de Guillermo Meister que del olímpico burgués de Weimar, que, en definitiva, como le reprochó Novalis, los había traicionado. Cabría aceptar la equiparación entre Goethe y Lope, precisamente para esto, para decir que Lope es, o hizo en su vida, con su vida, exactamente todo lo contrario que Goethe.

Lope no se traiciona. Para todas las cosas tiene el mismo amor. Su personalidad no se hace de egoísmos, sino de generosidades. Se enriquece a fuerza de dar. Es un milagroso derroche de vida y de poesía. Y esta amorosa generosidad con que se pierde, e encuentra o le gana: le salva. Por no perder de vista la palabra evangélica de que el que quisiere salvar su vida, la perderá: Lope, por perderse y perderla, la

ganaba. Por saber que *una sola cosa importa*: el amor. Que la semilla muera en el surco. Por eso dice y hace lo que dice o como dice: amar, que totaliza y unifica. Por eso, para él, efectivamente, *todo puede ser uno*. Porque *unirse y ser uno es diferente cosa*.

Goethe *une* su obra, o sus obras, con su vida. Lope, separándolas, *las unifica*. Y esta unificación lopista del amor —o por el amor— es el eje espiritual, la virtud cardinal de sus obras como de su vida: pues sobre esta unidad invisible monta y gira —a semejanza de la creación— el movimiento que amorosamente le expresa.

Por eso Lope, como Dante, y todo lo contrario que Goethe —el de *sin prisa, pero sin reposo*—, hace su creación, viva y lírica, por el amor, como Dios en el *Génesis*: *con prisa, pero con descanso*.

Mas vengamos a la poesía católica. Y a lo que esto sea.

No es el catolicismo una religión vaga, imprecisa, que pueda fácilmente dejar invadir sus fronteras imaginativas por esa otra especie de religión o religiosidad vaga e imprecisa de una poesía sin más, de una poesía pura o poesía deshumanizada, como se ha dicho. A esta religión positiva, concreta, que es el catolicismo, se llega también por esas zonas fronterizas de su poesía como por otra parte cualquiera, por ejemplo, por la superstición; lo cual no quiere decir naturalmente —ni sobrenaturalmente— que esta religión sea poesía ni que fuese superstición; o, lo que es lo mismo, que esta poesía lo sea como una especie de religión o superstición. No. Porque una vez más, como tantas otras, tendríamos que repetir lo mismo: que lo malo es hacer poesía de la religión, haciendo religión de la poesía. Porque tan malo es la poesía de la religión como la religión de la poesía. Una poesía católica como un catolicismo poético.

Por eso no conviene establecer relaciones genéricas: por ejemplo, entre poesía y religión o fe y poesía, sino determi-

nar, especificar, concretamente, esta relación misma, definiendo expresamente, antes, de qué fe o de fe en qué, como de qué poesía o de poesía de qué, es de lo que se trata.

Poesía católica querrá decir, en todo caso, para nosotros, aquella poesía que se junta o convive con la fe católica en la persona viva del creyente. Esto es, que no habrá tal poesía de la religión, que no habrá tal poesía católica, ni en la historia ni en la liturgia del catolicismo, sino en la representación personal del creyente, en su verificación o vivificación propia. De este modo no hay poetas católicos, sino católicos poetas —como diría el papa Pío IX—. Lo cual no evita, naturalmente, que la poesía del católico tenga o pueda tener esa resonancia o motivación espiritual y personal—humana—de su fe. Aunque también pueda no tenerla. Como sucede lo contrario, a veces; que es en la obra poética más ajena a un creador católico donde encontramos ese inmotivado reflejo o resonancia católica, esa espiritual transparencia.

La cuestión que entonces se plantearía sería ésta: ¿cómo se juntan, si se juntan, cómo conviven, en el poeta y en sus obras, la fe y la poesía?

Desde luego, no es una cuestión psicológica, ni el llevarla a ese terreno tendría interés ninguno para nosotros. Es ésta una cuestión totalizadora y única: una cuestión de índole, si se prefiere darle este nombre, exclusivamente metafísica. Yo preferiría decir, sencillamente, una cuestión crítica. La cuestión crítica que plantea la persona humana, viva, verdadera de Lope, poeta y católico.

La cuestión no se plantea, pues, como un examen de conciencia, sino como un juicio crítico sobre el conocimiento creador, sobre lo que el también admirable poeta y católico Paul Claudel ha llamado *co-nacimiento*.

Por eso nos situamos así, críticamente, ante Lope como ante un poeta típicamente co-nacedor del mundo—de sus mundos—, característicamente nacional; pero no nacional de

España como historia, sino de España como poesía: que es como palabra, y, en definitiva, como pueblo; o como palabra o voz del pueblo, que es voz o palabra humana, humanísima, de Dios. Por eso nos encontramos ante Lope como ante el nacimiento de una poesía, que—si se nos perdona la simetría conceptuosa—es la poesía del nacimiento, dando a esta palabra *nacimiento* todas las resonancias imaginativas que para nosotros comporta. Nacimiento humano y divino: natural y sobrenatural: en la carne y en el espíritu. La encarnación espiritual, misteriosa, en el hombre de la gracia. El nacimiento y renacimiento sucesivo del hombre por la gracia, por el amor.

(4)

El pueblo no se hace, sino que *nace* cuando se individualiza o personifica. Lo que se hace es *la masa*. Y una *masa* es todo lo contrario de un pueblo; porque una masa es *una cosa*, y *una cosa cualquiera*. La unión hace la fuerza de la masa, o por las masas. La unificación hace a un pueblo vivo. Y esta unificación sólo en algo, o por algo, ajeno al pueblo mismo, se verifica.

(5)

La oculta, misteriosa, milagrosa dinamicidad del *nacimiento*, expresada en una inmóvil apariencia de éxtasis, es lo que nos revela el secreto de la poesía lopista; por el nacimiento de la poesía como por la poesía del nacimiento.

Pues por este movimiento de amor se llega al éxtasis, que no es muerte o paralización del movimiento en Lope, sino plenitud de él con apariencia quieta, como en los astros. Es como la representación extática que de la máxima dinamicidad del amor se nos ofrece en los *nacimientos* populares de nuestra Navidad doméstica. Los mejores *nacimientos* son los que absorben en éste, su significativo sincronismo, mayor plu-

ralidad de figuraciones anacrónicas: hasta trenes, automóviles, aviones, luces eléctricas, etc., etc... Porque así se hacen los más ricos de concentración imaginativa, espiritual, en sus breves tiempos y espacios absolutos. De este modo *todo puede ser uno*, como quiere Lope: sin unirse. Porque la unidad del ser—que es, en definitiva, la raíz humana y entrañable—de todo lo que llamamos *pueblo*, se expresa espiritualmente de ese modo puro, analfabeto, en la representación popular de los *nacimientos* españoles. Es lo que entendió e hizo Lope. Y en ello radica, vivamente, su auténtica popularidad. Por eso quiso unificarlo todo, amorosamente, sincronizando, al modo de lo popular español, la historia y la poesía. Por la animación, por el aire.

(6)

«Todo en Lope se resuelve en poesía, y todo se resuelve en poesía en el mundo. La sensualidad de Lope no es, en último término, sino una forma de poesía. Y quitarle a Lope, con un piadoso baño lustral, esa sensualidad, sería tanto como cegarle su rico minero de inspiración constante y flúida. No lo hagamos. Dejen en paz los filisteos a Lope». — (Azorín. *Lope en silueta*, 1935.)

Lope, figura del donaire

1

Verdad, poesía.

2

Lope, figura del donaire.

3

La vida no es sueño.

4

Dorotea.

5

Gerarda.

6

Don Bela.

7

Don Fernando.

8

Celajes.

9

La muerte.

1

Verdad, poesía.

HAY melindrosos catones – dice Lope en *La Do-rotea* – que, en viendo en las comedias un galán muy tierno, presumen que el poeta imita sus costumbres mismas, censura indigna de hombres cuerdos que de las cosas naturales hacen milagros (I, v). Lope quiere apartar la aviesa curiosidad de los maliciosos, que, ni más ni menos que los eruditos de nuestros días, escudriñarán en las páginas de esa autobiografía poética motivos de escándalo. ¿Fué sólo por pudor por lo que escribió esas palabras? ¿O quiso más bien, celando la verdad, exaltar la poesía?

Porque el poeta no puede *imitar sus costumbres* en las de sus galanes, tiernos o no tiernos. Al escribirlas se ha sobrepuesto a ellas. No hay obra verdaderamente artística, de contenido autobiográfico, que no sea, en estricto sentido, una expiación. Lope

quiere apartar la curiosidad de los lectores de aquellos pecados en que la expiación se origina. Están confesados todos, están dichos con veracidad insoportable, porque al poeta penitente le interesa demasiado la confesión para que puedan interesarle ya las culpas. Culpas que el tiempo y la intención poética tiñen con un suave gris de lejanía.

Desde hace un siglo los eruditos vienen utilizando *La Dorotea* como el mejor de los documentos que pueden ilustrar la vida de Lope; su valor como testimonio quedó definitivamente establecido cuando un feliz hallazgo comprobó la exactitud de los sucesos que Lope evoca. Pero la aberración inconcebible, de que aún no estamos curados en España, según la cual la vida de un poeta condiciona la comprensión de su arte, hizo tales prodigios de inversión de términos y dislocación de elementos, que por mucho tiempo *La Dorotea* se nos perdió como obra de arte. Fueron desoídas las cautas palabras de Lope, se perdió la clave de la acción, y desde el momento en que unas actas procesales aseguraron la veracidad del testimonio, todos pudieron prescindir de lo poético, ya que para la biografía de Lope, que era lo que importaba, todo el libro era documento fehaciente, *la pura verdad* o la verdad casi pura.

Lope pudo parecer un Cadalso, notario de sí mismo, aunque de mejor pluma y de mayor ingenio. Y nadie supo ver hasta hace muy pocos años que esta maravillosa *Dorotea*, trasmutación poética de la vida de Lope, aparecía opuesta *ex-diametro* a toda cabotinada romántica. Representa el polo opuesto a todo romanticismo (1).

2

Lope, figura del donaire,

Ni aun en aquellas obras que fueron brotando día por día del atormentado espíritu de Lope, amante de Elena Osorio, ni en los romances de amor y desamor, ni en la comedia de *Belardo el furioso*, se limita Lope a la comisión de un pecado de narcisismo doliente, ni rehuye nunca la saludable expiación, sentido de sus poemas de mocedad. Un instinto maravillosamente seguro, más la virtud disciplinadora de una técnica literaria que en gran parte era creación suya, mantienen a Lope en equilibrio. La literatura que entonces inficiona su vida, falsea su carácter, arruina su moral, traza a la obra

linderos infranqueables, inscribe en ella delicadas estructuras, la sostiene en ese plano sobre que gravita con una apariencia de cosa ingrávida. El arte de Lope puede ya cristalizar estos contenidos vitales que se precipitan en él con ardores de lava. El arte es lo único fijo en esta vida juvenil que, como la resaca de una oleada, parece arrancar de nuevo y mezclar a sus espumas fragmentos, esquivarlas de aquel mismo arte sobre que revierte. Este fluir y refluir de la vida y la literatura vitalizó ésta en la medida que relajaba aquélla. Desde la lejanía con sol de su vejez, Lope contempla este espectáculo, y a su contemplación debemos *La Dorotea*, cuyo tema poético es la realidad de esa extraña mezcla de vida y literatura. Lope no se sitúa ahora dentro del mundo, a un tiempo real y de ficción, que siempre fué el suyo; es a la vez creador, espectador y crítico de sus criaturas, y las ve a mejor luz porque está más cerca de la muerte.

Para examinar *La Dorotea*, la obra de Lope nos ofrece varios miradores, y contrastes excelentes con que apreciar las más finas calidades de la realización poética. Tenemos *La Arcadia*, tenemos el teatro. Sobre todo el teatro. *El mismo mundo* — escribíamos hace años — *bulle, con vivacidad increíble, en estas páginas excelsas, sólo que esta vez — ¡quién lo*

diría!—Lope va a dar la razón a las figuras del donaire. Sería más exacto decir que la figura del donaire, una figura ponderada, no anti-heroica, es ahora Lope mismo; Lope, viejo escudero de Don Fernando, carne y, por tanto, conciencia suya (2).

3

La vida no es sueño.

Al renunciar al verso, Lope invierte la perspectiva a que nos tiene acostumbrados. Va a operar un acercamiento por medio de enfoques imprevistos. Don Fernando ya no puede ser, pese a sus propósitos, galán de comedia, ni Julio gracioso. Otra figura del donaire, hombre de humor, que está detrás de la escena, les ha jugado una mala pasada. *Calla pícaro, que no estás en la comedia*, dice con aguda conciencia de la situación Celia a Julio (I, v). No es la comedia, aunque parezca serlo; no lo es porque Don Fernando es Don Fernando y su pasión no es sangre, sino literatura. Aquí está Don Fernando—la mirada de Lope es implacable—, un galán como otros al uso, con *sus calcillas de obra y sus cueras de ámbar, esto de día, y de noche broqueletes y espadas*,

y todo virgen, capita untada con oro, plumillas, banditas, guitarra, versos lascivos y papeles desatinados (I, 1); vive como otros tales *en aposentos de mozos, donde sólo hay espadas de esgrima, baúles de vestidos y instrumentos de música* (I, v), los aposentos en que la comedia, un ensueño, no puede ser vivencia real. En ellos, la vida es un suspirar por la aventura que nunca se cumple, un continuo urdir trazas que la realidad siempre defrauda. Sólo por la literatura, por el fingimiento, puede lograr Don Fernando el nivel que al galán de la comedia le franquean su sangre y su esfuerzo. Sólo por la literatura puede Dorotea ser más que Dorotea. Porque el ser lo que es la incapacita para dama de comedia. Ahora la vemos en nuestra proximidad: sus ojos bellísimos, aunque algo desvergonzados, que antes que los enviden quieren; su linda boca siempre riante, su color trigueño, su cabello encrespado, y la oímos hablar ceceosa, *con que guarnece de oro cuanto dice, como si no bastara de las perlas de los dientes*; y oímos sus bachillerías, y sabemos que *es muerta por hemistiquios*. Cosas todas ajenas a la máscara y al coturno. Sólo en los versos puede Dorotea dejar de serlo, y no para ser Laura, pues Don Fernando no es Petrarca, sino para pasar por más humildes transformaciones y que la canten en algún

romance *si de cristianos, Amarilis; si de moros, Jarifa, y el galán Zulema* (I, II).

La tensión dramática en que viven estos personajes nace de que la vida se resiste tenazmente a plegarse a su capricho, de que la vida no es sueño. Hay impulsos rebeldes que rompen los mejores propósitos de estilización de la vida, circunstancias que se imponen a la conciencia y perturban o desvanecen las más cultivadas ilusiones. Hay en Don Fernando, el galán frustrado, esa inquietud que se polariza una vez en el bofetón a Dorotea, otra en aquel intento literario de suicidio que Julio reduce a una consulta bibliográfica (I, v); frente a uno y otro Lope ha puesto la carta de Dorotea, aquel sentido lamento que ocasiona la sevicia celosa de Don Fernando, la más pura y verdadera palabra de mujer que haya obtenido jamás la poesía. Este triángulo que ha trazado Lope, figura del donaire, contiene la ley estructural de *La Dorotea*: entre el impulso infrahumano y la exaltación inhumana, una milagrosa voz de humanidad, que por serlo nos parece pura norma entre deformidades. Esta carta de Dorotea, en que la forma aparece emanada de su razón vital como el grito emana del dolor, va a ser el punto donde se apoye Lope. Esta adecuación del grito al dolor será la razón de su anti-romanticismo.

Dorotea.

La autenticidad de esa mansa voz de queja es ya contraste de todo lo que en el libro se dice, y el que sea esa carta y no otra cosa lo que Don Fernando extrae del tesoro de sus reliquias tiene demasiada importancia para que podamos atribuirlo a un venturoso azar. Otros papeles de Dorotea guardaría su amante, papeles de refinada literatura. Lope opone a Dorotea su propia carta. El amor está aquí expresado con la diáfana evidencia de lo vital; está en ella como un impulso primario, erotismo emanado de entrañables ansias maternas que se distraen y adormecen en la posesión de Don Fernando, amante filial. Pero Don Fernando ha hecho que Dorotea pierda el sentido de su amor, que es el sentido de sí misma; le ha hecho perder su razón de ser, que ella busca vanamente en justificaciones literarias. *¿Qué mayor riqueza para una mujer que verse eternizada? Porque la hermosura se acaba y nadie que la mira sin ella cree que la tuvo, y los versos de su alabanza son eternos testigos que viven con su nombre... Amor no es margarita para bestias,*

quiere entendimientos sutiles... Fernando me quiso en Madrid y me querrá en Sevilla, y si se le olvidare, yo le enviaré allá mi alma que se lo acuerde (II, II).

Amor quiere entendimientos sutiles, y todo el afán de Dorotea—maleada irremediablemente—es merecer celebridad perdurable. Un nombre, figurar en uno de esos catálogos de mujeres ilustres que traen los centones humanísticos, buenos para ser citados por Julio (I, v). Tan lejos estamos del mundo cómico, que Dorotea se olvida de que el amor ortodoxo es entendimiento sutil, no exigencia de entendimiento. Toda la verdad poética de Dorotea está en este su perverso afán de perseguir la sutileza merecedora de un amor que la nobilita. Desde su vida frustrada, aspira a ser Laura, es decir, a hurtarse a su destino humano para convertirse en paradigma. ¡Con qué maravilloso arte está lograda esta figura, que se expresa a sí misma en la forma más contradictoria, que vemos reflejada en todo cuanto llena su ambiente: en las malignidades de Julio, en las ironías de Gerarda, en el rendimiento de los dos galanes, en la descripción de Clara, en los celos de Marfisa! Ese nuevo efecto de perspectiva que Lope ha conseguido al enfocar la comedia, hace que el rico y vario mundo de las cosas se adelante al mismo término en que aparecen los perso-

najes. Los objetos los ligan a este mundo, y como la tembladera de plata y el Cupido de oro que tira a un Dios marino y lleva la divisa *Omnia vincit amor* son alma de toda una escena, así los regalos de Don Bela parece que están aquí para acercarnos a Dorotea, para que la veamos en la corporeidad, sorprendente como nueva, que le dan estas telas y estos pasamanos. *¡Qué bien asientan las clavellinas de nácar sobre lo verde!... Estas medias blancas hacen las piernas más gruesas...* (II, v). Las cosas obligan al diálogo y a la familiaridad; Lope las usa como un punto de referencia, contraste de desatinos, correctivo de exaltaciones. Bien sabe Gerarda subrayar cuán fuera de propósito vienen las citas de Platón y Plutarco entre pasamanos y manteos, sortijas, medias y zapatos. Como el Cupido de oro parece que le hace valorar con mayor exactitud el lenguaje afectado de Dorotea, muerta por hemistiquios, y el de sus galanes. *Hipérboles y energías*, dice campanudamente Don Bela, y Gerarda, con la joya en las manos: *Parecen frutas de las Indias, como plátanos y aguacates* (II, 1).

Un impulso amoroso y maternal, la verdad irrefragable de las cosas en torno... Por todas partes Lope va multiplicando términos de comparación, puntos de referencia. El más eficaz es el dolor. Un

dolor silencioso como el que envenena el alma de Marfisa, una de las figuras de mayor verdad poética de toda la acción en prosa. Marfisa escucha, con el alma transida, serena e irónica. Don Fernando viene a embaucarla con el cuento de sus valentías: *... no de otra suerte que el toro que cerca de la vaca estaba echado, cuando por la senda que divide el prado siente latir los perros del cazador... ¿Qué quieren?, dije... – Eso no dijera el toro,* interrumpe Marfisa, sonriente. Pero luego sacrifica a Fernando sus joyuelas (I, vi).

5

Gerarda.

Nada tan significativo como la actividad de este personaje de estirpe celestinesca que Lope ha llamado Gerarda. Podría pensarse que al crearlo se valió de rasgos de alguna conocida de su mocedad, pariente, amiga, vecina oficiosa de Elena Osorio. Pero interesa comprobar, de una parte, que lo caricaturesco de Gerarda no puede ser consecuencia de un propósito vengativo; Lope no tomó de los recuerdos de su juventud nada que no pudiera justi-

ficar artísticamente. De otra parte, Gerarda tiene en la tradición literaria tanto arraigo como el que pudiera tener en la vida. Todo el planteamiento de *La Dorotea* como tragicomedia celestinesca es demasiado evidente, y evidente, dado el formalismo artístico del Siglo de Oro, que no podía concebirse tragicomedia en prosa sin *Celestina*. Por eso, porque tales supuestos son de toda evidencia, es por lo que la figura de Gerarda maravilla. La ley artística que preside la mente de Lope le impone, ahora que intenta seguir el camino de Rojas, desviaciones esenciales. Del plan será lo que se quiera; la realización no ofrece rasgo alguno que repugne a la ley estructural del libro.

Lo que Lope debe a la famosa *Tragicomedia* es enorme; le debe los conceptos fundamentales de su teatro. Las derivaciones directas y normales de *La Celestina* están en la comedia clásica. Por no haberlo visto así formuló Menéndez Pelayo su afirmación, tan divulgada como errónea, de que el arte de Lope es una continuación genial del de los tiempos medios. A que lo fuera se oponía el valladar infranqueable de *La Celestina*. Desde su aparición no había medievalismo posible, había quedado al descubierto la complejidad del mundo y del espíritu. Rojas redujo este descubrimiento a un esquematis-

mo que sigue siendo el esqueleto de la comedia lo-pesca. Y una de las más imprevistas sorpresas que nos depara *La Dorotea* es precisamente la de que Lope no se haya limitado a levantar las arquitecturas airoas de su comedia sobre los planos de siempre, que ha modificado la planta del edificio. Ni las proporciones son las mismas, y ha variado la perspectiva. Gerarda se adelanta hacia nosotros como los demás personajes y se sitúa a su mismo nivel. Lope, hombre de humor, les va a hacer una burla a los que sobre la escena encarnan papeles análogos a los que a él plugo representar fuera del tablado. Lo celestinesco ha perdido sus misteriosos prestigios infernales. Gerarda no tiene ya pacto, ni tácito ni expreso, con el demonio; se desternillarían de risa los que la oyeran pretender tal cosa. Sus incitaciones a gozar de las rosas de la juventud tienen algo de vergonzante. Nada hubiera enseñado a Dorotea, que ya por Don Fernando sabría cómo todo ello derivaba de Ausonio. Prefiere engañar por vista de ojos y por alegría de palabras: ... *estás abrasando el mundo con la nieve de ese hábito partido del escapulario azul... ¡Mira, mira qué búcaro tan lindo!* (II, iv). No es culpa suya, sino de Don Fernando, si Dorotea no sabe lo que se hace. Todos, Don Fernando y Don Bela, Dorotea

y Teodora, son gentes mayores y conscientes, autores de sus destinos, o si no lo son, si hay en ellos algo viciado y torcido, la culpa no es ciertamente de Gerarda, sino de la cultura desvitalizada de que participan. ¿Podrá hacer Gerarda a Dorotea daños mayores que los que le ha hecho Don Fernando? Sólo puede echarla en brazos de un hombre indiferente y rico que no satisface, pero tampoco contraría sus más íntimas ansias. ¡Qué generosamente ha sentido Lope todo este conflicto! Los oficios celestinescos de Gerarda no se cumplen entre condenaciones solemnes ni en un ambiente misterioso que venga a envolver en su calígene almas transidas y candorosas de Calistos y Melibeas. No hay Calistos ni Melibeas. Gerarda carece de sentido moral, como otra persona puede carecer de olfato o estar ciego, y en las demás de *La Dorotea* el sentido moral está pervertido o desviado. No hay repugnancia entre unas y otras. Gerarda, a la que no pueden reprochar acción alguna que ellas mismas no hayan realizado, se les impone como un tipo curioso y un divertido espectáculo. Los ojos avezados a la captura de cosas peregrinas, de gestos, de ademanes, de palabras, no pueden resbalar indiferentes sobre la original vitalidad de este ser, viciosamente aferrado a cuantas cosas puede ofrecer la vida al

hedonismo esteticista de Dorotea o de Don Bela. *No se puede negar que tiene gracia, y yo conozco muchos presumidos de ciencias que saben menos latín*, dice sencillamente Dorotea, comentando el descosido hablar de Gerarda ebria (II, vi).

6

Don Bela.

¿Ha sido alguna vez Lope rival de Don Bela? Si hay algo en *La Dorotea* que pueda parecer exceso de malicia, no atañe para nada a los actos que en Lope pudieron despertar resentimientos; el mayor sarcasmo es la mención de aquellos aranceles de Caballero de la Tenaza por los que Don Bela se gobierna. Nadie desmiente la laudatoria descripción que del indiano hace Gerarda: *Tiene linda presencia, alegre de ojos, dientes blancos que lucen con el bigote negro como sarta de perlas en terciopelo liso; muy entendido, despejado y gracioso...* (I, 1). Con Dorotea, Don Bela es liberalísimo.

Pero mayor es la generosidad que podemos admi-

rar en Lope: la de haber puesto propios sentimientos en boca de su personaje. Hay en los últimos años de la vida del poeta un conmovedor período, aquel en que amó a Amarilis, agitado de pasiones, manchado de fealdades, sacudido de celos; en alguna carta Lope nos ha transmitido lamentables detalles, y en otros textos la expresión más violenta del odio que contra el marido de Doña Marta llegó a concebir. Pero las desgracias que visitaron su hogar fueron purificando los afectos; si él había sido, *como los ruseñores, más voz que carne*, lo fué mucho más ahora que, en la decadencia de sus fuerzas físicas, veía unidos sus destinos de hombre a la flaqueza de una ciega demente. El amor de Lope, que aquí en *La Dorotea* llora sobre Amarilis muerta patéticas elegías, había pasado por momentos de espiritualidad depuradora, llegó a ser necesidad poética coherente con una actitud platonizante que no nos extrañaría nada en Cervantes, pero sí mucho en Lope. Alcanzó sus mejores formas en los sonetos de *La Circe*:

*Amor con tan honesto pensamiento
arde en mi pecho y con tan dulce pena,
que haciendo grave honor de la cadena
para cantar me sirve de instrumento.*

*No al fuego humano, al celestial atento,
en alabanza de Amarilis suena
con esta voz que el curso al agua enfrena...*

Y de este tono son los versos de Don Bela, y como los desengaños de Lope sus desengaños. Entiéndalo o no Dorotea, el amor es esto que él siente, tanto más tierno cuanto más ajena la causa a los efectos que produce. En la maravillosa escena a que nos referimos (V, 1), el limpio juego artístico de Lope tiene algo de milagroso. No es sólo generosidad; artísticamente Lope no puede hacer otra cosa que expresar la ley vital de sus personajes. Don Bela, que hace versos — *memoria de los estudios de sus primeros años* —, pero que no es un literato, comprende lo que Don Fernando no ha comprendido nunca, y Lope siempre, desde que deja de ser Don Fernando. El amor no admite fuerza. El modo de manifestarse, como toda forma de convivir, tolera y requiere normación y cultivo, pero toda la literatura enmascaradora de apetitos no podrá simular un amor inexistente. El sentido del amor se nos revela, como todas las verdades, por modo trascendente; pero esto nada tiene que ver con propósitos de adulterar lo que es inalterable, reductibles por tanto a simulación. No se trata de destruir

la razón vital de Dorotea, ni la finura de su afecto puede medirse por la oportunidad con que cite a Camoes, aunque sea mucha la gracia que la lengua portuguesa adquiriera en sus labios. (Lope olvidará a Elena Osorio con la analfabeta Micaela de Luján, en la que habrá numerosa prole; cuando escribe recuerda a Marta de Nevares, madre de Antonia Clara.) Dorotea comprenderá el amor en la medida en que la comprensión femenina es posible, y no deberá fingir otra... Y he aquí que el filósofo Don Bela, impuesto en el favor de la dama por la fuerza del oro, resulta mucho más merecedor de sus favores que Don Fernando, incapaz de amar; Don Bela quiere con el alma, y Lope puede atribuirle sus propios versos de amor, los que él no sabía escribir sino pensando en Amarilis. ¿Los comprenderá Dorotea?, piensa Laurencio, suspicaz como criado de comedia. Si no los comprende, ¿no será por culpa de Don Fernando? ¿No es culpa de Don Fernando la situación moral y social de su amante? – *Mira, Laurencio, lo que ha de entender Dorotea de mi pluma son las libranzas de los mercaderes para sus galas; esto (los versos) basta que yo lo entienda* – dice Don Bela.

Don Fernando.

¿Qué literatura es esa que trae enajenado a Don Fernando, tan fuera de su ser, tan tirano del ser de los demás? Examinémosla un poco valiéndonos indiferentemente de ejemplos coetáneos o posteriores a la acción de *La Dorotea*. Esta literatura ha sido, junto a lo biográfico, lo más estudiado y comentado, y no sin razón, ya que es aspecto esencialísimo de la obra. Destaca tanto más cuanto que Lope, llevado de intereses y pasiones muy suyos y muy del momento en que escribe, ha cometido, al ambientar la figura de Don Fernando, anacronismos graves. Podemos explicarnos bien qué hondas preocupaciones poéticas han llevado a Lope a explicar su héroe según la estética de 1630 y no según la que regía en 1580; no gana con ello el libro. Lope silencia cosas indispensables para la comprensión de las actitudes de su protagonista, y hace necesario colmar las lagunas de *La Dorotea* con algunos recuerdos eruditos. Comete además una inconsecuencia al rejuvenecer poéticamente a Don Fernando. Dado el sistema de Lope, la vida y la poesía del personaje no coinciden; esa poesía

debió ser culterana, ya que el culteranismo es la consecuencia artística de la actitud vital que Lope reduce al absurdo en cada página.

Estos jóvenes que entre 1580 y 1590 dan un nuevo sentido a la poesía española, están citados expresamente en un pasaje de *La Dorotea* junto a algunos precursores verdaderos o sospechosos y otros contemporáneos cuya vinculación al grupo se debe a azares de convivencia y cronología. *Grandes poetas son los de esta edad... Vicente Espinel, Marco Antonio de la Vega, Pedro Láinez, el Doctor Garay... los dos Lupercios, Don Luis de Góngora, Luis Gálvez de Montalvo, el Marqués de Auñón, el de Montes Claros, el Duque de Francavila, el canónigo Tárraga, el Marqués de Peñafiel... Pedro de Padilla, el Doctor Campuzano, López Maldonado, Miguel Cervantes, el Jurado Rofos, el Doctor Soto... Liñán de Riaza, Don Luis de Vargas Manrique, Don Francisco de la Cueva, el Licenciado Berrío, y este Lope de Vega que comienza agora* (IV, II).

Ingenios y señores. De muchos nada sabemos, pero de otros no ignoramos un dato importantísimo: que fueron los creadores de aquel romancero artístico que difundió por todos los ángulos de la península, gracias a las tonadas de Juan Blas de Castro, de Juan de Palomares o del maestro Capi-

tán, los doloridos sentires de las cortes poéticas que algunos magnates castellanos gustaron de reunir en torno suyo. Gran importancia tiene esta colaboración de ingenios y señores, pues ella dió a la vida su ademán literario, elaboró refinados modos de cortesanía. Fueron años de desapoderado practicismo poético—el practicismo de Don Quijote—; la vida que en Alba de Tormes o en Las Navas fluía lenta y monótona, necesitaba una estilización de ámbitos y superficies. Esa vida no era bastante rica ni bastante fuerte para modelar sus formas, y la voluntad literaria se las sobreponía como una máscara. Un curioso pudor de los hombres, esposos o hermanos, mantenía alejadas de todo este tráfago a las damas de alcurnia; la experiencia esteticista se intentaba donde no era posible perder honra ni violentar normas familiares, Las Amarilis, Filis, Belisas y Anardas eran damas equívocas, cortesanas, comediantas, mujeres como Dorotea, participantes de la locura literaria mientras las capacitara para ello su belleza y su adiestramiento histriónico. Actrices en esta gran comedia que saltaba de los tablados a los jardines, despojadas de sus papeles por el capricho o por los años. El sentimiento provocado operaba excitaciones y arrebatos, cuya expresión se confiaba a las más refinadas técnicas. Un

eco confuso y remoto se levantaba en toda España; las gentes traían y llevaban las amenazas y fieros de los moros fingidos, las quejumbres pastoriles que resonaban en Alba, en Toledo o en Alcalá. Eran algo exquisito, aristocrático; nadie ignoraba su origen. *Esto cantan agora los músicos del Duque de Alba*, añadía Gerarda a la mención de un romance de Lope, lamento sobre las crueldades de Elena Osorio (V, vi).

Este prerromanticismo, que, como el otro, el de los días de Cadalso, fué embotamiento del sentir y oquedad de alma, tuvo en general mejores consecuencias artísticas. Acometió como una dolencia a los mejores espíritus, oscilantes entre sentimentalidades y cinismos. Fueron los años en que Lope alternó sus romances de desamor con los más afectuosos, tratando de borrarlos, aunque eran expiación de la borrascosa licencia de su mocedad, con chuscadas inverosímiles, que querían hacer creer que todo era convencionalismo y juego, que el poeta pensaba ni más ni menos que Góngora, quien por entonces entonó su frívola letrilla (1583):

*Manda Amor en su fatiga
que se sienta y no se diga,
pero a mí más me contenta
que se diga y no se sienta.*

Sólo era serio lo que procedía de fuente libresca. Como toda esta actitud no era más que humanismo degenerado, sólo los paradigmas nobilitaban acciones que en sí nada valían, como que llegaron a ser simple remedo de nobles actitudes. Y ni siquiera eso. Paradigmáticos llegaron a ser los casos raros, las audacias, las extravagancias adscritas a un peregrino personaje antiguo, deshumanizado hasta quedar reducido a un nombre y a una anécdota. Se forma un curioso casuismo en el que ocurre la particularidad de que sólo se tienen en cuenta los casos morales coincidentes con los consignados en las *memorabilia* de la antigüedad. La vida se ve disgregada en casos *clásicos*. *Díjole Armenio a Ciro que no mataban los maridos a sus mujeres cuando las hallaban con los adúlteros por la culpa de la ofensa, sino por la rabia de que les hubiesen quitado el amor y puéstole en otro —¡Extraño pensamiento! y que, mirado bien, debe de ser el primero movimiento para matarlas, como se ha visto en muchos que han sufrido la ofensa mientras ellas no estaban enamoradas* (III, IV). La erudición no ofrece criterios con que valorar la vida; cuando se trata de la propia, de las pasiones, de los impulsos de uno mismo, todo se supedita al parecer de los antiguos. El hallazgo poético se impone a la voluntad, no sobreviene acu-

ciado por ella. Los ingenios — y tal vez los señores — viven atentos a ciertos lugares comunes de conducta, coincidentes con los lugares comunes poéticos (3).

Con este aspecto erudito y pedante de *La Dorotea*, que Lope no podía evitar, han chocado los más de los críticos. Nuestro poeta conservó siempre resabios de aquella su deformación juvenil, pero aunque hubiera conseguido expeler hasta el último resto de pedantesca erudición, hubiera tenido que acudir a ella para explicar las reacciones de sus personajes. ¿Cómo comprenderíamos a Don Fernando si no supiéramos que conocía al detalle toda la psicología de las pasiones, que tenía prevista la más nimia moción del ánimo, ya en el amor, ya en los celos, en el fervor como en el hastío? Continuamente puede argüir con Julio sobre el coherente desarrollo de cualquier proceso pasional. (Véase, por ejemplo, I, v.) Ni olvidará en ningún momento sus autores.

JULIO: *¿Por qué arrojas la espada?*

FERNANDO: *Porque no diga Alciato que está en manos de un loco (III, 1).*

Pero en la misma *Dorotea* empieza a dibujarse

cómo una sana naturaleza poética tenía que reaccionar contra ese falso sentido de la normación de la vida. En todo el largo y divertido comentario al soneto culterano (IV, II), entre tanta hojarasca literaria como Lope ha acumulado, en serio y de bur-las, hay alguna protesta contra el exceso de tópicos y frases de autoridad, contra la esclavización del intelecto. Pero fueron sobre todo estímulos vitales los que permitieron a Don Fernando superar aquel estado imposible; fué por salud corporal y mental por lo que pudo llegar a ser Lope. En los diálogos de *La Dorotea* en que alternan gentes de letras averiguamos la causa del salvamento. Todos los personajes de *La Dorotea* conservan despiertos los sentidos. Sienten vivas las cosas en torno, las ven ricas de colores y de luces, el prójimo se les patentiza tal como es. Ya hemos visto ejemplos. ¡Qué percepción tan viva de las cosas y qué arte de sugerir! *Convaleció Dorotea, hubo muletilla, tocado bajo, punto de toca los primeros días, y después algo del cabello descubierto, como que era descuido; de esta transformación resultó un hábito azul y blanco...* (III, IV). Todos estos detalles son claros síntomas de lo pasajero del eclipse. Y el hastío de Don Fernando, a quien empieza a empachar tanta comedia frustrada. Su ausencia, el aumento de las fortunas de Don

Bela, la inconstante constancia de Dorotea; esta desesperante obstinación de la vida a ser lo que es, este negarse a que él enloquezca, a que Dorotea llegue a ser Porcia o a ser Mesalina: esto acaba por imponérsele y por serenarlo. ... *Comenzó mi espíritu a sosegar, mi corazón a suspenderse y todas las acciones de hombre cuerdo y prudente volvieron a la patria del entendimiento, de donde las había destruido la inquietud de imaginarme aborrecido; porque estaban de la manera que suelen los hierros de un reloj deshecho, que volviendo a poner cada uno en su lugar, obra concertadamente su armonía (V, III).*

8

Celajes.

De todos aquellos años de hervorosa locura sólo fueron víctimas las mujeres. El horóscopo de César aparta a Fernando de Marfisa; Dorotea sólo vivirá para su venganza. La imaginamos, agriada y resentida, vuelta en sí de su enajenación literaria para no ser más ella misma. Lope, por sentido estético y por piedad humana, no alude sino con unas

palabras proféticas de César a la pesadumbre de un próximo futuro preñado de desdichas, y no ha querido exhibir nuevamente las de su víctima, la ronca porfía de la perseguidora, que ha de abrir para Don Fernando cárceles y ha de dictar para él destierros.

Lo que resta fueron trabajos de Don Fernando, los trabajos fecundos de que sale la obra de Lope. El cual se dará ahora al esfuerzo grave que le aconsejaba Ludovico (III, iv), depurado su espíritu en las penalidades sufridas durante la jornada contra Inglaterra, donde liquida su pasado, donde queda definitivamente muerta para él Dorotea-Filis,

*volando en tacos del cañón violento
los papeles de Filis por el viento.*

Los trabajos de amar y sufrir. *Vos tenéis la parte de la fortuna en los amores; sabed que os esperan inmensos trabajos por su causa,* profetiza César (V, viii). Pero ya estos amores, culpables o legítimos, van a ser otra cosa, y otras van a ser las mujeres de Lope, desde esta humilde y dulce Belisa, que le sigue fielmente a lo largo de todos los caminos de España. Lope se transforma,

libre de las locuras de Don Fernando, desde el momento en que hace suya la filosofía amorosa de Don Bela.

9

La muerte.

No hay cosa más incierta que saber el lugar donde nos ha de hallar la muerte, ni más discreta que esperarla en todos. Con estas palabras termina *La Dorotea*. Antes de caer, como pesadas gotas, al final del libro, su espíritu llena, como un vapor denso y oprimente, los maravillosos diálogos que preceden a la muerte de Don Bela, a la caída de Gerarda. Desde el final revierten sobre toda la acción. ¿Qué es ya de este tráfago de pasiones sin sentido, de gestos melindrosos, versos, canciones, muecas, papeles, risas, llantos, sentencias, desatinos, ahora que la muerte llega? Aquella muerte que en otro lugar hemos llamado *Parca de la graciosidad*. El último rasgo de humor de Lope es derivar la enseñanza de *La Dorotea* de la muerte de Gerarda, entre lloros la heroína y burlas de Celia. Pero ¿no eran todos unos? ¿Qué importa la persona del que cae ante la

gravedad de la caída? Momentos antes sucumbe Don Bela bajo las espadas de unos agraviados. La misma muerte se cierne sobre todos. El presagio de su llegada da un maravilloso tono de recogimiento a todo el acto. Los personajes parecen prepararse para un futuro de mayor medida, de mejor quehacer, de más grave decoro. En la cercanía de la muerte todos se convierten a una moral que siempre han desoído y que es la verdadera. Su fórmula sería: *Vitam impendere aeterno*.

Moral enemiga de todo romanticismo que incida perturbadoramente en el limpio curso de la vida. Esa moral de *La Dorotea*, sentido de todo el libro, la sitúa en la única perspectiva en que puede discernirse el conjunto de los propósitos y de los resultados. *La Dorotea* es, en cierto modo, *La Educación Sentimental* del siglo xvii, con las desemejanzas, claro está, a que obligan las diferencias de los tiempos. Tampoco se rechaza en ella un romanticismo para postular otro, ni el mandamiento moral es restrictivo. No impone Lope a los demás limitaciones que no acató él mismo. Pero la vida no es sueño—ni la muerte—. Y no hay moral en Arcadia. Lope nos indica, sonriendo, la necesidad de vivir seriamente, de observar seriamente nuestra ley vital, lo que da sentido a nuestros actos. Conculcarla

es ser Don Fernando, Dorotea, Gerarda—serlo tal vez sin la simpatía que les ha prestado la pródiga generosidad poética de Lope—. Vivir con autenticidad nuestra vida con los ojos en la muerte. Porque el sentido de la conducta trasciende sobre ella desde la Eternidad.

JOSE F. MONTESINOS

(1)

Quizá fué Klein, *Geschichte des Dramas*, quien en su interpretación de *La Dorotea* alcanzó el más bajo nivel de comprensión que pueda imaginarse. No valdría la pena recordarlo si en libros más modernos, como la *Literatura* de Pfandl, no hubiera rasgos que quizá se expliquen por aquella manera de ver, o de no ver, mejor dicho. A. Castro, *Vida de Lope de Vega*, Madrid, 1919 (en colaboración con H. A. Rennert), enriqueció este libro con consideraciones originales muy finas y exactas; ya entonces reclamaba un estudio cumplido de lo que en *La Dorotea* es arte y no documento. En el mismo sentido escribí yo algunas líneas en el prólogo a las *Poesías líricas*, de Lope (Clásicos castellanos), II, 68-74. La mejor interpretación de *La Dorotea* sigue siendo hasta hoy la de K. Vossler, *Lope de Vega und sein Zeitalter*, München, Beck, 1931 (traducción española de Ramón de la Serna, Madrid, «*Revista de Occidente*», 1933, págs. 200 y siguientes). Para algunas referencias a actitudes vitales y artísticas que aquí no pueden detenernos, véase mi ensayo *Cadalso o la noche cerrada*, «*Cruz y Raya*», núm. 13.

(2)

Téngase en cuenta mi estudio *Algunas observaciones sobre la figura del donaire en el teatro de Lope de Vega, Homenaje a Menéndez Pidal*, I, 469-504. En él se intenta poner en claro el sistema dramático de Lope, basado en una distinción analítica, hecha sensible por la simbolización divergente de los estímulos elementales del espíritu. Aunque la figura del donaire, en contradicción con los galanes de comedia, suele aparentar actitudes antiheroicas, ello no es indispensable; ocurre sobre todo cuando el antiheroísmo está destinado a dar la nota cómica, pero hay figuras del donaire perfectamente serias. Me atengo en este estudio a la línea que me impone *La Dorotea*, sin incidir en la vida de Lope, que presenta no pocos aspectos, claramente conscientes, de figura del donaire. Él sabía muy bien lo que le cumplía como secretario de señores, y cuándo tenía que hablar *en estilo de criado* (Epístola al Conde de Lemos).

(3)

Este problema de la literatura y la vida es mucho más complejo de lo que parece sospechar Spitzer, *Die Literarisierung des Lebens in Lopes Dorotea*, Bonn, 1932, quien en este opúsculo ha mostrado mucha menos penetración crítica que en otros dedicados al análisis estilístico de obras españolas. A las circunstancias históricas que condicionan el fenómeno he aludido antes (*Revista de Filología Española*, 1926, XIII, págs. 142, 150 y sigs. *Poesías líricas*, de Lope, ed. cit., II, págs. 17 y siguientes). Para la extraordinaria importancia que los intereses literarios de la nobleza española tiene en el desarrollo del culteranismo, véase Artigas, *Góngora*, página 264. Respecto a la importancia que el lugar común moral y poético tiene en la manera de concebir las cosas y de valorarlas, aduje interesantes detalles en mi edición de *Barlaán y Josafat* (*Teatro Antiguo Español*, VIII), páginas 241 y siguientes.





S A C R A
Amori et Dolori

A la concha de Venus amarrado.

Garcilaso.

Las cuerdas que volvió la lira estrellas.

Lope.

ELENA

*QUERIDO manso mío que vinistes
por sal mil veces junto aquella roca
y en mi grosera mano vuestra boca
y vuestra lengua de clavel pusistes,*

*¿por qué montañas ásperas subistes
que tal selvatiquez el alma os toca?,
¿qué furia os hizo condición tan loca
que la memoria y la razón perdistes?*

*Paced la anacardina por que os vuelva
de ese cruel e interesable sueño,
y no bebáis del agua del olvido.*

*Aquí está vuestra vega, monte y selva;
yo soy vuestro pastor y vos mi dueño,
vos mi ganado y yo vuestro perdido.*

1

... ya la Primavera
animaba los árboles desnudos,
con verdes almas por los troncos rudos,
las aves daban música a las flores,
y una fuente parlera
a la noche contaba sus amores,
cuando ninfa cruel que yo quería
de aquella verdè selva
(Eco el amor la vuelva),
otro pájaro amó grande y lustroso
(yo pienso que oropéndola sería),
del bosque a Manzanares toldo umbroso,
más rico de vestidos y colores,
pero no de tan dulce melodía,
aunque cantaba en oro sus amores:

Elisa se llamaba
la ninfa, y era tan hermosa y bella,
que el sol se la llevó para su estrella;
ésta, porque yo quise
vengarme amando a Nise,
Nise que me adoraba,
y a quien cantar solía
luego que amanecía
el alba entre sus ojos,
mandó, por dar venganza a sus enojos,
a un cazador que en lazos me prendiese;
prendióme, y de mi libre patrio nido
despójame atrevido,
sin que yo le ofendiese,
y en su cárcel me tuvo tiempo largo,
que a los presos jamás parece breve,
y con injusto cargo
(así tal vez a los jueces mueve
ira, amor y codicia).
Desterróme de selvas y de prados,
disfrazada en justicia
la venganza amorosa;
yo entonces de pastores y ganados
despedime llorosa,
y ellos también lloraron
mayormente una vez que me escucharon

estas tristes canciones
con más suspiros y almas que razones:

*Sola esta vez quisiera
dulce instrumento mío me ayudarás,
por ser la postrimera,
y que después colgado te quedaras
de aqueste sauce verde,
donde mi alma llora el bien que pierde.*

2

DE una recia calentura,
de un amoroso accidente,
con el frío de unos celos
Belardo estaba a la muerte.
Pensando estaba en la causa
que quiso hallarse presente
para mostrar que ha podido
hallarse a su fin alegre.
De verle morir la ingrata
ni llora ni se arrepiente,

que quien tanto en vida quiso
hoy en la muerte aborrece.
Empezó el pastor sus mandas
y dice: –Quiero que herede
el cuerpo la dura tierra,
que es deuda que se le debe;
sólo quiero que le saquen
los ojos y los entierren,
por que los llamó su dueño
la ingrata Filis mil veces.
Y mando que el corazón
en otro fuego se queme
y que las cenizas mismas
dentro de la mar las echen,
que por ser palabras tuyas
en la tierra do cayeren
podrán estar bien seguras
de que el viento se las lleve.
Y pues que muero tan pobre
que cuanto dejo me deben,
podrán hacer mi mortaja
de cartas y de papeles
y de lo demás que queda
quiero que a Filis se entregue
un espejo por que tenga
en qué se mire y contemple.

Contemple que su hermosura
es rosa cuando amanece
y que es la vejez la noche
a cuya sombra se quede,
y que sus cabellos de oro
se verán presto de nieve
y con más contento y gusto
goce las horas que duerme.

3

HORTELANO era Belardo
de las huertas de Valencia,
que los trabajos obligan
a lo que el hombre no piensa.
Pasado el hebrero loco,
flores para mayo siembra,
que quiere que su esperanza
dé fruto a la primavera.
El trébol para las niñas
pone al lado de la huerta,
por que la fruta de amor
de las tres hojas aprenda.

Albahacas amarillas,
a partes verdes y secas,
trasplanta para casadas
que pasan ya de los treinta,
y para las viudas pone
muchos lirios y verbena,
por que lo verde del alma
encubre la saya negra.
Torongil para muchachas
de aquellas que ya comienzan
a deletrear mentiras,
que hay poca verdad en ellas.
El apio a las opiladas
y a las preñadas almendras,
para melindrosas cardos
y ortigas para las viejas.
Lechugas para briosas
que cuando llueve se quemán,
mastuerzo para las frías
y ajenos para las feas.
De los vestidos que un tiempo
trujo en la Corte, de seda,
ha hecho para las aves
un espantajo de higuera.
Las lechuguillazas grandes,
almidonadas y tiesas

y el sombrero boleado
que adorna cuello y cabeza,
y sobre un jubón de raso
la más guarnecida cuera,
sin olvidarse las calzas
españolas y tudescas.
Andando regando un día,
vióle en medio de la higuera,
y riéndose de velle,
le dice desta manera:
— ¡Oh ricos despojos
de mi edad primera
y trofeos vivos
de esperanzas muertas!
¡Qué bien parecéis
de dentro y de fuera,
sobre que habéis dado
fin a mi tragedia!
¡Galas y penachos
de mi soldadesca,
un tiempo colores
y agora tristeza!
Un día de Pascua
os llevé a mi aldea
por galas costosas,
invenciones nuevas.

Desde su balcón
me vió una doncella
con el pecho blanco
y la ceja negra.
Dejóse burlar,
caséme con ella,
que es bien que se paguen
tan honrosas deudas.
Supo mi delito
aquella morena
que reinaba en Troya
cuando fué mi reina.
Hizo de mis cosas
una grande hoguera,
tomando venganzas
en plumas y letras.

ISABEL

*MI bien, nacido de mis propios males,
retrato celestial de mi Belisa,
que en mudas voces y con dulce risa
mi destierro y consuelo hiciste iguales:*

*segunda vez de mis entrañas sales,
mas pues tu blanco pie los cielos pisa,
¿por qué el de un hombre en tierra tan aprisa
quebranta tus estrellas celestiales?*

*Ciego, llorando, niña de mis ojos,
sobre esta piedra cantaré, que es mina
donde el que pasa al indio en propio suelo*

*halle más presto el oro en tus despojos,
las perlas, el coral, la plata fina...
Mas ¡ay! que es ángel y llevólo al cielo.*

1

¡OH dura y terrible ausencia
prolija, enfadosa y larga,
robadora de mis bienes
y de mis males la causa!
Por ti viven mis cuidados,
por ti muere mi esperanza,
por ti crecen los deseos
y mengua la confianza.
Ausente está mi pastora,
pero si ausente me amara,
dichosos son mis deseos,
dichosas llamas mis ansias.
Belisa, señora mía,
regalo y bien de mi alma,
si sientes lo que yo siento,
¿qué sufrimiento te basta?

Que si el amor que me tienes
con el que te tengo iguala,
¿cómo se dilata el tiempo?,
¿cómo tu venida tarda?,
que el plazo que señalaste
para verme en mi cabaña
ya se acercó y no veniste;
ya mi paciencia se acaba.
¿Quién puede tanto en mis penas?
¿Quién mis glorias desbarata
y no pensando ofenderme
me ofende, lastima y mata?
Y no conozco alegría;
mil siglos ha que me falta:
de noche cuento las horas
y las del día me cansan.
Todo me es tiniebla oscura
sin ti, que eres mi luz clara.
Si piensas que era fingido
el amor que te mostraba
y que engañada vivías,
vives en ello engañada,
y si quieres hacer prueba
de mis sinceras entrañas,
y ver mis horas cumplidas,
ven a cumplir tu palabra.

2

LLENOS de lágrimas tristes
tiene Belardo los ojos
porque le muestra Belisa
graves los suyos hermosos.
Celos mortales han sido
la causa injusta de todo,
y porque lo aprenda dice
con lágrimas y sollozos:

*El cielo me condene a eterno lloro
si no aborrezco a Filis y te adoro.*

Mal haya el fingido amado,
lisonjero y mentiroso
que juzgó mi voluntad
por la voz del vulgo loco,
y a mí, necio, que dejé
por el viejo lodo el oro
y por lo que es propio mío
lo que siempre fué de todos.

El cielo...

Mis enemigos me venzan
en pleitos más peligrosos
y mi amigo más querido
me levante testimonio,

jure falso contra mí,
y el juez más riguroso
de mis enemigos sea
del lado parcial devoto.

El cielo...

Y jamás del claro Tajo
vuelva a ver la orilla y soto
ni a ver enramar sus vides
por los brazos de los olmos;
enviuden las tortolillas
viendo que gozas a otro;
jamás tenga paz contigo
y siempre guerra con todos.

El cielo...

Cubra el cielo castellano
los más encumbrados sotos
porque el ganado no pazca
y muerto lo coma el lobo.
Llévese el viento mi choza,
el agua falte a mis pozos,
el fuego abraze mi parva,
la tierra me trague solo.

El cielo...

3

DE pechos sobre una torre
que la mar combate y cerca
mirando las fuertes naves
que se van a Ingalaterra,
las aguas crece Belisa
llorando lágrimas tiernas,
diciendo con voces tristes
al que se aparta y la deja:
*Vete, cruel, que bien me queda
en quien vengarme de tu agravio pueda.*

No quedo con solo el hierro
de tu espada y de mi afrenta,
que me queda en las entrañas
retrato del mismo Eneas
y aunque inocente, culpado,
si los pecados se heredan;
mataréme por matarle
y moriré porque muera.
*Vete, cruel, que bien me queda
en quien vengarme de tu agravio pueda.*

Mas quiero mudar de intento
y aguardar que salga fuera

por si en algo te parece
matar a quien te parezca.
Mas no le quiero aguardar,
que será víbora fiera,
que rompiendo mis entrañas,
saldrá dejándome muerta.
*Vete, cruel, que bien me queda
en quien vengarme de tu agravio pueda.*

Así se queja Belisa
cuando la priesa se llega;
hacen señal a las naves
y todas alzan las velas.
*Aguarda, aguarda, le dice,
fugitivo esposo, espera...*
*Mas ¡ay! que en balde te llamo
¡plega Dios que nunca vuelvas!*
*Vete, cruel, que bien me queda
en quien vengarme de tu agravio pueda.*

MICAELA

Y A no quiero más bien que sólo amaros,
ni más vida, Lucinda, que ofrecer
la que me dais cuando merezco veros,
ni ver más luz que vuestros ojos claros.

*Para vivir me basta desearos,
para ser venturoso conoceros,
para admirar el mundo engrandeceros
y para ser Eróstrato abrasaros.*

*La pluma y lengua respondiendo a coros
quieren al cielo espléndido subiros
donde están los espíritus más puros.*

*Que entre tales riquezas y tesoros
mis lágrimas, mis versos, mis suspiros
de olvido y tiempo vivirán seguros.*

SERRANA hermosa, que de nieve helada
fueras como parece en el efeto,
si amor no hallara en tu rigor posada,
del sol y de mi vista claro objeto,
centro del alma que a tu gloria aspira
y de mi verso altísimo sujeto;
alba dichosa en que mi noche espira,
divino basilisco, lince hermoso,
nube de amor por quien sus rayos tira;
salteadora gentil, monstruo amoroso,
salamandra de nieve, y no de fuego,
para que viva con mayor reposo:
hoy que a estos montes, y a la muerte llego,
donde vine sin ti, sin alma y vida,
te escribo de llorar cansado y ciego.
Pero dirás que es pena merecida
de quien pudo sufrir mirar tus ojos
con lágrimas de amor en la partida.
Advierte que eres alma en los despojos

desta parte mortal, que a ser la mía
faltara en tantas lágrimas y enojos;
que no viviera quien de ti partía,
ni ausente ahora, a no esforzarle tanto
las esperanzas de un alegre día.

Aquella noche en su mayor espanto
consideré la pena del perderte,
la dura soledad creciendo el llanto,
y llamando mil veces a la muerte,
otras tantas miré que me quitaba
la dulce gloria de volver a verte.

A la ciudad famosa que dejaba
la cabeza volví, que desde lejos
sus muros con sus fuegos me enseñaba,
y dándome en los ojos los reflejos,
gran tiempo hacia la parte en que vivías
los tuvo amor suspensos y perplejos.

Y como imaginaba que tendrías
de lágrimas los bellos ojos llenos,
pensándolas juntar crecí las mías,
mas como los amigos desto ajenos
reparasen en ver que me paraba,
en el mayor dolor fué el llanto menos.

Ya, pues, que el alma y la ciudad dejaba,
y no se oía del famoso río
el claro son con que sus muros lava,

*adiós, dije mil veces, dueño mío,
hasta que a verme en tu ribera vuelva,
de quien tan tiernamente me desvíó.*

No suele el ruiseñor en verde selva
llorar el nido, de uno en otro ramo
de florido arrayán y madre selva,

con más doliente voz que yo te llamo,
ausente de mis dulces pajarillos,
por quien en llanto el corazón derramo;

ni brama, si le quitan sus novillos,
con más dolor la vaca, atravesando
los campos, de agostados amarillos;

ni con arrullo más lloroso y blando
la tórtola se queja, prenda mía,
que yo me estoy de mi dolor quejando.

Lucinda, sin tu dulce compañía,
y sin las prendas de tu hermoso pecho,
todo es llorar desde la noche al día,

que con sólo pensar que está deshecho
mi nido ausente, me atraviesa el alma,
dando mil ñudos a mi cuello estrecho;

que, con dolor de que le dejo en calma,
y el fruto de mi amor goza otro dueño,
parece que he sembrado ingrata palma.

Llegué, Lucinda, al fin, sin verme el sueño

en tres veces que el sol me vió tan triste,
a la aspereza de un lugar pequeño,
a quien de murtas y peñascos viste
Sierra Morena, que se pone en medio
del dichoso lugar en que naciste.

Allí me pareció que, sin remedio,
llegaba el fin de mi mortal camino,
habiendo apenas caminado el medio,
y cuando ya mi pensamiento vino
dejando atrás la sierra, a imaginarte,
creció con el dolor el desatino;

que con pensar que estás de la otra parte,
me pareció que me quitó la sierra
la dulce gloria de poder mirarte.

Bajé a los llanos desta humilde tierra,
adonde me prendiste y cautivaste,
y yo fuí esclavo de tu dulce guerra.

No estaba el Tajo con el verde engaste
de su florida margen cual solía,
cuando con esos pies su orilla honraste;

ni el agua clara a su pesar subía
por las sonoras ruedas, ni bajaba
y en pedazos de plata se rompía;

ni Filomena su dolor cantaba,
ni se enlazaba parra con espino,
ni hiedra por los árboles trepaba;

ni pastor extranjero, ni vecino,
se coronaba del laurel ingrato
que algunos tienen por laurel divino.

Era su valle imagen y retrato
del lugar que la Corte desampara
del alma de su espléndido aparato.

Yo como aquel que a contemplar se para
ruinas tristes de pasadas glorias,
en agua de dolor bañé mi cara.

De tropel acudieron las memorias,
los asientos, los gustos, los favores,
que a veces los lugares son historias,

y en más de dos que yo te dije amores,
parece que escuchaba tus respuestas
y que estaban allí las mismas flores.

Mas como en desventuras manifiestas
suele ser tan costoso el desengaño,
y sus veloces alas son tan prestas,

vencido de la fuerza de mi daño,
caí desde mí mismo medio muerto,
y conmigo también mi dulce engaño.

Teniendo, pues, mi duro fin por cierto
las ninfas de las aguas, los pastores,
del soto, y los vaqueros del desierto,
cubriéndome de hierbas y de flores

me lloraban diciendo: *aquí fenece
el hombre que mejor trató de amores;
y puesto que Lucinda le merece,
que su vida consiste en su presencia,
él también con su muerte la engrandece.*

Entonces yo, que haciendo resistencia
estaba con tu luz al dolor mío,
abrí los ojos que cerró tu ausencia.

Luego, desamparando el valle frío,
las ninfas bellas con sus rubias frentes
rompieron el cristal del manso río,

y en círculos de vidrio transparentes
las divididas aguas resonaron,
y en las peñas los ecos diferentes.

Los pastores también desampararon
el muerto vivo, y en la tibia arena
por sombra de quien era me dejaron.

Yo solo, acompañado de mi pena,
volvite al alma, del dolor quejoso,
que de pensar en ti la tuvo ajena.

Así, llegado aquel pastor dichoso
Lucinda, que llamabas dueño tuyo,
del Betis rico al Tajo caudaloso,

este que miras es retrato suyo,
que así el esclavo, que llorando pierdes,
a tus divinos ojos restituyo.

O ya me olvides, o de mí te acuerdes,
si te olvidare mientras tengo vida,
marchite amor mis esperanzas verdes;

cosa que al cielo por mi bien le pida,
jamás me cumpla, si otra cosa fuere
de aquestos ojos donde estás, querida;

en tanto que mi espíritu rigiere
el cuerpo, que tus brazos estimaron,
nadie los míos ocupar espere.

La memoria que en ellos me dejaron
es alcaide de aquella fortaleza
que tus hermosos ojos conquistaron.

Tú conoces, Lucinda, mi firmeza,
y que es de acero el pensamiento mío
con las pastoras de mayor belleza.

Ya sabes el rigor de mi desvío
con Flora, que te tuvo tan celosa,
a cuyo fuego respondí con frío.

Pues bien conoces tú que es Flora hermosa,
y que con serlo sin remedio vive,
envidiosa de ti, de mí quejosa.

Bien sabes que habla bien, que bien escribe,
y que me solicita y me regala
por más desprecios que de mí recibe.

Mas yo que de tu pie donaire y gala

estimo más la cinta que desecha
que todo el oro con que Creso iguala,
sólo estimo tenerte sin sospecha,
que no ha nacido agora quien desate
de tanto amor lazada tan estrecha.

Cuando de hierbas de Tesalia trate,
y discurriendo el monte de la luna
los espíritus ínfimos maltrate,

no hay fuerza en hierba ni en palabra alguna
contra mi voluntad, que hizo el cielo
libre en adversa y próspera fortuna.

Tú sola mereciste mi desvelo,
y yo también después de larga historia
con mi fuego de amor vencer tu hielo.

Viva con esto alegre tu memoria,
que como amar con celos es infierno,
amar sin ellos es descanso y gloria.

Que yo sin atender a mi gobierno
no he de apartarme de adorarte ausente,
si de ti lo estuviese un siglo eterno.

El sol mil veces discurriendo cuenta
del cielo los dorados paralelos,
y de su blanca hermana el rostro aumente,
que los diamantes de sus puros velos,
que viven fijos en su octava esfera,
no han de igualarme, aunque me maten celos.

No habrá cosa jamás en la ribera
en que no te contemplan estos ojos,
mientras ausente de los tuyos muera:

en el jazmín tus cándidos despojos,
en la rosa encarnada tus mejillas,
tu bella boca en los claveles rojos,

tu olor en las retamas amarillas,
y en maravillas, que mis cabras pacen,
contemplaré también tus maravillas;

y cuando aquellos arroyuelos que hacen,
templados, a mis quejas consonancia,
desde la sierra donde juntos nacen,

dejando el sol la furia y arrogancia
de dos tan encendidos animales,
volviere el año a su primera estancia,

a pesar de sus fuentes naturales,
del hielo arrebatadas sus corrientes
cuelguen por estas peñas sus cristales,

contemplaré tus concertados dientes,
y a veces en carámbanos mayores
los dedos de tus manos transparentes.

Tu voz me acordarán los ruiseñores,
y destas hiedras y olmos los abrazos
nuestros hermafroditicos amores.

Aquestos nidos de diversos lazos,

donde agora se besan dos palomas,
por ver mis prendas burlarán mis brazos.

Tú, si mejor tus pensamientos domas,
en tanto que yo quedo sin sentido,
dime el remedio de vivir que tomas;

que aunque todas las aguas del olvido
bebiese yo, por imposible tengo
que me escapase, de tu lazo asido,

donde la vida a más dolor prevengo:
triste de aquel que por estrellas ama,
si no soy yo, porque a tus manos vengo;

donde si espero de mis versos fama,
a ti lo debo, que tú sola puedes
dar a mi frente de laurel la rama,
donde muriendo vencedora quedas.

JUANA

*¿QUÉ ceguera me trujo a tantos daños?
¿Por dónde me llevaron desvaríos,
que no traté mis años como míos,
y traté como propios sus engaños?*

*¡Oh puerto de mis blancos desengaños,
por donde ya mis juveniles bríos
pasaron como el curso de los ríos,
que no los vuelve atrás el de los años!*

*Hicieron fin mis locos pensamientos,
acomodóse el tiempo a la edad mía,
por ventura en ajenos escarmientos.*

*Que no temer el fin no es valentía,
donde acaban los gustos en tormentos
y el curso de los años en un día.*

1

Y A en efecto pasaron las fortunas
de tanto mar de amor, y vi mi estado
tan libre de sus iras importunas,
 cuando amorosa amaneció a mi lado
la honesta cara de mi dulce esposa,
sin tener de la puerta algún cuidado;
 cuando Carlillos, de azucena y rosa
vestido el rostro, el alma me traía
contando por donaire alguna cosa.
 Con este sol y Aurora me vestía;
retozaba el muchacho, como en prado
cordero tierno al prólogo del día.
 Cualquiera desatino mal formado
de aquella media lengua, era sentencia,
y el niño a besos de los dos traslado.
 Dábale gracias a la eterna ciencia,
alteza de riquezas soberanas,
determinado mal a breve ausencia,

y contento de ver tales mañanas,
después de tantas noches tan oscuras,
lloré tal vez mis esperanzas vanas,
y teniendo las horas más seguras,
no de la vida, mas de haber llegado
a estado de lograr tales venturas,
íbame desde allí con el cuidado
de alguna línea más, donde escribía,
después de haber los libros consultado.
Llamábanme a comer, tal vez decía
que me dejasen, con algún despecho,
así el estudio vence, así porfía;
pero de flores y de perlas hecho
entraba Carlos a llamarme, y daba
luz a mis ojos, brazos a mi pecho.
Tal vez que de la mano me llevaba,
me tiraba del alma, y a la mesa
al lado de su madre me sentaba.
Allí, Doctor, donde el cuidado cesa
y el ginovés discreto cerrar manda,
que aun una carta recibir le pesa,
sin ver en pie por una y otra banda
tanto criado, sin la varia gente
que aquí y allí con los servicios anda;
sin ver el maestra sala diligente

y el altar de la gula, cuyas gradas
viste el cristal y la dorada fuente;
sin tantas ceremonias tan cansadas
(si bien confieso el lustre a la grandeza
y el ser las diferencias respetadas),
nos daba honesta y liberal pobreza
el sustento bastante, que con poco
se suele contentar naturaleza.

2

ESTE de mis entrañas dulce fruto,
con vuestra bendición, ¡oh Rey eterno!,
ofrezco humildemente a vuestras aras,
que si es de todos el mejor tributo
un puro corazón humilde y tierno,
y el más precioso de las prendas caras,
no las aromas raras
entre olores fenicios
y licores sabeos,
os rinden mis deseos,
por menos olorosos sacrificios,
sino mi corazón, que Carlos era,
que en el que me quedó menos os diera.

Diréis, Señor, que en daros lo que es vuestro
ninguna cosa os doy, y que querría
hacer virtud necesidad tan fuerte,
y que no es lo que siento lo que muestro,
pues anima su cuerpo el alma mía
y se divide entre los dos la muerte.
Confieso que de suerte
vive a la suya asida,
que cuanto a la vil tierra
que el ser mortal encierra,
tuviera más contento de su vida;
mas cuanto al alma, ¿qué mayor consuelo
que lo que pierdo yo me gane el cielo?

Póstrese nuestra vil naturaleza
a vuestra voluntad, imperio sumo,
autor de nuestro límite, Dios santo;
no repugne jamás nuestra bajeza,
sueño de sombra, polvo, viento y humo,
a lo que vos queréis, que podéis tanto;
afréntese del llanto
injusto, aunque forzoso,
aquella inferior parte
que a la sangre reparte
materia de dolor tan lastimoso,
porque donde es inmensa la distancia,
como no hay proporción no hay repugnancia.

Quiera yo lo que vos, pues no es posible
no ser lo que queréis, que no queriendo,
saco mi daño a vuestra ofensa junto.
Justísimo sois vos; es imposible
dejar de ser error lo que pretendo,
pues es mi nada indivisible punto.
Si a los cielos pregunto,
vuestra circunferencia
inmensa, incircunscrita,
pues que sólo os limita
con margen de piedad vuestra clemencia,
¡oh guarda de los hombres! yo ¿qué puedo
adonde tiembla el serafín de miedo?

Amábaos yo, Señor, luego que abristes
mis ojos a la luz de conoceros,
y regalóme el resplandor suave.
Carlos fué tierra, eclipse padecistes,
divino Sol, pues me quitaba el veros
opuesto como nube densa y grave.
Gobernaba la nave
de mi vida aquel viento
de vuestro auxilio santo
por el mar de mi llanto
al puerto del eterno salvamento,
y cosa indigna, navegando, fuera
que rémora tan vil me detuviera.

¡Oh cómo justo fué que no tuviese
mi alma impedimentos para amaros,
pues ya por culpas propias me detengo!
¡Oh cómo justo fué que os ofreciese
este cordero yo para obligaros,
sin ser Abel, aunque envidiosos tengo!
Tanto, que a serlo vengo
yo mismo de mí mismo,
pues ocasión como ésta
en un alma dispuesta
la pudiera poner en el abismo
de la obediencia, que os agrada tanto
cuanto por loco amor ofende el llanto.

¡Oh quién como aquel padre de las gentes
el hijo solo en sacrificio os diera
y los filos al cielo levantara!
No para que con alas diligentes
ministro celestial los detuviera
y el golpe al corderillo trasladara,
mas porque calentara
de rojo humor la peña,
y en vez de aquel cordero
por quien corrió el acero
y cuya sangre humedeció la leña,
muriera el ángel, y trocando estilo,
en mis entrañas comenzara el filo.

Y vos, dichoso niño, que en siete años
que tuvistes de vida, no tuvistes
con vuestro padre inobediencia alguna,
corred con vuestro ejemplo mis engaños,
serenad mis paternos ojos tristes,
pues ya sois sol donde pisáis la luna.
De la primera cuna
a la postrera cama
no distes sola un hora
de disgusto, y agora
parece que le dáis, si así se llama
lo que es pena y dolor de parte nuestra,
pues no es la culpa, aunque es la causa vuestra.

Cuando tan santo os vi, cuando tan cuerdo,
conocí la vejez que os inclinaba
a los fríos umbrales de la muerte;
luego lloré lo que ahora gano y pierdo,
y luego dije: «Aquí la edad acaba,
porque nunca comienza desta suerte».
¿Quién vió rigor tan fuerte,
y de razón ajeno,
temer por bueno y santo
lo que se amaba tanto?
Mas no os temiera yo por santo y bueno,
si no pensara el fin que prometía
quien sin el curso natural vivía.

Yo para vos los pajarillos nuevos,
diversos en el canto y las colores,
encerraba, gozoso de alegraros;
yo plantaba los fértiles renuevos
de los árboles verdes, yo las flores
en quien mejor pudiera contemplaros,
pues a los aires claros
del alba hermosa apenas
salistes, Carlos mío,
bañado de rocío,
cuando, marchitas las doradas venas,
el blanco lirio convertido en hielo
cayó en la tierra, aunque traspuesto al cielo.

¡Oh qué divinos pájaros agora,
Carlos, gozáis, que con pintadas alas
discurren por los campos celestiales
en el jardín eterno, que atesora
por cuadros ricos de doradas salas
más hermosos jacintos orientales,
adonde a los mortales
ojos la luz excede!
¡Dichoso yo que os veo
donde está mi deseo
y donde no tocó pesar ni puede,
que sólo con el bien de tal memoria
toda la pena me trocáis en gloria!

¿Qué me importara a mí que os viera puesto
a la sombra de un príncipe en la tierra,
pues Dios maldice a quien en ellos fía,
ni aun ser el mismo príncipe, compuesto
de aquel metal del sol, del mundo guerra,
que tantas vidas consumir porfía?

La breve tiranía,
la mortal hermosura,
la ambición de los hombres,
con títulos y nombres
que la lisonja idolatrar procura,
al espirar la vida, ¿en qué se vuelven,
si al fin en el principio se resuelven?

Hijo, pues, de mis ojos, en buen hora
vais a vivir con Dios eternamente
y a gozar de la patria soberana.
¡Cuán lejos, Carlos venturoso, agora
de la impiedad de la ignorante gente
y los sucesos de la vida humana,
sin noche, sin mañana,
sin vejez siempre enferma,
que hasta el sueño fastidia,
sin que la fiera envidia
de la virtud a los umbrales duerma,
del tiempo triunfaréis, porque no alcanza
donde cierran la puerta a la esperanza!

La inteligencia que los orbes mueve
a la celeste máquina divina
dará mil tornos con su hermosa mano,
fuego el León, el Sagitario nieve,
y vos, mirando aquella esencia trina,
ni pasaréis invierno ni verano,
y desde el soberano
lugar que os ha cabido,
los bellísimos ojos,
paces de mis enojos,
humillaréis a vuestro patrio nido,
y si mi llanto vuestra luz divisa,
los dos claveles bañaréis en risa.

Yo os di la mejor patria que yo pude
para nacer, y agora en vuestra muerte
entre santos dichosa sepultura;
resta que vos roguéis a Dios que mude
mi sentimiento en gozo, de tal suerte,
que, a pesar de la sangre que procura
cubrir de noche oscura
la luz desta memoria,
viváis vos en la mía,
que espero que algún día
la que me da dolor me dará gloria,
viendo al partir de aquesta tierra ajena,
que no quedáis adonde todo es pena.

MARCELA

*R*OSA gentil, que al alba de la humana
belleza eres imagen, ¿qué pretendes,
que sobre verdes esmeraldas tiendes
tu mano de coral teñida en grana?

*Si cetro, si laurel, si ser tirana
de tantos ojos que en tu cárcel prendes,
¡cuán en vano solícita defiendes
reino que ha de durar una mañana!*

*Rinde la vanidad que al sol se atreve,
oh cometa de abril, tan presto oscura,
que, puesto que tu vivo ardor te mueve,*

*el ejemplo de tantas te asegura
que quien ha de tener vida tan breve
no ha de tener en tanto su hermosura.*

MARCELA, de mi amor primer cuidado,
se trató de casar, y libremente
una noche me dijo el desposado:

yo, viendo que era término prudente
examinar mejor su pensamiento,
que hay cosas que gobierna el accidente,

hice mis diligencias, siempre atento
a no quitarla el gusto, si tenía
en la verdad del alma fundamento:

mas creciendo sus ansias cada día,
determineme a dársela a su esposo,
que con tan grande amor la pretendía.

Era galán, discreto, rico, hermoso,
altamente nacido, y con un padre
que no es menos que todo poderoso:

yo os juro que por parte de su madre
toca en sangre real, y que es tan buena
que no hay gloria y virtud que no le cuadre.

Es madre de tan altas gracias llena,
que las dispensa Dios por ella al mundo,
lirio, rosa, ciprés, palma, azucena.

Con esto yo (si bien rigor profundo
apartarla de mí) las escrituras
tierno concierto y concertado fundo.

Las esposas de Dios, las almas puras
que aquí llaman Descalzas Trinitarias,
que andan descalzas, pero van seguras,

advertidas las cosas necesarias
y adornando su templo mi cuidado,
de ricas telas, de riquezas varias,

previenen a la boda el desposado,
supuesto que él estaba prevenido,
si bien las hace siempre disfrazado.

Visten un niño, que de sol vestido
(no digo bien, que él viste al sol), y luego
se suena en voz alegre, que ha venido.

Sale Marcela, y perdonad os ruego
si el amor se adelanta, que quien ama
juzga de los colores como ciego.

No vi en mi vida tan hermosa dama,
tal cara, tal cabello y gallardía,
mayor pareció a todos que a su fama.

Ayuda a la hermosura la alegría,

al talle el brío, al cuerpo que estrenaba
los primeros chapines aquel día.

Madrina de la mano la llevaba
la señora Marquesa de la Tela,
que pues no la deshizo, hermosa estaba.

No pudo encareceros a Marcela
hipérbole mayor que su hermosura,
si a la envidia deslumbra, al sol desvela.

Aunque iba nuestra novia tan segura,
el Marqués de Povar fué con la guarda
honrando su modestia y compostura.

Pero mejor el Angel de la Guarda
que la llevaba a su divino esposo,
para quien años deciseis la guarda.

Iba el Duque de Sesa generoso,
y otros señores, de quien siempre he sido
honrado, no por bueno, por dichoso.

Cantó las letras tierno y bien oído
el canario del cielo, de su canto
dulce traslado, Florián florido;

Ponce y Valdés, que encareceros cuanto
extremaron sus gracias, fuera ahora
contar las luces al celeste manto.

Sonaba el arpa de Amphion sonora
entre mis versos dulces por llorados,
que no por ayudados del Aurora.

Estaba de la puerta en los sagrados
umbrales, el esposo, que tenía
una niña en los brazos regalados.

Niño el esposo y niña le traía,
que gusta Dios para tratar de amores
de disfrazarse en tanta niñería.

Y como si ella le pidiera flores,
cubierto dellas el divino infante,
a desmayos de amor le dió favores.

Aquel descalzo templo militante
estaba con las velas encendidas
y los velos del tálamo delante.

Marcela, las dos rosas encendidas,
y bañada la boca en risa honesta,
miróme a mí, para apartar dos vidas.

Y el alma a tanta vocación dispuesta,
con una reverencia dió la espalda
a cuanto el mundo llama aplauso y fiesta:

y ofreciéndole al niño la guirnalda
de casta virgen, abrazó su esposo,
besándole los ojos de esmeralda.

Cerró la puerta el cielo a mi piadoso
pecho, y llevóme el alma que tenía;
de que no fueron mil estoy quejoso.

Bañóme en tierno llanto de alegría,

que mis pocas palabras, y turbadas,
con sentimiento natural rompía.

Volvimos a la iglesia, y despojadas
las galas de la novia, piedras y oro,
las en sayales toscos transformadas;
cortados los cabellos, que el decoro
tienen de la hermosura, sin cabellos,
testigo de las vírgenes el coro,
asíó su esposo la ocasión por ellos,
y se la tuvo un año por tan suya,
que apenas nos quedó reliquia dellos.

Pidióme luego a voces, que concluya
el casamiento: así con él se hallaba,
porque el deseo del contento arguya:
y la que yo tan tiernamente amaba,
que más galán que padre, en oro y seda
su persona bellísima engastaba,
como la rosa que marchita queda,
cayó en sí misma al expirar el día,
perdió la pompa la purpúrea rueda,
sobre unas pajas ásperas dormía,
y descalza y desnuda en pobre mesa,
el alma por los ojos descubría;
fundando el fin de tan gloriosa empresa
en darle el velo, y que a su dulce esposo
besase los sagrados pies profesa.

Peinaba el vellocino luminoso
con rayos de oro el sol, y el prado en flores
bañaba alegre el Céfito amoroso,

cuando por dar descanso a sus temores,
que aún no pensaba verse en gloria tanta,
pintó la iglesia de oro y de colores:

lo poco que la fábrica levanta
con varios hieroglíficos y versos
a las máquinas altas se adelanta.

Gradas de tela, flores, vasos tersos,
forman altar vistoso relevados,
en oro iguales y en labor diversos.

Sustentaban las piras de los lados
los dos mejores primos, el lucero
y el sol, del Alba hermosa acompañados.

En medio estaba el cándido Cordero,
que disfrazado al desposorio vino,
a quien la novia recibió primero.

El dulce Hortensio, Hortensio peregrino,
elocuente Crisóstomo segundo,
Crisólogo español, Tulio divino,

predicó tan valiente y tan profundo,
que nunca vi más rico al dulce esposo,
ni con menos valor pintado el mundo.

Fué el coro de la música famoso,

y celebró con devoción la misa
un caballero docto y generoso.

En claveles, en gloria, en cielo, en risa
bañado el dulce esposo, trujo el velo
de las aras espléndidas divisa.

Allí postrada en el sagrado suelo
sus exequias penúltimas cantaron,
tan triste el mundo, cuanto alegre el cielo.

Todas, una por una, la abrazaron;
fuéronse con su esposo, y a la mesa
con el divino niño la sentaron.

Allí Marcela vive, allí profesas,
lejos del loco mundo y sus engaños
del cielo sigue la divina empresa.

¡Oh santos y floridos desengaños,
pues tan hermosa virgen, tierna y casta,
consagra al Dios de amor deciseis años!

MARTA

***R**ESUELTA en polvo ya, mas siempre hermosa,
sin dejarme vivir, vive serena
aquella luz que fué mi gloria y pena,
y me hace guerra cuando en paz reposa.*

*Tan vivo está el jazmín, la pura rosa,
que blandamente ardiendo en azucena,
me abrasa el alma, de memorias llena,
ceniza de su fénix amorosa.*

*¡Oh memoria cruel de mis enojos!
¿Qué honor te puede dar mi sentimiento,
en polvo convertidos sus despojos?*

*Permíteme callar sólo un momento,
que ya no tienen lágrimas mis ojos
ni concetos de amor mi pensamiento.*

... **A** competir la luz que el sol reparte,
nació, pastores, Amarilis bella,
para que hubiese sol cuando él se parte,
o fuese el mismo sol aurora della.
Benévola miró Venus a Marte,
sin luz opuesta de contraria estrella;
pero la envidia, si en el cielo cupo,
turbó la claridad cuando lo supo.

Crióse hermosa, cuanto ser podía
en la primera edad belleza humana,
porque cuando ha de ser alegre el día,
ya tiene sus albricias la mañana;
aprendió gentileza y cortesía,
no soberbio desdén, no pompa vana,
venciendo con prudente compostura
la arrogancia que engendra la hermosura.

Si cátedra de amar amor fundara,
como aquel africano español ciencias,
la de prima bellísima llevara
a todas las humanas competencias.

No tuvieran contigo, fénix rara,
las letras y las armas diferencias,
ni estuvieran por Venus, tan hermosa,
quejosa Juno, y Palas envidiosa.

El copioso cabello, que encrespaba
natural artificio, componía
una selva de rizos, que envidiaba
amor para mirar por celosía;
porque cuando tendido le peinaba,
un pabellón de tornasol hacía,
cuyas ondas sulcaban siempre atentos,
tantos como cabellos, pensamientos.

En la mitad de la serena frente,
donde rizados los enlaza y junta,
formó naturaleza diligente,
jugando con las hebras, una punta;
en este campo, aunque de nieve ardiente,
duplica el arco amor, en cuya junta,
márgenes bellas de pestañas hechas,
cortinas hizo y guarnición de flechas.

Dos vivas esmeraldas, que mirando
hablaban a las almas al oído,
sobre cándido esmalte trasladando
la suya hermosa al exterior sentido,
y con risueño espíritu templando
el grave ceño, alguna vez dormido,

para guerra de amor de cuanto vían,
en dulce paz el reino dividían.

La bien hecha nariz, que no lo siendo
suele descomponer un rostro hermoso,
proporcionada estaba, dividiendo
honesto nácar en marfil lustroso;
como se mira doble malva abriendo
del cerco de hojas en carmín fogoso,
así de las mejillas sobre nieve
el divino pintor púrpura llueve.

¿Qué rosas me dará, cuando se toca
al espejo, de mayo la mañana?
¿Qué nieve el Alpe, qué cristal de roca,
qué rubíes Ceilán, qué Tiro grana,
para pintar sus perlas y su boca,
donde a sí misma la belleza humana
vencida se rindió, porque son feas
con las perlas del sur rosas pangeas?

Con celestial belleza la decora,
como por ella el alma se divisa,
la dulce gracia de la voz sonora
entre clavel y roja manutisa;
que no tuvo jamás la fresca aurora,
bañada en ámbar, tan honesta risa,
ni dió más bella al gusto y al oído
margen de flores a cristal dormido.

No fué la mano larga, y no es en vano,
si mejor escultura se le debe
para seguirse a su graciosa mano
de su pequeño pie la estampa breve;
ni de los dedos el camino llano,
porque los ojos, que cubrió de nieve,
hiciesen, tropezando en sus antojos,
dar los deseos y las almas de ojos.

Trece veces el sol en la dorada
esfera devanó los paralelos,
por cuya senda cándida, esmaltada
de auroras, baña en luz tierras y cielos,
cuando a ser hermosura desdichada
la destinaron por sus claros velos
cuantos aspectos hay infortunados,
cuanto más resistidos, más airados.

No porque tengan fuerza las estrellas
contra la libertad del albedrío,
mas porque al bien o al mal inclinan ellas,
y no ponemos fuerza en su desvío.
Por ver las partes de Amarilis bellas
a los campos bajó de nuestro río
Ricardo, un labrador de la montaña
que fué defensa del honor de España.

Rudo e indigno de su mano hermosa,
a pocos días mereció su mano,

no el alma, que negó la fe de esposa,
en cuyo altar le confesó tirano.

Aquella noche infausta y temerosa,
con tierno llanto resistida en vano,
en triste auspicio del funesto empleo,
mató el hacha nupcial triste Himeneo.

¿Qué desdicha fatal de las hermosas
es esa, de tener tales empleos?

¿Siempre las feas han de ser dichosas?

¿Nunca les han de dar maridos feos?

¿En qué consiste ser tan venturosas,
si no es posible despertar deseos?

En que es tal bien, que cuando dió belleza,
no tuvo más que dar naturaleza.

Imágenes celestes, ¿cómo ahora
tenéis envidia allá, siendo tan fea?
No más helices bellas que el sol dora,
dulce Ariadna, hermosa Casiopea.
Tú, hija de Titán y de la Aurora,
cándida virgen, celestial Astrea,
¿cómo días y noches tu figura
igualada la fealdad y la hermosura?

Las gracias asistieron, roto el lazo
que en triangular firmeza las anuda;
la madre del amor, sin darle abrazo,
la paz del matrimonio puso en duda;

llegado el tiempo al amoroso plazo,
con vergonzosa nube la desnuda
fuerza cubrió; que aunque mujer la nombra,
faltaba el alma y abrazó la sombra.

¡Cuántos deseos de pastores fueron
siguiendo aquella noche con suspiros
la envidia de Ricardo, que ofendieron
vanos deseos de amorosos tiros!
Mas cuando ya de vista le perdieron,
volviéndose a sus chozas y retiros,
abrazado y cruel, tirano y dueño,
le halló la Aurora en regalado sueño.

Desde este día fué Amarilis llanto,
no fué Amarilis; su mortal tristeza
aumentó su hermosura con espanto
del orden que le dió naturaleza.
Bajaba de la noche el negro manto,
y era nácar de perlas su belleza;
llorábalas el alba en sus despojos,
y eran racimos de cristal sus ojos.

En un jardín se celebraba un día
de gallardos pastores un torneo,
donde el Amor a Marte competía
y daba la virtud premio al deseo;

las letras escribió la fantasía,
intérpretes ocultos de su empleo,
hallando el accidente en los favores
de las galas y plumas los colores.

Aquí Amarilis presidió, hermosura
entre cuantas vinieron a la fiesta,
como envidiada, de envidiar segura,
fingiendo risa dulcemente honesta.

Como sale después de noche oscura
la pura rosa en el botón compuesta
de aquel pomposo purpurante adorno
de verdes rayos coronada en torno,

o como al nuevo sol la adormidera
desata el nudo al desplegar las hojas,
formando aquella hermosa y varia esfera
ya cándidas, ya nácares, ya rojas,
así me pareció, y así quisiera
decirle con la lengua mis congojas;
mas quisieron los ojos atrevidos
anticiparse a todos los sentidos.

Así como el relámpago se mira
primero que al oído llegue el trueno,
porque es la vista más veloz, si admira
que salgan juntos del oculto seno,
así las luces que la vista espira
y llevaron al alma su veneno,

anticiparon a la lengua en calma,
aunque las vi salir juntas del alma.

En vano entonces las deidades llamo,
aunque de Venus el favor presuma,
cual pájaro se queja del reclamo,
después que el árbol le prendió la pluma,
que en la liga tenaz y el firme ramo
se prende más, se enlaza y se despluma,
porque las alas, que volar previenen,
pensando que le sueltan, le detienen.

Así mis ojos libertad buscaban
de la nueva prisión en que se vían,
pues por librarse de mirar miraban,
y pensando salir se detenían;
cuando las alas de Icaro abrasaban
rayos del sol, la cera derretían,
y este regalo, cuyo ejemplo sigo,
pensaba que era amor, y era castigo.

Este principio tuvo el pensamiento,
que nunca tendrá fin, pues no es posible
tenerle el alma, donde tuvo asiento
contra todos los tiempos invencible;
así se cautivó mi entendimiento,
y mi esperanza se juzgó imposible;
mas viéndome morir, siempre decía:
dulce mal, dulce bien, dulce porfía.

Más fácil cosa fuera referiros
las varias flores desta selva amena,
o las ondas del Tajo, en cuyos giros
envuelto su cristal besa la arena,
que las ansias, temores y suspiros
de la esperanza de mi dulce pena,
hasta que ya después de largos plazos
gané la voluntad, que no los brazos.

Escribíale yo mis sentimientos
en conceptos más puros que sutiles,
y tal vez escuchaba mis tormentos
o recibía mis presentes viles.
¿Qué mayo con diversos instrumentos,
canciones y relinchos pastoriles,
no coroné sus jambas y linteles
de mirtos, arrayanes y laureles?

¿Qué cabritillo le nació manchado,
o todo blanco o rojo y encendido,
a la cabra mejor de mi ganado,
sin dárselo de flores guarnecido?
¿Cuándo topé su manso, que peinado
no le volviese el natural vestido,
o sin llevar, porque al de Tirsi exceda,
esquila de oro en el collar de seda?

¿Qué fruta no gozaba a manos llenas
de mi heredad, a sus pastores franca?

¿Qué leche y miel de ovejas y colmenas
en roja cera o en encella blanca?

¿Qué ruseñores con la pluma apenas?

¿Qué mastín suyo no adornó carlanca,
sin verse, o lo tuviera por delito,
su dulce nombre en el metal escrito?

¿De qué sarta de perlas no tenía
la cándida garganta coronada,
aunque la misma sarta agradecía
verse en mejores perlas engastada?
¿Qué sangriento coral no competía
su boca, en viva púrpura bañada,
sin otras pobres joyas? Que entre amantes
las lágrimas amor hace diamantes.

Estaba yo detrás de un verde espino
escribiendo mis celos y temores
junto a un arroyo, a un prado tan vecino
que a precio de cristal compraba flores,
cuando Amarilis, que a bañarse vino,
me vió escondido; que si no, pastores,
por el vidrio del agua a Venus veo:
¡Qué corta dicha de tan gran deseo!

No se viera más bella y peregrina
de divino pincel dibujo humano,
corrida al cuadro la veloz cortina,
la celebrada Venus del Ticiano;

si el cuerpo hermoso en el cristal reclina,
tengo un antojo, que me dió Silvano,
con que tanto a mis ojos la acercara,
que todos los del alma me quitara.

Sentábase conmigo en una fuente,
que murmuraba amores tan ociosos,
lastimada de ver que su corriente
aumentaban mis ojos amorosos;
no llora y canta Filomena ausente
con más dolor sus casos lastimosos,
que yo, si me faltaban sólo un día
las bellas luces en que el alma ardía.

Su mano, alguna vez que la fortuna
estaba de buen gusto, me fiaba,
con que pensaba yo que de la luna
la humilde mía posesión tomaba;
con dulce voz, que no igualó ninguna,
mis amorosos versos animaba,
que en ella presumí, y aun hoy lo creo,
que eran de Ovidio, y los cantaba Orfeo.

Tal vez armando un árbol con cautela,
cazábamos pintados pajarillos
con las ocultas varas, que encarcela
la liga, de sus pies cadena y grillos;
no con la parda red o blanca tela
el tremendo animal, cuyos colmillos

aun tiembla Venus hoy, cuando a la aurora
el que mancebo amaba, flor le llora.

Contento desta vida, y ya perdida
la esperanza de verla más dichosa,
la dura muerte mejoró mi vida,
que alguna vez la muerte fué piadosa;
mató la de Ricardo aborrecida,
sacando deste Argel su indigna esposa,
y mi deseo, que su fin alcanza,
naciendo posesión, murió esperanza.

Qué vida fuese la dichosa mía,
de la pasada os diga la aspereza,
porque no mereció tanta alegría
quien antes no pasó tanta tristeza.
¡Oh cuántas veces me enojaba el día,
sacando de mis brazos su belleza,
y cuántas veces le quisiera eterno,
por largas noches, el oscuro invierno!

El parabién me daban los pastores
del Tajo, Manzanares y Jarama,
refiriendo en sus versos mis amores
aquellos que a Helicón fueron por fama;
parecíame a mí que hasta las flores,
que riza el prado sobre verde lama,
Viva el constante Elisio, me decían,
que duplicados ecos repetían.

Lo mismo el valle humilde, el arrogante
monte aplaudir en alta voz pretende,
cual suele el vulgo bárbaro arrogante
con *víctor* celebrar lo que no entiende;
si en las fuentes miraba mi semblante
cuando encendido el sol velos desprende,
me parecía hermoso, ¡qué locura!,
y era que imaginaba en su hermosura.

Como sucede que ganando un hombre,
todos le lisonjean y le admiran,
parece más discreto y gentil hombre,
y es gracia cuanto dice a los que miran,
y como suelen repetir su nombre
los que al barato de su dicha aspiran,
así dieron aplauso a mis favores
aves, pastores, árboles y flores.

Con esto en paz tan amorosamente
vivía yo, que de sus dos estrellas
vida tomaba para estar ausente,
y luz para poder mirar sin ellas.
Mirándole una vez atentamente
las verdes niñas, vi mi rostro en ellas,
y celoso volví, por ver si estaba
detrás otro pastor que le formaba.

Mas como en esta vida no hay alguna
que se pueda alabar hasta la muerte,

y con tantos ejemplos la fortuna
su fácil inconstancia nos advierte,
volvió su condición tan importuna
contra mi bien, que de la misma suerte
que me le dió, me le quitó, y aun creo
que fué mayor que el bien el mal que veo.

Había yo querido en tiernos años
una villana hermosa e ignorante
con poco amor, no sé si son engaños,
pero no amaba yo mi semejante;
ausencia, que de casos tan extraños
siempre es autora, y nunca fué constante,
enseñóla a querer otro sujeto,
fiando los agravios al secreto.

En fin, con los hechizos que sabía,
y un pastor extranjero le enseñaba,
que en la luna caracteres ponía,
los espíritus fieros invocaba,
las bellas luces donde yo me vía,
y en los hermosos ojos respetaba
de Amarilis el sol, cegó de suerte,
que se pudo vengar de amor la muerte.

Cuando yo vi mis luces eclipsarse,
cuando yo vi mi sol escurecerse,
mis verdes esmeraldas enlutarse

y mis puras estrellas esconderse,
no puede mi desdicha ponderarse
ni mi grave dolor encarecerse,
ni puede aquí sin lágrimas decirse
cómo se fué mi sol al despedirse.

Los ojos de los dos tanto sintieron,
que no sé cuáles más se lastimaron,
los que en ella cegaron o en mí vieron,
ni aun sabe el mismo amor los que cegaron,
aunque sola su luz escurecieron,
que en lo demás bellísimos quedaron,
pareciendo al mirarlos que mentían,
pues mataban de amor lo que no vían.

*Ojos, decía yo, si yo decía
lo que el alma a singultos me dictaba,
¿cómo sufrió tanto rigor el día,
que luz de vuestra luz participaba?
De Psiques fué mi loca fantasía,
que ver vuestra belleza imaginaba,
pues vi, mis ojos, cuando a veros llego,
al sol dormido y a Cupido ciego.*

Así estaba el amor, y así la miro
ciega y hermosa, y con morir por ella,
con lástima de verla me retiro,
por no mirar sin luz alma tan bella.

Difunto tiene un sol, por quien suspiro,
cada esmeralda de su verde estrella;
ya no me da con el mirar desvelos;
seré el primero yo que amó sin celos.

No luce la esmeralda si engastada
le falta dentro la dorada hoja,
porque, de aquella luz reverberada,
más puros rayos transparente arroja;
así en mis verdes ojos eclipsada
dentro la luz, que Fabia le despoja,
aunque eran esmeraldas, no tenían
el alma de oro con que ver podían.

Agora sí que Amor es ciego, agora,
si tirase, a ninguno acertaría;
agora sí que sois, dulce señora,
ciega de amor, pues que mi amor os guía.
Cantad, pues que sabeis, lo que amor llora,
que es vuestra pena y la desdicha mía;
tendrá dos aves esta selva amena,
sin ojos vos, sin lengua Filomena.

Pensaba yo con esta que no hubiera
desdicha que a la nuestra se igualara,
cuando Fabia cruel intenta fiera
del alma escurecer la lumbre clara.
Es el entendimiento la primera

luz que la entiende, y voz que la declara,
es su vista y sus ojos; pues ¿qué intento
más fiero que cegar su entendimiento?

Cuando a Amarilis vi sin él, pastores,
pues que no le perdí, no os encarezca
mis lágrimas, mis penas, mis dolores,
pues no es razón que crédito merezca;
ejemplo puede ser mi amor de amores,
pues quiere amor que más se aumente y crezca;
que si en amar defectos se merece,
ese es amor que en las desdichas crece.

¿Quién creyera que tanta mansedumbre
en tan súbita furia prorrumpiera?
Pero faltando la una y la otra lumbre
de cuerpo y alma, ¿qué otro bien se espera?
Que en no habiendo razón que el alma alumbre,
ni vista al cuerpo en una y otra esfera,
sólo pudo quedar lo que se nombra
de viviente mortal cadáver sombra.

Aquella que gallarda se prendía
y de tan ricas galas se preciaba,
que a la aurora de espejo le servía
y en la luz de sus ojos se tocaba,
furiosa los vestidos deshacía,
y otras veces estúpida imitaba,

el cuerpo en hielo, en éxtasis la mente,
un bello mármol de escultor valiente.

Como después de muerta Polixena
sobre el sepulcro del vengado Aquiles,
bañando el mármol la purpúrea vena,
indigna hazaña de ánimos gentiles,
Hécuba triste, maldiciendo a Elena,
y la venganza de los griegos viles,
las selvas asombraba con feroces
ansias, vertiendo el alma entre las voces,
así por nuestros montes discurría,
hiriendo a voces los turbados vientos,
aquella cuya voz, cuya armonía
cantando suspendió los elementos;
furiosa pitonisa parecía
en los mismos furores, cuando atentos
esperaba de Febo las funestas
o alegres siempre equívocas respuestas.

Las aves, campos, flores y arboledas,
que primero la oyeron, repitiendo
los ecos de su voz, las altas ruedas
por donde forma el Tajo dulce estruendo,
apenas pueden detenerse quedas,
como entonces oyendo, agora huyendo;
sólo la escucho yo, sólo la adoro,
y de lo que padece me enamoro.

Las diligencias finalmente fueron
tantas para curar tan fieros males,
que la vista del alma le volvieron,
que penetra los orbes celestiales.
Cuando mis ojos a Amarilis vieron,
juzgando yo sus penas inmortales,
con libre entendimiento, gusto y brío,
roguéle a amor que me dejase el mío.

Salía el sol del pez austral, que argenta
las escamas de nieve, al tiempo cuando
cuerda Amarilis a vivir se alienta,
los campos, no los celos, alegrando;
a la estampa del pie la selva atenta,
campanillas azules esmaltando,
parece que aun en flores pretendía
tocar a regocijo y alegría.

Trinaban los alegres ruiseñores,
y los cristales de las claras fuentes
jugaban por la margen con las flores,
que bordaban esmaltes diferentes;
mirábanse los árboles mayores
de suerte en la quietud de las corrientes,
que el aire, aunque eran sombras, parecía
que debajo del agua los movía.

Por ver el pie con que las flores pisa
saltaban los corderos por el llano;

ella les daba sal con dulce risa
en el marfil de su graciosa mano;
en la corteza de los olmos lisa,
ingenio singular, compuso Albano
floridos epigramas, no vulgares,
que era poeta de los doce pares.

De mí no digo, porque siempre he sido
humilde profesor de mi ignorancia,
no como algunos, que han introducido
sacar ejecutoria a su arrogancia;
y siendo genio amor de mi sentido,
mirando más la fe que la elegancia,
compuse versos, que con lengua pura
Castilla y la verdad llaman cultura.

Mas, como el bien no dura, y en llegando,
de su breve partida desengaña,
huésped de un día, pájaro volando,
que pasa de la propia a tierra extraña;
no eran pasados bien dos meses, cuando
una noche, al salir de mi cabaña,
se despidió de mí tan tiernamente
como si fuera para estar ausente.

*Elisio, caro amigo, me decía,
lo que has hecho por mí te pague el cielo,
con tanto amor, lealtad y cortesía,
fe limpia, verdad pura, honesto celo.*

—¿Qué causa, dije yo, señora mía,
qué accidente, qué intento, qué desvelo
te obliga a despedirte desta suerte,
si tengo de volver tan presto a verte?

—Siempre con esta pena me desvíó
de ti, me respondió; mas, ¿quién pensara
que el alba de sus ojos en rocío
tan tierno a media noche me bañara?
Adiós, dijo llorando, *Elisio mío*.

—Espera, respondí, *mi prenda cara*.
No pudo responder, que con el llanto
callando habló, mas nunca dijo tanto.

Yo, triste, aquella noche infortunada,
principio de mi mal, fin de mi vida,
dormí con la memoria fatigada,
si hay parte que del alma esté dormida;
mas cuando de diamantes coronada,
en su carroza, de temor vestida,
mandaba al sueño que esparciese luego
cuidado al vicio, a la virtud sosiego,

suelto el cabello, desgredado y yerto,
medio desnuda, Lícida me nombra,
pastora de Amarilis; yo despierto,
y pienso que es de mi cuidado sombra.
Si a pintaros a Lícida no acierto,
no os espantéis, porque aun aquí me asombra.

*Tu bien se muere, dijo, Elisio; advierte
que está tu vida en brazos de la muerte.*

*—No puede ser, le dije, pues yo vivo;
y mal vestido parto a su cabaña.
Pastores, perdonad si el excesivo
dolor en tiernas lágrimas me baña.
Apenas el estruendo compasivo
y el dudoso temor me desengaña,
cuando me puso un miedo en cada pelo
el triste horror, y en cada poro un hielo.*

*Como entre el humo y poderosa llama
del emprendido fuego discurriendo,
sin orden, éste ayuda, aquél derrama
el agua antes del fuego, el fuego huyendo,
o como en monte va de rama en rama
con estallidos fieros repitiendo
quejas de los arroyos, que quisieran
que se acercaran y favor les dieran;
en no menos rigor turbados miro
de Amarilis pastoras y vaqueros,
y ella expirando... ¡Ay Dios!, ¿cómo no expiro
osando referir males tan fieros?
Estaban en el último suspiro
aquellos dos clarísimos luceros,
mas sin faltar, hasta morir hermosa,
nieve al jazmín ni púrpura a la rosa.*

Llego a la cama, la color perdida,
y en la arteria vocal la voz suspensa,
que apenas pude ver restituída
por la grandeza de la pena inmensa;
pensé morir viendo morir mi vida,
pero mientras salir el alma piensa,
vi que las hojas del clavel movía,
y detúvose a ver qué me decía.

Mas, ¡ay de mí! que fué para engañarme,
para morirse, sin que yo muriese,
o para no tener culpa en matarme,
porque aun allí su amor se conociese.
Tomé su mano, en fin, para esforzarme;
mas, como ya dos veces nieve fuese,
templó en mi boca aquel ardiente fuego,
y en un golfo de lágrimas me anego.

Como suelen morir fogosos tiros,
resplandeciendo por el aire vano
de las centellas que en ardientes giros
resultan de la fragua de Vulcano,
así quedaban muertos mis suspiros
entre la nieve de su helada mano,
así me halló la luz, si ser podía
que, muerto ya mi sol, me hallase el día.

Salgo de allí con erizado espanto,
corriendo el valle, el soto, el prado, el monte,

dando materia de dolor a cuanto
ya madrugaba el sol por su horizonte.
Pastores, aves, fieras, haced llanto;
ninguno de la selva se remonte,
iba diciendo; y a mi voz turbados,
secábanse las fuentes y los prados.

No quedó sin llorar pájaro en nido,
pez en el agua ni en el monte fiera,
flor que a su pie debiese haber nacido
cuando fué de sus prados primavera;
lloró cuanto es amor, hasta el olvido
a amar volvió, porque llorar pudiera,
y es la locura de mi amor tan fuerte
que pienso que lloró también la muerte.

Como el herido ciervo con la flecha
se oculta por los ásperos jarales,
que en cualquiera lugar morir sospecha,
dando a las selvas ramos de corales,
a quien ni el verde dicitamo aprovecha,
ni echarse en flores ni beber cristales,
seré yo triste en tantos accidentes
Tántalo de las selvas y las fuentes.

Y en tanto mal, en tanta desventura,
este de tu hermosura igual retrato

donde salió tan viva tu hermosura
que le miran mis ojos con recato,
será la luz indeficiente y pura
que no consienta en mí respeto ingrato,
y sin examinar la diferencia,
el dulce engaño de tu larga ausencia.

Podrán volver atrás cuantas corrientes
al mar conducen caudalosos ríos,
cuando con más furor derriban puentes,
vistiendo de ovas árboles sombríos,
oh Amarilis, primero que las fuentes
que precipita de los ojos míos
aquel justo dolor que de tu ausencia
hace, al partirse, el alma competencia.

En la florida margen desta fuente
pasábamos los dos alegres días;
arena es ya lo que cristal corriente,
que sólo ha de llevar lágrimas mías.
¿Qué manso a su pastor más obediente
vino a la mano como tú venías?
Que como causa celos la tardanza,
nunca desesperaste mi esperanza.

Estos olmos dirán, cuya corteza
hoy crece con el nombre de Medoro,
que tú y el sol, y tú con más belleza,
le dábades al alba rayos de oro;

y agora que te llama mi tristeza
con el nombre bellísimo que adoro,
no me respondes, porque no se inclina
a voz humana relación divina.

Estos, donde te vi, tristes lugares,
aunque llenos de sombras y de flores,
ya riberas del Tajo, ya de Henares,
serán más ocasión de mis dolores;
mis deseos morir, mis ojos mares,
por la desdicha y la razón mayores,
y yo en el centro de mi propio abismo,
el mayor enemigo de mí mismo.

Por la fe que te di, que no haya cosa
que me alegre jamás ni me entretenga
hasta que desta vida trabajosa
tu Elisio y tu pastor descanso tenga.
Tú, mi señora, en tanto en paz reposa
que espíritu inmortal a verte venga,
porque no puedo yo volver a verte
si no tiene de mí piedad la muerte...

ANTONIA CLARA

QUIEN amanece al sol, quien al sol dora
dejando libre discurrir el pelo
por el blanco marfil, y debe al cielo
las rosas que la noche le colora,

parece, con las gracias que atesora,
que a la naturaleza dió desvelo,
y que en las luces del celeste velo
buscó ella misma su primera aurora.

Si sois Amor, para robar despojos
en hábito de niña, hoy cesa, hoy para
cuanto de su rigor causaba enojos;

que si fuérades vos, Antonia Clara,
la niña de las niñas de sus ojos,
rompiera el arco Amor, mirar bastara.

DORMIDAS sobre cándidas arenas,
entre dos alamedas, que cubrían
las ramas aves y los pies verbenas,
del Tajo a lento paso discurrían
las crespas ondas a un ameno prado,
cuyas márgenes lirios guarnecían.

De la sierra de Cuenca despeñado
a la imperial ciudad, honor de España,
bajaba, en pura linfa desatado.

Allí donde es palacio la cabaña,
que reyes de sí mismos aposenta,
la risa de una fuente le acompaña.

Por maravillas pálidas que argenta
declina a un valle, en cuya verde frente
un monte de esmeraldas alimenta.

Purpúreo caminaba al occidente,
más que dorado, el rubio Apolo, cuando
Eliso triste suspiraba ausente.

Silvio, su amigo, a la sazón bajando

que Venus coronaba el horizonte,
las sombras de las cumbres dilatando,
temiendo que el ganado se remonte,
que ya, como sin dueño, se esparcía,
parte en el valle y parte por el monte,
las trepadoras cabras recogía;
mas cuando ya quedó junto el ganado,
cayó en los brazos de la noche el día.

Un corazón de agravios lastimado,
como fuera de sí, despierto sueña
memorias tristes de su bien pasado.

Oh musa, tú me inspira, tú me enseña;
que tanto no podrá rústica lira,
si tu favor divino me desdeña.

Tú sola el alma de mis versos mira,
que si tu viva luz me infunde aliento
y del profano vulgo me retira,

las cerdas pasaré del instrumento
por ámbar tan suave, que el herido
lazo con dulce y sonoro acento
pare las aguas del eterno olvido
con más dicha que aquel que en sombra vana
el adquirido bien lloró perdido.

Tú, pues, décima musa lusitana,
que a la lengua latina y portuguesa
te dignas de juntar la castellana,

si alguna vez de tus estudios cesa
en verso heroico o lírico la pluma,
que del Parnaso te aplaudió princesa,
aunque llegar intrépido presuma
tan cerca de tu sol, piadosa admite
esta de mis cuidados breve suma;
debido vasallaje les permite,
que así le deben a tu ingenio claro
como ríos y fuentes a Anfitrite,
que adonde estás como luciente faro
van con el Tajo, que tan lejos quiere
que tengan, si no fin, dulce reparo.
El mar de Lusitania los espere,
que penas que en el Tajo comenzaron,
bien es que mueran donde el Tajo muere.
Las quejas que de Filis alternaron
oye, Bernarda ilustre, a dos pastores,
a quien las mudas selvas escucharon.
Debieran consagrarte las mejores
Coridon griego y Títiro latino;
yo sólo ofrezco a tus estudios flores,
sombra del sol de tu laurel divino.

Silvio.

Eliso, ¿por qué dejas el ganado
pacer, como sin dueño, a su albedrío,
la adelfa al soto y la cicuta al prado?

Eliso.

Porque después de tanto desvarío,
solamente me llamen mis enojos
pastor de mis tristezas, Silvio mío.

Sigan en monte o valle sus antojos,
que solo quiero yo guardar mis penas
a las corrientes de mis tristes ojos.

Los toros, las ovejas, las colmenas,
de que las guarde vivirán seguras,
y yo a mí mismo de mí mismo apenas.

Silvio.

Nunca, Eliso, te faltan desventuras;
¿siempre te ha de mirar llorando el cielo
por los diamantes de sus luces puras?

Eliso.

Si fueran los zafiros de su velo
capaces de impresiones peregrinas,
manchara su esplendor mi desconsuelo.

Silvio.

Estas, floridas ya, rudas encinas
escarchaba de nieve el austro helado,
que bramaba en las selvas convecinas,
cuando te vi bajar con el ganado,
del resonante cáñamo ceñido,
por más defensa, tu gabán leonado.

Iba yo al Duero entonces, ofendido
de los celos de Flérida y Albano,
pensando hallar en el ausencia olvido,
y dijíste me tú: *Cabrero hermano,*
con celos nunca se logró jornada.

¡Oh cuántas veces me arrepiento en vano!

Pues que volviendo hallé regocijada,
a costa de mis celos, el aldea,
y por mi ausencia a Flérida casada.

Mas dime (que mejor tu dicha sea),
¿qué pena te desmaya y descompone?,
¿qué teme tu esperanza?, ¿qué desea?

¿Hate ganado alguno que se opone
a tus versos por dicha, permitiendo
el vulgo que tu palma le corone?



Eliso.

Nunca, Silvio, me he visto compitiendo,
que no me honrase de quedar vencido,
mi siempre humilde musa conociendo.

No hay valle como el nuestro tan florido
de ingenios, porque aquí tiene Helicon
su cristal con el Tajo dividido.

Aquí estudiosa juvenil corona
al palio del honor corre anhelante,
cuya virtud el premio perficiona.

Silvio.

¿Por ventura en ejército volante
esparció tus palomas por el viento
el rayo de la pólvora tronante;

o cuando en el silencio el hurto atento
con la dormida noche se conforma,
codicioso villano atrevimiento,

los corchos derribó donde transforma
la abeja en oro líquido las flores,
y de la luz el alimento forma;

o como suele haber entre pastores
envidias, se te mueren macilentos
los toros, más de hechizos que de amores;

o la discordia de contrarios vientos

los pámpanos, con súbito granizo,
no permitió llegar a ser sarmientos,
y entre las verdes rúbricas deshizo
los fértiles racimos cuando apenas
mayo los granos de las flores hizo?

Eliso.

Silvio, esas cosas, aunque causan penas,
no llegan a las túnicas del alma,
de la severa condición ajenas.

Lo que un valiente espíritu desalma
de dos pasiones naturales nace;

¡dichoso aquel que mereció su palma!

¡Con qué furor intrínseco deshace
la ira a la razón el santo imperio,
hasta que sus venganzas satisface!

¿Qué agravio, qué desdicha, qué adulterio
no ha celebrado amor, niño tirano?

¿Qué libertad no ha puesto en cautiverio?

Mas para que ni el griego ni el romano
cosa tan trivial ejemplifiquen

de pasiones, que son principio humano,

su fuerza mis desdichas testifiquen,

si bien por su memoria me acobardo

de que por descansar se multipliquen.

Tú conociste al montañés Rosardo,
rico otro tiempo y de Marbelia esposo,
más fuerte para el campo que gallardo;
perdió su hacienda el año riguroso
que se murieron las heladas crías,
y al Duero se partió con Nemoroso.

Ausente destas verdes praderías,
a Filis me dejó, tan tierna infante,
que cuando me la dió cumplió tres días;

Filis, materia dulce y elegante
para celeste forma en nieve pura,
alma de cera, que creció diamante.

Silvio.

Primero nuestra humana compostura
labra naturaleza en blanda cera,
después la edad y el tiempo en piedra dura.

Eliso.

Colgada al pecho de una sierpe fiera,
Filis venía, cándido cordero;
Filis, que el alma de mis ojos era.

Si del sustento del vivir primero
resultan las costumbres, disculpada
para mayor error la considero.

Cómo fué de mis manos regalada
sábelo el monte, el valle, el soto, el río,
y aun la fénix, si vale imaginada.

Era su gusto solamente el mío,
para que más su ingratitud te asombre
y en tanta obligación, tanto desvío.

Amor de brazos interés se nombre;
pero sin ellos, Silvio, ¿quién ha visto
tan extrañas finezas en un hombre?

Cuanto del Sur al polo de Calisto
es plata, es perla, es oro, le ofreciera,
si fuera rico yo como bienquisto.

Silvio.

¿Quién pudiera pensar que Filis fuera
contigo, Eliso, tan cruel e ingrata?

Eliso.

Quien amante y mujer la considera.

Mas oye atento, porque ya dilata
la sombra el monte, y fugitivo el día,
tiende la luna el pabellón de plata.

Crecía Filis y mi amor crecía;
que esto de ser platónico y honesto
más parece que amor filosofía.

¿Qué cosa no aprendió? Si bien, dispuesto
su entendimiento a toda ciencia y arte,
de planetas benévolos compuesto,

ninguna supe generosa parte
de cuantas constituyen aquel brío
que con la honestidad términos parte,

que Filis no aprendiese en daño mío,
pues tantas gracias fueron el escollo
en cuyas peñas se rompió el navío.

Cual suele de clavel plantar cogollo
el dueño de un jardín, y hasta que mira
brotar entre las hojas el pimpollo,

defendelle del cierzo y de la ira
del Capricornio helado, hasta que baña
Febo el jacinto, en cuya flor suspira,

mirando atento a la primer pestaña
que el sol levanta para ver el día
coronar de rubí la verde caña;

y cuando del botón en que dormía
sale rojo clavel, porque la rosa
no presuma tener la monarquía,

cortarle descortés mano envidiosa,
viendo tan viva en círculo pequeño
la rueda de corales luminosa,

sin ver que un año le costó a su dueño

tanto, que aún pienso que al cortar la vara,
huérfana le miró con verde ceño:

así fué el rapto de mi prenda cara,
¡qué propia dicha de clavel temprano,
que en quien le cría, pocas veces para!

¡Oh si quisiera el cielo soberano
hacer al hombre de cristal los pechos,
porque se viera el pensamiento humano!

Pero ¿cómo quedarán satisfechos,
si no ven los espíritus los ojos,
y dellos son los pensamientos hechos?

Mas oye la ocasión de mis enojos,
y a mi dolor la digresión perdona,
que son de mis cuidados desenojos.

El mes que con espigas se corona,
cuya imagen, ejemplos a los jueces,
igualmente castiga y galardona,

había visto decisiete veces
Filis, y el sol por su inmortal camino
la distancia del Aries a los Peces,

cuando por mi desdicha y su destino
Tirsi la oyó cantar en una fiesta;
Tirsi, zagal del mayoral Felino.

Y como en tierna edad está dispuesta
la materia al amor, desde aquel día
solicitó su voluntad honesta.

Tirsi por experiencia conocía
que por la aguda vista a las doncellas
al pie dragón la antigüedad ponía.

Con éste las guardaban, porque en ellas
es tan violento amor, que sin decoro,
rogando feas, no desprecian bellas.

Hizo una masa de metal sonoro,
a ejemplo del suceso de Atalanta,
que se rindió por las manzanas de oro.

No fué de Filis, no, la culpa tanta;
toda de Lidia fué, que una tercera
el áspid más honesto y sordo encanta.

Ésta vendió su honor y el que pudiera
gozar cuando en pacífico himeneo
pastor igual sus prendas mereciera.

No estaba Filis sin dragón lerneo;
Lidia lo era en el alma, en pecho y cara;
cegó su vista el codicioso empleo.

Silvio.

¡Oh cuánto puede en una vieja avara
la codicia del oro, que atrevida
ni en el peligro ni el honor repara!

Que no fuera pequeño el de su vida
si fuera cierto lo que fué conceto;
mas no es razón que tu discurso impida.

Eliso.

Enamorada Filis de secreto,
la sierpe de quien hice confianza
determinó los brazos al efeto.

Pues como viese yo tanta mudanza
en Filis de la vida que solía
pasar con menos ceño y más templanza,

y que cuando casalla proponía,
ningún pastor del Tajo le agradaba,
porque ocupado el corazón tenía;

que cuidadosa del cabello andaba,
y que sin fiesta ni ocasión alguna
de las secretas galas se adornaba,

y que con más mudanzas que la luna
por las líneas de plata de los cielos,
ya se mostraba fácil, ya importuna,

abrí los ojos a tener desvelos,
porque fué su traición con tanto engaño,
que me pesaba de que fuesen celos;

si bien entre el temor y el desengaño
áspero me mostraba, necio y triste,
viviendo en mí como si fuera extraño.

Silvio.

Luego la cara las colores viste
del corazón que vive sospechoso,
y más declara cuanto más resiste.

Eliso.

En viéndome las dos vivir celoso,
determinaron defender la vida;
que siempre el mal obrar fué temeroso.

Yo, triste, que a la sierpe fementida
mi cándida paloma confiaba,
ya de las plumas de mi honor vestida,
seguro el campo de mi hacienda araba;
que a las primeras aguas o segundas
en debida sazón la tierra estaba.

Mis penas eran ya menos profundas,
cuando una noche al desuncir los bueyes
que desataba ya de las coyundas,
pensando que los techos de los reyes
no igualaban, con Filis, mi cabaña,
aunque a dos mundos promulgasen leyes,
pregunto por mi Filis, ¡cosa extraña,
que el eco me responde solo y triste,
y con mi propia voz me desengaña!
Pálido el rostro, la color se viste

de la turbada sangre, como suele
el que al rigor de la sentencia asiste.

No hay desdicha que el alma no revele,
y así mi temeroso pensamiento
no mira engaño donde el miedo apele.

Cubrióse entonces de un humor sangriento
el corazón; las lágrimas heladas
no me dejaban ver el aposento.

Las luces de los ojos eclipsadas,
pedí favor al llanto, porque hay penas
que matan vidas de no ser lloradas.

Tan frío hielo me ocupó las venas,
que como la llamaba, y respondía
el aire en un jardín entre azucenas,

fingiendo mi dolor falsa alegría,
dije (¡qué tierno amor!, ya le condeno):
¿Eres tú quien responde, Filis mía?

Cual suele en cuadros de jardín ameno
descomponer los lazos y labores
súbita tempestad de horrible trueno,

romper las varas y trocar las flores,
desconociendo sus primeras plantas,
y en ramas jaspes confundir colores:

así de las reliquias, y no santas,
confuso estaba el suelo, y mi recelo
¡oh cuántas veces me lo dijo!, ¡oh cuántas!

Yo, triste, entonces convertido en hielo,
ya los rotos aljófares cogía,
ya los cabellos que dió el peine al suelo,
ya la negra sandalia que cubría
el blanco pie de Dafne, más ingrata,
a quien amor, y no interés, seguía;
ya la roseta que los lazos ata,
ya las de su cabeza, cuando hicieron
en florido jardín sendas de plata;
ya las cosas que el rostro compusieron,
y ocultan las mujeres con cuidado,
tan grande de partírsele tuvieron;
ya lo que no pudieron por pesado
o porque no les dió lugar el miedo,
que corre menos cuando va cargado.
Sólo decirte de la Circe puedo
que el aposento mismo se llevara
si para conducirle hubiera enredo.
Ninguna cosa Lidia perdonara
si venciera al temor su atrevimiento.
¡Ay Dios, si a Filis sola me dejara!
Y siendo el que rabió mi sentimiento,
el mastín del ganado vigilante,
también a la crianza desatento,
se fué con ellas, pero no te espante

si pensó que su vida me pagara
callar los pasos del secreto amante.

Silvio.

Lidia, ¿qué soldadesca saqueara
casa de labrador? ¿De qué africano
bárbaro incendió a tal rigor llegara?

Eliso.

Como suele debajo del manzano
revolverse el erizo en el otoño,
del dulce fruto en cada punto ufano,
o salir de las ramas del madroño
armado de coral, o al saco atento
de los despojos vencedor bisoño.

Silvio.

Pintó divinamente el sentimiento,
el gran Virgilio, de la reina Dido,
y con mayor dolor el aposento.

A la desierta cama y al vestido
dulces prendas llamó, cuando el troyano
surcaba el mar con tan ingrato olvido.

Eliso.

Piadoso le llamó, siendo tirano;
que si en sacar los dioses fué piadoso,
en ser ingrato a Dido fué villano.

Silvio.

¡Oh victoria del oro poderoso,
que en fin, de Lidia Filis conducida,
la goza en paz, sin la pensión de esposo!

Eliso.

Siendo de Tirsi Lidia conocida,
no acierta en permitir que esté con ella,
viendo en mi ejemplo su lealtad vencida;
que pues el oro todo lo atropella,
debiera imaginar, como discreto,
que quien se lo vendió sabrá vendella.

Silvio.

Si a tanta obligación se ve sujeto,
bien puede ser que de las dos cansado,
para dejarlas busque algún defeto;
que habiendo la fortuna levantado
de Tirsi el primitivo fundamento,
Filis cruel le llorará casado.

Eliso.

Ya me parece que las quejas siento;
que ser su esposa es pensamiento vano,
porque ha mucho que dura el pensamiento.

Silvio.

¿Qué hircana tigre, qué león albano
tiene con un ingrato simpatía?

Eliso.

Siempre le tuve yo por monstruo humano.

Si un huésped agradece sólo un día,
¿cómo, Filis cruel, tus ojos cierra
a tantos años la desdicha mía?

¡Oh cuánto, Silvio, el más discreto yerra
en fiar de mujer, que la más firme
más sabe a la costilla que a la tierra!

El ingenioso engaño lo confirme
con que al volver la espalda no hay seguro
honor que a serlo pueda persuadirme.

No hay bronce en puerta ni diamante en muro
de pertrechos y fosos defendido
contra un criado a su señor perjuro.

¿Cómo su casa guardará dormido

quien tiene dentro el que ha de abrir la puerta?
¿Cuándo Marte desnudo a Amor vestido?

No hay cosa entre los hombres más incierta
que la familia de interés vencida,
ni de mayor peligro descubierta;
que la traición de noche prevenida,
si no se siente, piérdese el decoro,
y si se siente, piérdese la vida.

La torre penetró la lluvia de oro,
adonde estaba Dánae, y fué de Europa
por el rubio metal fingido el toro.

Silvio.

Como corre tu agravio viento en popa
por una ingrata, las demás infieres;
que no en su ser, en tu desdicha topa.

Eliso.

La virtud y el valor de las mujeres
conozco, Silvio, y le celebro y canto,
si Porcias, si Lucrecias me refieres.

Silvio.

¿Cómo de Tirsi no te quejas cuanto
de Filis? Que parece cosa extraña.

Eliso.

¿Crié yo a Tirsi, ni me debe tanto?
¿Trujéronle por dicha a mi cabaña
de tres días no más? Pues, ¿qué me debe?

Silvio.

Tu paciencia presumo que me engaña.

Eliso.

El mal pagado amor, Silvio, me mueve,
y el ver que Filis para mí tenía
alma de mármol, corazón de nieve.

No pienses que la aurora amanecía
hasta que me decía Filis bella:

Escribe, Eliso, que ya traigo el día.

Y muchas veces ¡ay contraria estrella!
ella escribía lo que yo dictaba;
que hasta el alma quería hablar por ella.

Otras veces parece que tomaba
de sus ojos la luz de mis concetos,
y no era lo que menos acertaba.

Juzgaba yo sus ojos tan discretos,
que pensaba que versos producían,
como suele la causa los efectos.

Silvio.

Algunos por tu sangre la tenían.

Eliso.

De engendrar a criar no hay diferencia;
tan engañados como yo vivían.

Silvio.

¡Qué ingrata, qué cruel correspondencia!
¿Por qué no te has quejado del agravio?

Eliso.

Porque es la lengua baja diligencia.

Dios es un rey eternamente sabio,
y puede más un corazón que llora
que cuanto puede persuadir el labio.

Baja la noche, y cuanto ilustra y dora
Febo descansa en tierra y mar; yo solo
ni descanso a la noche ni a la aurora.

Vase otra vez al contrapuesto polo,
y vuelve a hallarme triste y desvelado;
¡oh, nunca para mí naciese Apolo!

Silvio.

¡Dichoso aquel que duerme sin cuidado!

Eliso.

No seré yo, que un átomo pequeño
no duermo en la cabaña ni en el prado.
¿Sabes algún remedio para el sueño?

Silvio.

Pregunta con qué duerme quien agravia,
y no quieras más frígido beleño.

Eliso.

Grave aforismo para gente sabia,
que a mi dolor más fácil le parece
preguntar por el fénix en Arabia.

De cuanto daño el corazón padece,
desvelado a la noche y a la aurora
(que a quien no ha de dormir nunca anochece),
solo me pongo a mí la culpa ahora,
que tarde y el ejemplo estoy mirando;
mejor fruto rindió rama traidora.

Silvio.

Mató dos cuervos un pastor, dejando
sobre las pajas del caliente nido
un negro pollo huérfano chillando;
y una paloma que aplicó el oído

a las quejas del cuervo, que espiraba
sin aliento, sin cebo y sin vestido,

llevóle de piedad donde criaba
sus hijos en el techo de una huerta,
que paloma sin pluma le juzgaba.

El pico al suyo le aplicaba, incierta
de su naturaleza, que tenía
de aprendidos arrullos encubierta.

Paloma, finalmente, parecía,
de la pluma etiópica desnudo.

Eliso.

¡Ay de paloma que de cuervos fía!

Silvio.

Cuando el cuervo que digo volar pudo,
sacóle uno a la paloma, y fuese
tierno al venir, y al despedirse mudo.

Mas como a ver la enferma concurriese
número de palomas sus amigas,
porque consuelo en tanto mal tuviese,

y una dellas, mirando sus fatigas,
criar hijos ajenos la culpase,
respondió la paloma: *No prosigas;*
que no es mucho que oyendo me engañase,

*siendo paloma yo, su voz doliente,
y al nido de mis hijos le llevase.*

*Criéle como pájaro inocente;
que si supiera que el traidor tenía
por padre un cuervo de su nido ausente,
no le criara, por desdicha mía,
a que así me pagara la crianza.*

Eliso.

*¡Ay de paloma que de cuervos fía!
Aplicóse tan bien la semejanza
que de una negra máscara compuesto,
por no la ver, que no para venganza,
tengo un retrato en mi cabaña puesto,
para que traiga por su honor el luto,
o porque para mí murió tan presto.*

Silvio.

*Cual es el árbol, tal produce el fruto;
mas porque Febo ya llegar desea
adonde paga el Tajo al mar tributo,
volvamos los ganados a la aldea,
e intenta dividir el pensamiento.*

Eliso.

Silvio, por una acción tan loca y fea,

cuanto la amaba, aborrecerla siento;
quise engañado y olvidé ofendido,
monstro de ingratitud, tu falso intento;

que a ser gentil y en fábulas nacido,
no fuera al campo Eliso por no verte
alma desnuda de mortal vestido;

que, como en vida y muerte fué quererte
mi pensamiento, siendo agradecida,
ingrata, será fuerza aborrecerte.

La vida se perdona al homicida,
y aun el honor con ser de tanto precio;
pero la ingratitud jamás se olvida.

Cuando enmudece la justicia, es necio
el que la pide; yo a callar me obligo.
¡Oh Filis! si estás cerca de un desprecio,
¿para qué quiero yo mayor castigo?

SACRA AMORI ET DOLORI

ELENA

Querido manso mío que vinistes... (Rimas humanas, 1602).
... ya la Primavera... (La Filomena, 1621; fragmento.)
De una recia calentura... (Romancero general, 1600.)
Hortelano era Belardo... (Romancero general, 1600.)

ISABEL

Mi bien nacido de mis propios males... (Rimas humanas, 1602.)
¡Oh dura y terrible ausencia... (Romancero general, 1600.)
Llenos de lágrimas tristes... (Romancero general, 1600.)
De pechos sobre una torre... (Romancero general, 1600.)

MICAELE

Ya no quiero más bien que solo amaros... (Rimas humanas, 1602.)
Serrana hermosa, que de nieve helada... (El Peregrino en su Patria, 1604.)

JUANA

¿Qué ceguedad me trujo a tantos daños... (Rimas sacras, 1614.)
Ya, en efecto, pasaron las fortunas... (Epístola al doctor Matías de Porras. La Circe, 1624.)
Este de mis entrañas dulce fruto... (Rimas sacras, 1614.)

MARCELA

Rosa gentil, que al alba de la humana... (Rimas sacras, 1614.)
Marcela, de mi amor primer cuidado... (Epístola a Francisco de Herrera Maldonado. La Circe, 1624.)

MARTA

Resuelta en polvo ya, mas siempre hermosa... (Rimas humanas y divinas del licenciado Tomé de Burguillos, 1634.)

A competir la luz que el sol reparte... (Amarilis, Egloga, 1633; fragmentos.)

ANTONIA CLARA

Quien amanece al sol, quien al sol dora... (Rimas humanas y divinas, 1634.)

Dormidas sobre cándidas arenas... (Filis. Egloga, Vega del Parnaso, 1637.)

AUTO DE LA MAYA. (El Peregrino en su Patria, 1604.)

Auto de la Maya.



CRUZ Y RAYA
FEBRERO-MARZO
1931

Resolución por el agua, una respuesta humana... (Luzmila Hernández y otros del licenciado Torres de Aragón, 1604.)

A competir la luz que el sol capta... (Anónimo, Ecloga, 1633; fragmento.)

AUTO DE LA LUZ

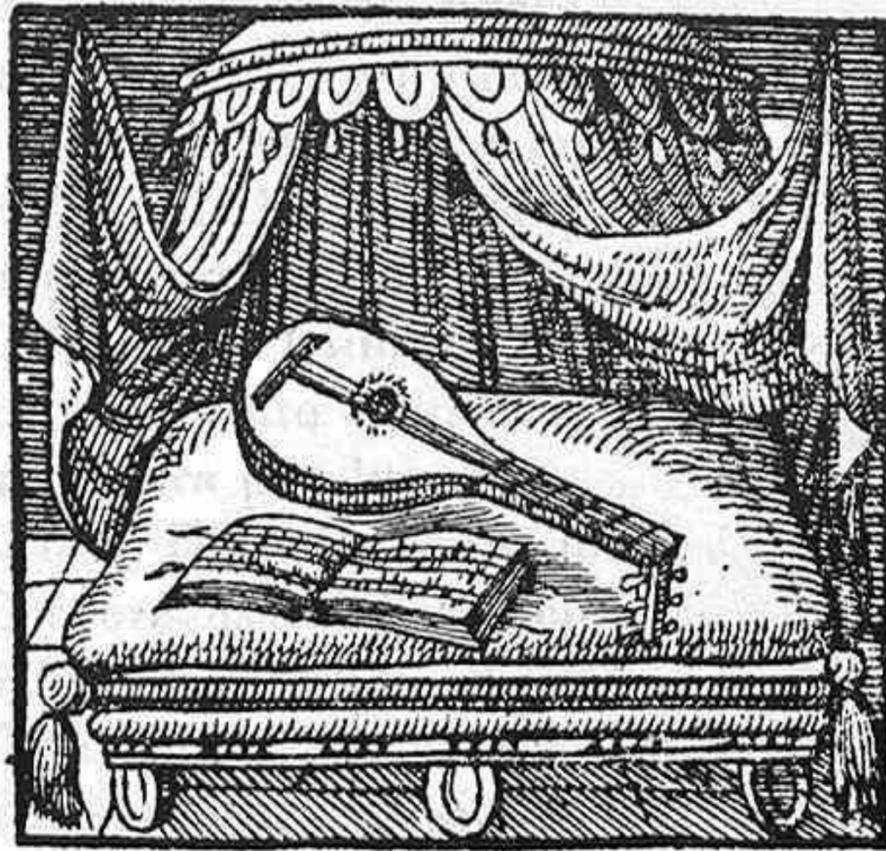
Quien avanzara al sol, quien al sol dio... (Luzmila Hernández y otros del licenciado Torres de Aragón, 1604.)

Domadas por el cálida viento... (Luzmila Hernández, Vega del Paraíso, 1633.)

AUTO DE LA LUZ (de Paragüra en la Patria, 1604.)

LOPE DE VEGA

AUTO DE LA MAYA

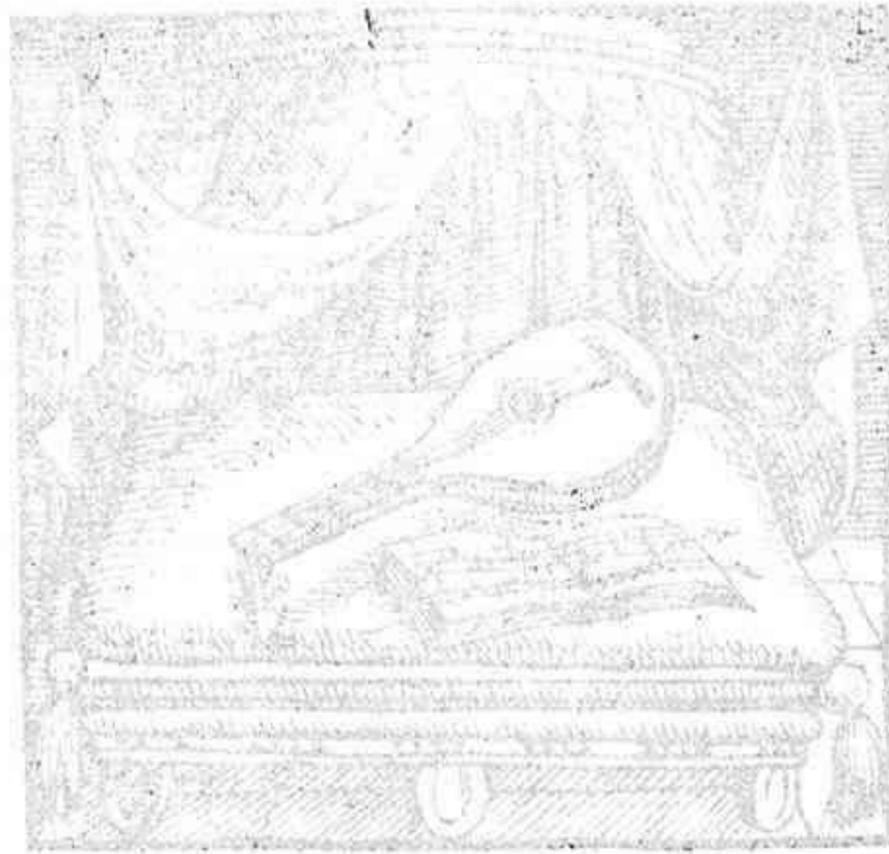


CRUZ Y RAYA
FEBRERO-MARZO

1 9 3 5

LOPE DE VEGA

AYAMALAY



CRUZ Y RAYA
FERRERO-MARINO

1932

Músicos.

HOMBRE y Dios puesto en la cruz,
José divino vendido,
cordero inocente muerto
del mundo al mismo principio,
Isaac obediente al padre,
sacrificio puro y limpio,
Salomón puesto en su trono,
capitán de Israel invicto,
sierpe contra aquella Sierpe,
César en su triunfo altivo,
árbol de fruto estimado,
trigo para pan bendito:
Cristo, Dios, Hombre, José,
Cordero, Isaac, Sacrificio,
Salomón, Capitán, Sierpe,
César triunfante, Arbol, Trigo:
Vos sois aquel Cupido
de amor vendado y por amor vendido.

Esposo de los Cantares
coronado de rocío,
rey, pues aquí lo confiesan
vuestros propios enemigos,
Josué, que eclipsa el sol
si el otro le ha detenido,

manos de Moisés honrando,
olivo de su olio ungido,
emperador que en sus hombros
sustenta su Imperio mismo,
león con panal de miel,
juez muerto por mi delito,
harpa contra los demonios,
luz en monte y, dando silbos,
pastor que desde él nos llama,
libro con su sangre escrito:
Esposo, Rey, Josué,
Manos de Moisés, Olivo,
Emperador, León, Juez,
Harpa, Luz, Pastor y Libro:
Vos sois aquel Cupido
de amor vendado y por amor vendido.

Manuel, que en vez de miel
le dieron hiel, que no quiso,
príncipe santo de paz,
padre del futuro siglo,
fuego que sube a su esfera,
Absalón, en alto asido
de tres lanzas de Joab
a la encina crucifijo,
frontispicio del gran templo,
serafín que Esaías dijo,
de seis alas no cubiertas,
pues descubre llagas cinco;
víctima aquí voluntaria,
flor de Jesé, que ha subido
de la raíz del Calvario,
lámpara, que así fué dicho
que sería el Salvador
como lámpara encendido;

yedra en olmo, y de la tierra
de Dios, racimo bendito:
Manuel, Príncipe, Padre,
Fuego, Absalón, Frontispicio,
Serafín, Víctima, Flor,
Lámpara, Yedra, Racimo:
Vos sois aquel Cupido
de amor vendado y por amor vendido.

*A estos postreros acentos salió el que hacía el prólogo y le
refirió así:*

No fué llamarle rudeza
los antiguos escritores
al dios Pan de los pastores,
dios de la Naturaleza.

Que, dejando propiedades
que de otras cosas le dan,
son las sombras de aquel Pan
figuras de estas verdades.

Y aunque hay Sagrada Escritura,
es gloria desta verdad
que hasta la gentilidad
tenga deste Pan figura.

Aquel Cuerpo Santo unido
la parte inferior de humano,
muestra el Verbo soberano
de piel humana vestido,
terrestre, humilde y mortal,
y humana naturaleza
encubrió vuestra grandeza,
divino Pan celestial.

En casa de pan nacistes,
aunque no de las menores,

y como Dios de pastores
luego en naciendo los vistes.

Pastor después os llamáis,
y decís que conocéis
las ovejas que tenéis,
que con sangre señaláis,

y cuando todas huyeron
de los lobos que llegaron,
como a Pastor os hallaron
en el huerto en que os prendieron.

Hombre y Pastor a la gente
os muestra un hombre inhumano,
la verde caña en la mano
y la guirnalda en la frente.

Y yendo al monte, aunque tierno,
con vuestro cayado al hombro,
diste silbo, que fué asombro
de Cielo, Tierra e Infierno.

Las siete voces que Pan
junto de cañas y cera,
fué la música postrera,
que de vos oyendo están.

Y si allá quedó vencido
Pan de Apolo, Vos Pan solo
con esta música a Apolo
dejastes escurecido.

Que dijo en esta tristeza
un hombre: el mundo es deshecho,
o padece el Dios que ha hecho
la humana Naturaleza.

También os llamáis Pan vivo,
luego sois Pan y Pastor;
vivo fué grande el amor,
pero muriendo excesivo.

Que cuando ya al fin llegastes
de lo que hacer prometistes,
como Pan al hombre os distes,
y como Pan os quedastes.

Y así justamente a vos
de Dios Pan el nombre os dan,
porque ser Dios y ser Pan
¿quién puede ser sino Dios?

La Tierra en efecto os nombre
Señor de inmortal grandeza,
Dios de la Naturaleza,
Dios Pan, Dios Pastor, Dios Hombre.

Veis aquí, Pan celestial,
entre gentiles figura
de ese pan, divina hartura
del ángel y hombre mortal.

No huya el Alma de vos,
como aquella ninfa huía,
pues vos, Dios Pan, este día,
puesto que sois Pan, sois Dios.

Que si huyendo esos amores
se convierte en caña, luego
la cortarán para el fuego
del Infierno los pastores.

Esperad, pues, Alma, vos,
y gozaréisle en el Cielo;
que aunque es Dios en Cielo y suelo,
aquí veis Pan y allá Dios.

La Música, al fin del prólogo, cantó así:

Del Cielo somos aldeas,
pues hoy, Alma venturosa,
que Dios con vos se desposa,
da por colación obleas.

Aldeas somos del Cielo
desde que Adán labrador
comió aquel pan de dolor,
cosecha de todo el suelo.

Mas ¿qué cortes como aldeas,
donde en la fiesta dichosa
que Dios con vos se desposa
da por colación obleas?

Extremada colación
es hacer que vivo esté,
donde pintado se ve,
el cordero de Sión.

Trátanos Dios como aldeas,
y por eso, Alma dichosa,
cuando con vos se desposa
da por colación obleas.

Habiéndose entrado los músicos, salió el Cuerpo en hábito de villano rústico, y el Entendimiento de un viejo venerable, y dijeron así:

Cuerpo.

¿Connigo torres de viento?

Entendimiento.

¿Tú no ves que soy la basa,
la columna y fundamento?

Cuerpo.

Alzaos con toda la casa
porque sois Entendimiento.

Por Dios, que si se pudiera
vivir sin vos, y bastara
que el Cielo razón nos diera,
que de la casa os echara
y que con vos no viviera.

En cuanto el hombre tropieza
sois tan soberbio enemigo,
que ha dudado mi flaqueza
que podáis caber conmigo
si no ensancho la cabeza.

Entendimiento.

Mira, Cuerpo, no seas loco.
Por el Alma que en ti mora,
que en la materia que toco
tanto estimo a tu señora
cuanto a ti te tengo en poco.

Si el Alma camina bien
en estos tristes destierros,
tú harás lo mismo también,
que no es bien que de sus yerros
culpa a tu ignorancia den.

El que toca el instrumento,
es con bueno o con mal son
el que le da sentimiento;
porque él sin esta razón
¿cómo tendrá movimiento?

El Alma no me ejercita
aunque se ayuda de ti,
y a tus fuerzas habilita
por tus órganos a mí,
ni a tus bajezas me incita.

Para nuestro oficio honrado
yo y la Voluntad, que hacemos
al Alma ilustre su estado,
en ti, Cuerpo, no tenemos
órgano determinado.

Cuerpo.

No hay paciencia que resista,
ni hay en mi cólera calma
para veros tan sofista;
ya sé yo muy bien que el Alma
no puede ser organista.

Ya sé que soy sin nobleza,
grueso, tosco y material,
y del Alma la riqueza,
que es su tela y mi sayal
distinta naturaleza;

pero es tal nuestra amistad,
que no hay miembro en mí vacío
de su virtud.

Entendimiento.

Es verdad,
y es tu ornato y atavío
la ordenada variedad.

Mas ella es acto primero
y natural perfección
de tu cuerpo.

Cuerpo.

Yo no quiero
rebelarme a la razón;
casa y cuerpo soy grosero.

De su forma substancial
materia y compuesto soy,
por ella tengo caudal,
mortal nací, como estoy,
y ella espíritu inmortal.

Si está en mi casa contenta,
¿para qué la decís vos
que en mis gustos no consienta?

Entendimiento.

Porque teme y ama a Dios,
y está la suya a mi cuenta.

Tú perecerás cual flor,
y cual heno envejecido
tu natural resplandor.

Cuerpo.

Y vos ¿quedaréis asido
al Alma?

Entendimiento.

Templa el furor.

¿No ves que quien da el veneno
hace el pecado, y no el vaso
que va de cicuta lleno?

Cuerpo.

Entendimiento, hablad paso,
no me tiréis tanto el freno.

¿Qué os ha hecho el Rey a vos
de las tinieblas oscuras?
¿No nos regala a los dos?

Entendimiento.

¿Rey de tinieblas procuras?
Tú quieres dejar a Dios.

Cuerpo.

A fe que no es mal galán
para el Alma, a quien anieblas
hoy cuantos gustos le dan.

Entendimiento.

Cuerpo, de un Rey de tinieblas,
dime ¿qué gustos serán?

Bien parece que no has visto
al Príncipe de la luz.

Cuerpo.

Por el nombre está bien quisto,
pero ya sé que su cruz
son los regalos de Cristo.

Mas él dice que es suave
su carga, creerlo quiero.

Entendimiento.

Es leve su yugo, y sabe
que él le ha llevado el primero
para que no fuese grave.

Yo procuro, Cuerpo amigo,
hacer estas amistades
de él y del Alma.

Cuerpo.

Yo os digo,
si os he de decir verdades,
que no está muy bien conmigo.

Entendimiento.

Así Pablo lo decía,
que quien en la carne está
agradarle no podía.

Cuerpo.

Mirad que el Alma está ya
con mortal melancolía.
No la tengáis tan sujeta.

Entendimiento.

Mira, Cuerpo, fácilmente
un alegre se inquieta.

Cuerpo.

Pues huélguese honestamente,
que mucho tu lazo aprieta.

Entendimiento.

¿Cómo?

Cuerpo.

Vístase gallarda.

Entendimiento.

¿Y qué tiempo sobraría
para la oración, si tarda
del alba hasta el mediodía?
Eso impide y acobarda.

Cuerpo.

Pues algo tienes de hacer.

Entendimiento.

Ahora bien, por su respeto,
y por hacerte placer,
y porque para este efecto
es bellísima mujer,
hagámosla Maya.

Cuerpo.

¿Cómo,
si está ahora descompuesta?

Entendimiento.

Eso a mi cargo lo tomo,
y quiero ser desta fiesta
el faraute y mayordomo.

Cuerpo.

Por Dios, que según es bella
que creo que allegaremos
grandes tesoros con ella;
porque mil ricos extremos
Dios en sus grandezas sella;

que yo con ser Cuerpo, es cierto
que desde el cuello a la frente
tengo otro mundo encubierto
que es un milagro excelente
cuando se contempla abierto.

¡Que es mirar tanta oficina
debajo de un cráneo y hueso,
cuanto más, Alma divina,
de milagros el exceso
que en vos mi ingenio imagina!

Agora sí la verán
los galanes que pasean,
y buen día se darán.

Entendimiento.

Sus ojos quiero que hoy vean
a Cristo, hermoso galán.

¡Cuán bien su hermosura dijo
su Esposa!

Cuerpo.

De amor se abrasa.

Entendimiento.

Es de Dios imagen e hijo.

Cuerpo.

¿Sabéis quien vive esta casa?
La Alegría y Regocijo.

Entendimiento.

¿Quién son?

Cuerpo.

Marido y mujer,
músicos tan excelentes
que podrán la fiesta hacer,
porque ellos y sus parientes
saben cantar y tañer;

que aquí está la Poesía,
aunque a veces enojada,
con la cantora Alegría,
mas no será convidada
si tiene melancolía.

Está el Gusto, está el Contento,
está el Baile y la Locura.

Entendimiento.

Esa llevar no consiento,
que para descompostura
tiene mucho atrevimiento.

Cuerpo.

Llevaremos quien tú quieras,
parte, y vístase la Maya.

Entendimiento.

Pues llama.

Cuerpo.

¿Adónde me esperas?

Entendimiento.

En casa.

Cuerpo.

Hoy quiero que vaya
todo el resto de mis veras;
hoy sí que ha de ser gran día.
¡Ah Regocijo!

Entrándose el Entendimiento, salió el Regocijo, vestido de villano, con un instrumento.

Regocijo.

¿Quién es?

Cuerpo.

¡Qué presto oyó la voz mía!

Regocijo.

¿Es el Cuerpo?

Cuerpo.

¿No me ves?

Regocijo.

Pardiez, no te conocía.

Cuerpo.

Ando flaco y sin contento,
que me trae a maltraer
este viejo Entendimiento.

Regocijo.

¿No te da bien de comer?

Cuerpo.

Consejos, palabras, viento.

Regocijo.

¿Pues eres camaleón?

Cuerpo.

Todas son sofisterías.

Regocijo.

¿Y el Alma?

Cuerpo.

Con la Razón
está ocupada estos días
en cosas de perfección.

Déjanme por ignorante.

Regocijo.

No sabes más de comer,
con ser como un elefante.

Cuerpo.

¿Adónde está tu mujer?

Regocijo.

Aquí, templando un discante.

Cuerpo.

¡Qué buena casa has labrado!

Regocijo.

Estoy aquí como un rey,
de gran gente acompañado,
que no tiene el mundo ley
que pueda darme cuidado.

Cuerpo.

¿Qué huéspedes tienes?

Regocijo.

Grandes,
la Música, la Poesía,
que dirán cuanto les mandes,

las Burlas, la Cortesía,
que brindan que no hay más Flandes;
la Honra, la Paz, la Herencia,
Buen Suceso, Mocedad,
Dinero, alegre sentencia,
la Victoria y Amistad,
Salud y Buena Conciencia.

La Comedia, rica cosa,
gracioso entretenimiento
para ocupar gente ociosa,
que divierte el pensamiento
de la tristeza enojosa.

He echado de casa el Juego,
porque a todos revolvía
y nos quitaba el sosiego,
y porque echó el otro día
cierto por vida y reniego.

Cuerpo.

¿No tienes acá las Ciencias?

Regocijo.

No soy, por tu vida, amigo
de meterme en diferencias;
las Leyes nunca las sigo
por tantas inteligencias.

Eso de la Astrología
desvanéceme de testa,
la Sagrada Teología
es muy sutil y dispuesta
a tener melancolía;

la Medicina, allá es cosa
que también me desatina;
aquí ha de estar gente ociosa,
porque a las Ciencias afina
la tristeza religiosa.

¿Qué quieres, Cuerpo?

Cuerpo.

He sabido
tanto, aunque rudo, y a tienta
y como animal nacido,
que a este sabio Entendimiento
tengo a mis gustos rendido.

Hoy el Alma ha de ser Maya,
grande fiesta quiero hacer,
puesto que el mayo se vaya,
que creo que salió ayer
y que pasamos la raya.

No importa, venga conmigo.

Regocijo.

¡Hola, Alegría y Contento!

Cuerpo.

¿Es músico?

Regocijo.

Y grande amigo.

Salieron el Alegría y el Contento, de dama y galán, ricamente vestidos, con sus instrumentos.

Alegría.

¿Qué nos quieres?

Regocijo.

Su instrumento
traiga cada cual consigo.

Contento.

¿Dónde vamos?

Regocijo.

A una fiesta.

Contento.

¿Es boda?

Regocijo.

Una Maya es.

Alegría.

¿Quién?

Cuerpo.

El Alma.

Alegría.

¿Está compuesta?

Cuerpo.

Allá la componen tres,
y todos tres sobre apuesta.

Contento.

¿Quién son?

Cuerpo.

Amigo Contento,
son desta novia la gloria,
lustre, gala y ornamento,
la Voluntad, la Memoria,
y el anciano Entendimiento.

Contento.

Pues vamos y ande la fiesta.

Alegría.

Aunque los tres me perdonen,
Cuerpo, te doy por respuesta,
que si tantos la componen
vendrá a quedar descompuesta.

Guiará la Voluntad,
por donde el Entendimiento,
no la tenga con su edad.

Cuerpo.

Esté yo gordo y contento,
y tenga vuestra amistad,
y nunca paz la dé Dios.

Alegría.

Si no están ellos con ella,
¿cómo la tendréis los dos?

Regocijo.

Ahora bien, la Maya es bella,
Cuerpo, ya vamos con vos.

Cuerpo.

Pensad letras.

Alegría.

¡Qué apacible
es el Cuerpo!

Regocijo.

Es gran persona.

Cuerpo.

Cantad algo conveniente.

Contento.

Un poco de vida bona
con la honestidad posible.

Luego comenzaron los tres a tañer, bailar y cantar esta letra.

*Vida bona, vida bona,
vida, vámonos a la gloria.*

Si Dios dijo que era vida,
camino y verdad notoria,
¿qué vida será más buena,
Alma, entre las vidas todas?
¿Qué camino como aquel
adonde el alma reposa,
pues si de los Cielos sale
en fin a los Cielos torna?
Esta tienen por verdad
divina y humana historia;
quien otro camino sigue
va al Infierno por la posta.

*Vida bona, vida bona,
vida, vámonos a la gloria.*

Para el camino, Alma mía,
hagamos buenas alforjas,
carguémonos de virtudes,
que llevar muchas importa:
Fe, Caridad y Esperanza,
y todos con buenas obras,
que Fe sin obras es muerta
y ellas alcanzan victoria.
Ama a Dios y espera en él,
haz a los pobres limosna,
perdona a los enemigos,
pues Dios a ti te perdona.

*Vida bona, vida bona,
vida, vámonos a la gloria.*

Cristo hace bodas y fiesta,
y te dará pan de boda
si ropas de boda llevas,
y no manchadas las ropas.
Una Fénix, por lo menos,
quiere que viva te comas,

mejor que el maná de Egipto,
que fué de este Fénix sombra.
Allá dicen que te aguarda
Cristo en el Puerto de Ostia,
porque vamos desde Cáliz
a ver la triunfante Roma.

*Vida bona, vida bona,
vida, vámonos a la gloria.*

*La Gula entró a esta sazón, que era un villano, con rústico
traje y persona, y dijo así:*

Gula.

¡Pues, Cuerpo, cuerpo de tal
con vos, y conmigo, amén!
¿con música celestial
divertido estáis tan bien
cuando yo lo estoy tan mal?

¿No pediréis de comer,
siquiera una vez al día,
a este viejo bachiller?

Cuerpo.

Si hambre fueras, Gula mía,
pudieras queja tener.

¿Porque tú, después de estar
a mi contento relleno,
me has de venir a buscar?

Gula.

Por mi vida que estoy bueno,
bien puedo echarme a rodar.

El diablo me trujo a casa
tan miserable, y mezquina,
que ni se cuece, ni amasa,
y sin lumbre en la cocina
lo más del año se pasa.

Alquilastes aposento
a un Alma contemplativa
que os trae tan macilento,
que envidio un bruto, a quien priva
el Cielo de entendimiento.

Mejor nos iba primero
con este Rey.

Cuerpo.

¿Que tan bien?

Gula.

Yo te confieso que es fiero,
mas come y brinda muy bien,
y es muy gentil compañero.

Cuerpo.

¿No quieres que me alborote
de no saber bien quién es
debajo de aquel capote?

Gula.

¿Pues qué dicen?

Cuerpo.

Que después
hace pagar el escote.

Gula.
Coma yo, y después reviente.

Entendimiento.

Calla, Gula, que hoy es día
en que haré que te contente.

Gula.
¿Cómo?

Cuerpo.

Es Maya el Alma mía,
y ha de haber fiesta excelente.

Gula.
¿Maya?

Cuerpo.

Maya, pues.

Gula.
Hoy pienso
sacar vientre de mal año,
hoy las faltas recompenso
de aqueste viejo tacaño,
hoy las tripas desaprenso.

Por su mala condición,
más guardosa que una hormiga,
andaba en esta ocasión
con más pliegues mi barriga
que alguna bolsa de arzón.

Gula.

¿Quién son éstos?

Cuerpo.

La Alegría,
el Regocijo, el Contento.
Para celebrar el día,
quédate y vuelve al momento,
que lo llevo al Alma mía.

Gula.

Vete en buen hora.

Cuerpo.

Alto, pues.

Contento.

Hoy bravamente meriendas.

Cuerpo.

Venid conmigo los tres,
que yo os pagaré.

Regocijo.

No entiendas
que vamos por interés.

Gula.

Si esta fiesta se ha guiado
por el viejo Entendimiento,
no me alcanzará bocado,
que todo su pensamiento
es no darme pienso honrado.

Pues yo haré que venga a ver
algún galán a la Maya
que nos dé bien de comer.

*Habiéndose entrado el Cuerpo, el Regocijo, el Contento y el
Alegría, entró el Rey de las Tinieblas.*

Rey.

Seguirla tengo, aunque vaya
de Dios con ella el poder.

¿Que piensa el Entendimiento,
cuando algún tiempo me oprima,
que ha interrumpir mi intento?
¿No ve que me ha visto encima
del Monte del Testamento?

¿No ve que el querube he sido
que pintaba Ezequiel,
y el cedro hermoso y florido.

Gula.

¡Oh valeroso Luzbel,
Rey de tinieblas vestido!
¿quién te ha dado pesadumbre?

Rey.

Ando, Gula, enamorado.

Gula.

Bien fuera de tu costumbre,
que el amor es muy helado
para contrastar tu lumbre.

Rey.

Es amor que procedió
de grande aborrecimiento,
que amor que siempre engendró
la envidia, trocó su intento,
que hoy de la envidia nació.

Amo al Alma, que aborrezco,
mas es interés con Dios,
a quien me pongo y ofrezco,
que no estamos bien los dos,
por decir que le parezco.

Y yo que le igualo digo,
más que por imitación
por potencia, aunque el castigo
desta soberbia razón
es quedar por su enemigo.

Pues séalo enhorabuena,
que si él es Rey de la luz,
yo de tinieblas y pena.

Gula.

¿Qué importa, si de su cruz
el Alma no vive ajena?

La Razón y Entendimiento
la tiene tan abstigente
de todo lo que es contento,
que ha quince días, y aun veinte
que apenas me dan sustento.

Mas puede ser que hoy le haya,
que hay fiesta.

Rey.

¿Por qué razón?

Gula.

Porque al Alma han hecho Maya,
y hay merienda y colación
hasta pasar de la raya.

Rey.

¿Luego en público saldrá?

Gula.

Si la quieres ver, Luzbel,
bien puedes hallarte allá.

Rey.

Temo aquel viejo cruel
que siempre con ella está.

Gula.

Ponte galán y pasea,
que a fe que te ha de querer

como ella galán te vea,
y lleva bien que ofrecer
cosa que de gusto sea,
que yo seré de tu parte.

Rey.

¿Haráslo, Gula?

Gula.

Camina
a vestirte y disfrazarte.

Rey.

Gula, si venzo, imagina
qué tengo de regalarte.

Gula.

Yo lo pienso procurar.

Rey.

Cuando estés en mi poder
comerás sin descansar.

Gula.

Dadme vos bien de comer,
que yo haré al Alma ayunar.

Rey.

Nunca Eliogábalo tuvo
los regalos que tendrás.

Gula.

¿Que el alma con vos estuvo?
¿y qué os dijo?

Rey.

Quiso más
a quien menos la mantuvo,
y a fe que el Entendimiento
no la debe de sacar
con tal fiesta y tal contento,
sino por hacer rabiar
mi envidioso pensamiento.

Gula.

El Cuerpo me ha dicho aquí
que es sólo para comer.

Rey.

Dice la verdad así,
pero no debe de ser
cosa de las que hay en mí.

Gula.

Pues por lo que vos no dais
no daré dos blancas yo;
lindamente regaláis,
nadie como vos gastó,
ventaja a todo lleváis.
Nunca mejor como y visto,

quédase todo fiambre,
con vos anda el vino listo,
que acá me matan de hambre
cuando el cuerpo sirve a Cristo;
que es hombre Cristo en comer
tan escaso, que ayunaba
sin haberlo menester,
siendo su Padre el que daba
al Cielo y al Mundo ser;
y una vez Satán me dijo
que ayunó cuarenta días;
ved si es en esto prolijo
quien mudó las aguas frías
otra vez que las bendijo.

Pues si vuelve el agua en vino,
y el pan crece tan sutil
que una vez que al campo vino
con cinco hartó cinco mil,
que fué milagro divino,

¿por qué ayuna y por qué mata
de hambre a los que le siguen?

Regocijo.

Antes hoy de hartar los trata
porque la hambre mitiguen,
y hoy se cifra y se dilata:

cífrase en sólo un bocado,
y dilátase en amor.

Gula.

¿En un bocado cifrado?
¿Puede haber tanto favor?

Regocijo.

Sí, porque él mismo se ha dado.

Gula.

¿El mismo se ha dado a sí?
¿No es hombre Dios?

Regocijo.

Sí lo es.

Gula.

¿Pues somos indios aquí?

Regocijo.

No es para ti, Gula.

Gula.

¿Ves
cómo no es Dios para mí?

Dicen que allá los caribes
comen hombres; yo más quiero
estar contigo, que vives
a lo grande y caballero
y a cuantos vienen recibes.

Das perdices, das capones,
pavos, pichones, terneras,
cabritos, tortas, jamones;
esto sí, que no quimeras,
que yo no entiendo invenciones.

Gula soy; si Dios se da

en un bocado, uno sólo,
¿qué satisfacción tendrá?

Regocijo.

Cómese de polo a polo
quien come a queste maná;
cómese tanto, que rabio
de ver lo que el hombre come,
y de que coma me agravio.
Mas guárdese que el pan tome
indignamente, si es sabio,
porque come su juicio,
como come eterna vida,
quien come sin fe y sin vicio,
y que es hoy esta comida
me ha dado la Maya indicio.

¿No se podía pasar
el Alma sin esta fiesta?

Gula.

Calla que se quiere holgar,
y sentarse a mesa puesta.

Regocijo.

Y más si es Dios el manjar.

Gula.

Si es Dios, yo me voy de allí,
porque vendrá la Abstinencia,
que es sangriento azote en mí.

Regocijo.

Pues espera, y ten paciencia,
que yo vendré por aquí.

Gula.

¿Vaste agora?

Regocijo.

Sí, que voy
por algo que le ofrecer.

Gula.

Confuso quedo y estoy,
paciencia habré menester
si a ver a la Maya voy.

Mas por mí sé que es la fiesta
en esta calle, y que viene
hermosa, rica y compuesta;
toda la beldad que tiene,
crece su vergüenza honesta.

Entraron a este tiempo el Regocijo, el Contento y la Alegría con sus instrumentos: pandero, guitarra y sonajas; el Cuerpo, el Entendimiento y el Alma, vestida de Maya con muchas joyas; sentáronla detrás de una mesa llena de flores; el Cuerpo traía una escobilla y un paño, y el Entendimiento un plato, y la música comenzó así:

*Esta Maya lleva flor,
que las otras no.*

Esta Maya tan hermosa,
tan compuesta y tan graciosa,
viene a ser de Cristo esposa
y la palabra le dió,
que las otras no.

Las otras, que en el pecado
están feas, no han llegado
a tan alto desposado,
y esta por limpia llegó,
que las otras no.

Entendimiento.

Alma gallarda y hermosa,
pues siendo pobre mujer
te busca para su esposa
Cristo, mira que has de ser
santa, honesta y virtuosa.

En su mística divina
compañía gozarás
sus riquezas, e imagina
que todas las perderás
si al vicio el Cuerpo te inclina.

Serás una habitación
de su alta divinidad
en tan soberana unión,
pero está en tu castidad
tu gloria y tu perdición.

Así en la Ley de Moisés
aquella esposa lloró,
que salió inútil después;
a quien todo se te dió,
bien es que toda te des.

Conoce tu dignidad,
Alma, y mira que los ojos

ven con mayor claridad
cuando están libres de enojos,
y de alguna enfermedad.

Lo que te importa previsto,
limpios los ojos tendrás,
que en el Sol que te conquisto,
si limpia del mundo estás,
mejor mirarás a Cristo.

Si aquí viniere este día
a ofrecer de su riqueza
alguna joya, Alma mía,
las joyas de su largueza
estima con alegría.

Y del cuerpo no hagas caso,
ni de sus locos sentidos,
en este tránsito y paso,
que son sus bienes perdidos,
y el mundo en darlos escaso.

Alma.

Mi querido Entendimiento,
mi consejero y amigo,
de mi ser claro ornamento,
mi eterno Criador bendigo
que te dió en mi casa asiento.

Sé quién soy y dónde voy,
y esta substancia capaz
de razón que ves que soy,
que este cuerpo pertinaz
rige, en cuanto en él estoy,

sé que es a Dios semejante,
y que a su imagen soy hecha,
dignidad tan importante

que obliga con ley estrecha
a que sus grandezas cante.

Precede su majestad
cuanto criado acomodas
a su ser, yo en dignidad,
fuera del ángel, a todas
las criaturas.

Entendimiento.

Es verdad,
y así es grande obligación
la que tiene tu creación
a sus manos celestiales.

Alma.

Tres espíritus vitales
crió Dios, distintos son:
uno que cuerpo no tiene,
otro que carne cubrió,
mas aunque ella a morir viene,
nunca con ella murió,
que en esto a inmortal conviene.

Con carne nació el tercero,
y muere con ella: el nombre
del incorpóreo primero
es ángel, segundo es hombre,
y el tercero, el bruto fiero.

Grandes excelencias tengo,
pues en la parte inmortal
con los ángeles convengo,
y a mi patria celestial
es el centro donde vengo.

De Dios, que todo lo excede,
soy a su imagen formada,
cuando pueda ser que quede
de otras cosas ocupada,
sólo Dios henchirme puede.

Y ojalá el Esposo mío
Maya y gallarda me viera.

Entendimiento.

Que vendrá presto confío,
lleno al Alma que le espera
de su celestial rocío.

Alma.

¡Oh qué suaves olores
los de aquestas flores son!,
y como muero de amores
ha sido gran discreción
cubrir la Mesa de flores.

Hijas de Jerusalén,
cuando mi querido vaya
por vuestras puertas también,
que venga a verme hecha Maya,
decid, si me quiere bien.

Gula.

Pardiez, Cuerpo, poco gana
con esta fiesta el comer,
aunque es la Maya lozana.

Cuerpo.

Pocos la vienen a ver,
como no es Alma profana.

Pero en acudiendo gente
comerás hasta no más.

Gula.

Es caro el año, pariente,
cual no se ha visto jamás:
si vale diez, piden veinte.

Regocijo.

La Carne es cosa cruel;
pan y vino no es tan caro.

Gula.

Cantad algo de mí y dél,
y de aqueste viejo avaro,
mal fuego se encienda en él.

Cantaron los músicos así:

En año tan caro

Dios hace barato.

Quien compra en el Mundo
caro compra el gusto,
la Carne es disgusto
para muchos años:
Dios hace barato.

Carne y Sangre entrega
hoy Cristo al que llega
a su Santa Mesa,
donde da su plato:
Dios hace barato.

Entró a este tiempo el Mundo con hábito conforme a lo que representaba; la tela era verde y la bordadura flores.

Mundo.

A la fama de tal Maya
vendrá gente de la playa
del Nilo y Gange abundoso,
hasta del monte oloroso,
de Líbano y de Pancaya.

Por ser bella, a verla voy,
que tal gracia puso en ella
el Autor de cuanto soy,
que de enamorado della
cuanto él me ha dado le doy.

Querría correspondencia
deste amor, y que me diese
a sus visitas licencia.

Gula.

Este dará, aunque le pese.

Alegría.

Buen talle.

Regocijo.

Gentil presencia.

Cuerpo.

Pedidle.

Regocijo.

Quiérole hablar.

¿Quién sois hidalgo?

Mundo.

Respondo

que soy el Mundo.

Cuerpo.

¡Oh pesar
de vos, que por ser redondo
nunca cesáis de rodar!

Por esto en vos nunca dura
de una suerte el bien ni el mal.

Regocijo.

Vos sois casa de locura,
y un hospital general
de toda mala ventura.

¿Sois Comedia o Entremés?

Cuerpo.

Venid acá, buena pieza,
¿para qué andáis al revés

haciendo los pies cabeza,
y de la cabeza pies?

¿Cómo a indignos dais el bien,
y a los dignos le quitáis?

¿Cómo a los bajos también
subís en alto, y bajáis
a los que en alto se ven?

Si en vos todos son nacidos,
¿cómo estimáis a mil rudos
y hay mil sabios abatidos?
¿Por qué andan unos desnudos
y otros de martas vestidos?

¿Por qué hacéis de agravio leyes
contra las Leyes de Dios?
Y quien ara con dos bueyes
quiere a las veces en vos
igualarse con los reyes.

¿Cómo hacéis tantos engaños,
tan sin virtud y consejo,
lleno de enredos y daños?
Pero debéis de estar viejo,
como ha que sois tantos años.

¿Por qué tenéis las mujeres
llenas de tan ricos trajes,
que ya no hay para alfileres
en dotes de mil encajes,
y sois todo Baco y Ceres?

¿Por qué viven en vos tantos
con el juego, y la virtud
come arena y echa cantos?

Nunca Dios os dé salud,
¿porque no honráis a los santos?

¿Por qué es hipócrita el bueno,
y al que es malo llamáis justo?

¿Por qué andáis de pleitos lleno?
¿Por qué cuando nos dais gusto
se nos convierte en veneno?

¿Para qué allanáis las sierras,
y hacéis los valles alzar?

¿Por qué tenéis tantas guerras,
tantas naves en la mar?

¿No véis que asoláis las tierras?

¿Por qué adoráis el dinero
como a imágenes sagradas?

¿Por qué amáis al lisonjero,
y hacéis casas tan pesadas
siendo el vivir tan ligero?

¿Por qué por bienes del suelo
de trabajar no se cansa
el hombre, al calor y al hielo?

¿No sabéis que no descansa
el Alma hasta el mismo Cielo?

Mundo.

¿Por qué, Cuerpo, a mí me dan
la culpa de sus costumbres,
que yo soy casa en que están
sin saber sus pesadumbres,
ni cuándo vienen ni van?

Soy tierra que Dios formó
con plantas, para sustento
del hombre.

Gula.

Aquí llego yo.
¿Vos dais el mantenimiento?

Mundo.

Yo pues

Gula.

¿Conocéisme?

Mundo.

No.

Gula.

La Gula soy, dadme luego
algo que comer.

Mundo.

Querría

ver la Maya.

Gula.

Dadme, os ruego,
alguna cosa, aunque fría,
que ya las tripas despliego.

Vos sois Mundo, y siempre en vos
hay tiendas y bodegones,
metedme en uno, por Dios.

Regocijo.

Deja, Gula, esas razones.

Gula.

Somos amigos los dos.

Alegría.

Mejor es que dé a la Maya.

Contento.

Digámosle algún cantar.

Cuerpo.

¿Mas que le da ropa o saya?

Gula.

Pues bien, podéis comenzar.

Alegría.

Toca, Garabato.

Regocijo.

Vaya.

*Dad para la Maya,
gentil caballero,
más vale la honra
que todo el dinero.*

Regocijo.

Vida, repica el pandero.

Contento.

Repica el pandero.

Alegría.

Repico el pandero.
Demos gusto al Mundo entero
entre tanto que nos honra,
más vale la honra
que todo el dinero.

Mundo.

Por mi vida que es hermosa;
doyle mis gustos, mis bienes,
mis regalos.

Entendimiento.

¡Qué gran cosa,
si son falsos cuantos tienes,
y tu ofrenda fabulosa!
No los quieras, Alma.

Alma.

Digo
que son placeres de viento.
Vete, Mundo, que a Dios sigo.

Gula.

Callad, que me da sustento,
y es muy honrado y mi amigo.

Alma.

¿Gula, tú hablas aquí?

Mundo.

¿Que me has de hacer resistencia
y dejar cuanto hay en mí?

Alma.

Dadle la vaya.

Mundo.

Paciencia.

Alegría.

Toca, Garabato.

Regocijo.

Di.

*Corrido va el Abad,
corrido va,
corrido va el Abad.*

Corrido va el Mundo
de que no dió gusto,
porque al Alma al justo
sólo Dios le da.
Corrido va el Abad.

*Cuando el Mundo se iba entrando, corrido, entró la Carne,
muy bizarra y vanagloriosa, diciendo así:*

Carne.

Si no admitieron tus nombres,
yo sé que me han de admitir,

Mundo amigo, y no te asombres,
porque en mí sin mí vivir,
más es de ángeles que de hombres.

A fe que la Maya es bella;
¿qué nos admira a los dos,
si tanto bueno hay en ella,
que parezca bien a Dios
y que se muera por ella?

Está en extremo vestida
de Fe, y con la Caridad
la santa Esperanza asida,
y de humilde Castidad
con mil flores guarnecida.

Hay Templanza y Fortaleza,
con Prudencia y con Justicia;
¿quién ha visto igual belleza?

Cuerpo.

Este es lance de codicia.

Regocijo.

¿Quién?

Cuerpo.

La Carne.

Regocijo.

Rica pieza.

Cuerpo.

Yo muy bien con ella estoy,
porque soy lo mismo que ella,
y con ella vivo y voy.

Gula.

¿Qué podré yo comer della,
que su aficionado soy?

Cuerpo.

No es esta la de comer.

Gula.

¿Por qué, duelos os dé Dios,
tan cara os hacéis vender,
este año, que aun de vos
no puedo un cuarto tener?

Si el hielo mal os conserva
por el invierno profundo
y su aspereza proterva,
pues sois su amigo del Mundo,
decid que os preste su yerba.

Cantáronle así:

*Dad para la Maya
gentil, mi señora,
más vale la fama,
que la hacienda sola.*

Regocijo.

Mi vida, alégrate toda,
alégrate toda.

Alegría.

Alégrome toda,
por el contento que espero,
más vale la fama,
que todo el dinero.

Cuerpo.

Por mi fe, que quiero daros,
Alma, toda mi blandura,
mi deleite y gustos raros.

Alma.

No quiero bien que no dura,
ni gustos que son tan caros.

Carne.

¿Mis gustos tienes en poco?

Gula.

Sin duda, Carne, sois flaca.

Carne.

¿Que ya, en fin, no te provoco?

Gula.

Falda sois.

Entendimiento.

Dadle matraca.

Alegría.

Toca, Garabato.

Regocijo.

Toco.

Cantáronle así:

*Guarda el coco, niña,
guarda, niña, el coco.*

Guarda, Carne, aquesos motes
donde no haya resistencia,
que está aquí la Penitencia,
y os darán dos mil azotes;
buscad otros marquesotes,
que aquí vive Cristo solo.

*Guarda el coco, niña,
guarda, niña, el coco.*

Carne.

Yo traeré quien este día
gane estatuas de alabastro.

Gula.

Flaca sois, Carne, a fe mía,
no sois comprada en el rastro,
sino en la carnicería.

*Entrándose la Carne, salió disfrazado con galas a su propósito
el Rey de las tinieblas.*

Rey.

Vencido mi campo y gente,
ya no tengo que buscar,
ya no hay remedio que intente,
sólo quiero blasfemar
de quien la Maya consiente,
de quien tan bella la hizo
que en ella su efigie estampa,
de aquel que la contrahizo
de su bellísima estampa,
y en ella se satisfizo.

Mirad qué se me da a mí
que sea este Mundo un mar
tan alterado por mí,
si para poder pasar
tanto favor le da aquí.

Nave es la Iglesia entretanto,
velas penitencia son,
piloto es Cristo, ¡qué espanto!,
su Cruz divina el timón,
viento el Espíritu Santo.

¡Contrastadla dél regida,
o queredla combatir!
¡Ah pesar de mi caída!
¡No pudiera yo morir,
para no sufrir tal vida!

¿Qué me quiere agora el Cielo?

Alegría.

¡Oh qué buen galán!

Contento.

Gentil.

Regocijo.

Límpiale, que trae buen pelo.

Rey.

¿Qué me limpias, Cuerpo vil?
Harto lo estoy de consuelo.

Cuerpo.

¿Quién sois?

Rey.

Un vecino soy,
que vengo muy enfadado,
que ocupéis la calle hoy
con este enredo, trazado
de alguien con quien mal estoy.

¿De qué sirve que a la gente
detengáis desta manera?

Gula.

¿Esto os enoja, pariente?

Rey.

Si ésta de mi casa fuera,
sufriérala fácilmente.

Cuerpo.

¡Qué vecino tan malquisto!

Rey.

Si yo hiciera aquesta Maya
holgara de haberla visto,
mas yo no gusto que haya
Maya de en casa de Cristo.

Quitad luego, Entendimiento,
la mesa.

Entendimiento.

Este mal vecino
siempre estorba tu contento
desde que a la tierra vino
del más alto firmamento.

No seáis tan mal criado,
vecino y Rey de tinieblas,
si el Alma no os ha llamado,
ni queráis con vuestras nieblas
eclipsar su Sol dorado.

La Maya en su puerta está,
y no en vuestra pertenencia.

Gula.

Decidle si algo le da.

Rey.

¿Qué le he de dar? Mi impaciencia
y mi fuego, si va allá;

mi envidia, que no es muy poca,
mi pena, y en mi tormento
las blasfemias de mi boca.

Alma.

Echadle de aquí al momento.

Alegría.

Toca, Garabato.

Regocijo.

Toca.

*Pase el pelado,
que no lleva blanca ni cornado,
pase el pelado.*

Pase, pase el mal vecino,
que afrentar la Maya vino,
porque de Cristo divino,
vió que era mesa y estrado.
Pase el pelado, pelado.

Rey.

¡Gentil Maya, fea y fría!
No tendréis en todo el día
quien os dé blanca, a fe mía.

Alegría.

Miente, señor licenciado,
que no lleva blanca ni cornado.
Pase el pelado, pelado.

Blanca de gracia no tiene,
y aunque cornados mantiene,
sin moneda de Cruz viene,
que es cuarto falso y mellado.
Pase el pelado, pelado.

Cristo las almas buscando,
principio suave y blando,
ya viene aquí desatando
la bolsa de su costado.
Vete, pelado, pelado,
que no llevas blanca ni cornado.

Rey.

Vamos, Gula, al hondo abismo.

Gula.

Cristo viene, pon los pies,
que esperar es barbarismo.

Rey.

Yo apostaré, según es,
que viene a darse a sí mismo.

Partido el Rey de tinieblas y la Gula, salió el Príncipe de la luz, Cristo Nuestro Señor, acompañado de algunos ángeles.

Príncipe.

¿Que tan bien el Alma aprueba
la limpieza de su fe?

Entendimiento.

La palma a las Mayas lleva.

Príncipe.

Aunque yo todo lo sé,
Custodio me dió la nueva.

Y no es mucho que les lleve
la palma, si su estatura
a ser cual palma se atreve.
El fruto de su hermosura,
ya es razón que yo le pruebe.

Ya no será justa cosa
que de olvidada y desierta
tengas nombre, amada Esposa;
hoy tu habitación es cierta,
Dios con tu Fe se desposa.

Tu tiempo es tiempo de amantes,
Maya hermosa, y si desnuda
de mi gracia estabas antes,
llena de temor y duda
y peligros semejantes,
hoy tu desnudez abrigo
y mi capa extendiendo en ti,
hoy juro de ser tu amigo,
hoy me tendrás todo a mí
y firmo paces contigo.

No tienes ya que llorar,
contigo estoy.

Regocijo.

Este sí
que es galán que puede dar.

Cuerpo.

¿Luego conocéisle?

Regocijo.

Sí.

Cuerpo.

Templad, que le voy a hablar.
¿Quién sois, Señor?

Príncipe.

Una vez
que aqueso me preguntaron
los criados de un Juez,
cayendo en tierra, callaron.

Cuerpo.

Sería gente soez.
Verdad es que a esa presencia,
no yo, que soy una hormiga,
pero ni hará resistencia
el Mundo.

Príncipe.

¿Quieres que diga
de mi valor la excelencia?
Pues yo soy omnipotente,
Ciencia y Fortaleza soy,

todo lo tengo presente,
soy quien soy y en todo estoy,
mi ser será eternamente.

Principio y fin no he tenido,
nadie es primero que yo,
ni será después, ni ha sido.

Cuerpo.

¡Qué lindas señas que dió!
Cantad, que ya es conocido.

*Dad para la Maya,
Hombre y Dios Eterno,
más valéis Vos solo,
que el suelo y el cielo.*

Regocijo.

Vida, recibe contento.

Contento.

Recibe contento.

Alegría.

Recibo contento,
que ya Dios en Pan se ha dado,
más vale un bocado
que el suelo y el cielo.

Príncipe.

Alma mía.

Alma.

Gran Señor,
gran Príncipe de la luz.

Príncipe.

¿Tiénesme amor?

Alma.

Grande amor,
aunque Vos puesto en la Cruz
mostráis que el vuestro es mayor.

Como Pedro respondiera
que Vos, Señor, lo sabéis,
si yo como Pedro fuera.

Ya es tiempo que al Alma déis
lo que de esa mano espera.

No quise del Mundo nada,
de la Carne, ni del Rey
de tinieblas, obligada
al yugo de vuestra Ley,
de vuestra sangre comprada.

Entendimiento.

Ea, Señor, tiempo es ya
que abráis de vuestra grandeza
los tesoros, pues está
el Alma con la limpieza
que vuestra gracia le da.

Alma.

Señor, sea yo, si se muestra
en mí la lealtad jurada

para digna de esa diestra,
la ciudad que vió adornada
San Juan para Esposa vuestra.

Cuerpo.

Señor, pues dáis de comer
a tantos, que no hay quien vaya
que no vuelva con placer,
dad que meriende la Maya,
que no comió desde ayer.

Ea, Alegría dichosa,
Regocijo verdadero,
alegráos, que es justa cosa,
en las bodas del Cordero,
que ya está a punto la Esposa.

Cantaron luego así:

*Echad mano a la bolsa,
cara de rosa;
echad mano al esquero,
caballero.*

Rosa de rosa nacido,
Lirio entre espinas hallado,
Trigo blanco en Cruz molido,
del dedo de Dios sembrado,
echad mano a este costado
y dadnos alguna cosa,
cara de rosa.

Echad mano, aunque clavada
a la Cruz, que es bien que pueda,
y aunque del clavo pasada,
no se os caiga la moneda.

Dadme una blanca que exceda
los tesoros y las joyas,
cara de rosa.

Príncipe.

Alma, mi gracia te he dado
y mi gloria te daré,
y echando mano al costado,
el tesoro sacaré,
con llave de amor guardado.

Hoy tendrás el galardón,
de haberme sido fiel.

Alma.

Pues, fortísimo Sansón,
sacad el panal de miel,
de la boca del león.

Príncipe.

Doite siete Sacramentos
de mi Ley, Alma querida,
Bautismo, Confirmación,
y mi santa Eucaristía,
Penitencia, Extremaunción,
Orden, Matrimonio, y mira
que los cinco perficionan
al hombre, y los dos aspiran
a multiplicar la Iglesia,
y la vida humana imitan,
que por la generación
nace el hombre, y luego cría

por aumento cantidad,
y por quien virtud reciba.
Sustento le es necesario
a la virtud, y la vida
y la salud, porque enferma,
se sigue con mucha estima.
Tal se regenera el hombre
por el Bautismo, imagina,
que sin Espíritu Santo
y agua, del Cielo se priva.
La Confirmación le aumenta,
porque más perfecto viva,
que así el Espíritu Santo
los Apóstoles confirma;
da salud la Penitencia,
así David lo decía,
y de Alma y Cuerpo la cobra
con la Extremaunción bendita.
La Orden Sacerdotal
de espíritu multiplica
la Iglesia, y el Matrimonio
corporalmente, Alma mía.
Al Alma da de comer
la Eucaristía divina.
Este es mi Cuerpo y mi Sangre;
Alma, llega, si estás limpia.

Alma.

¿Cuándo, mi Dios verdadero,
merecí tanto favor?

Cuerpo.

Yo, que soy Cuerpo grosero,

si no veo el Pan, Señor,
sabed que de hambre muero.

Príncipe.

Pues Alma, espérate aquí,
que quiero enseñarte el Pan.

Entráronse el Príncipe de la luz y los ángeles.

Cuerpo.

¿Que el Pan va a mostrarnos?

Entendimiento.

Sí.

Cuerpo.

¡Oh qué famoso galán!
¿Si habrá harto para mí?

Entendimiento.

No es este el Pan material
que comes cotidiano,
que es Pan supersubstancial,
Pan divino y soberano,
Pan blanco, Pan celestial.

Aquí es Dios el que convida,
y es El mismo el que se da
en tan sabrosa comida.

Cuerpo.

Si Dios en el Pan está
bien se llama Pan de Vida.

Entendimiento.

Sacerdote y sacrificio
verás en esta ocasión.

Cuerpo.

¡Qué Divino beneficio!

Entendimiento.

Y un cáliz de bendición
que da de su hartura indicio.

Así lo promete Dios
por su boca.

Alma.

¡Qué contento,
qué gloria para los dos!
Cuerpo, está a mirarle atento.

Cuerpo.

Miradle con la Fe vos.

Descubriéndose una cortina, se vió un cáliz de notable altura y grandeza, a cuyos lados estaban algunos ángeles, y en él una Hostia con dos puertas de la proporción de la medida de un hombre.

Cuerpo.

A fe que es de buen tamaño
el Pan, bien promete hartura,
¡oh cómo es Pan de buen año!

Entendimiento.

Es la Carne y Sangre pura
de Cristo.

Cuerpo.

Milagro extraño.

*Abriéronse a esta sazón las puertas o mitades de la Hostia
y vióse a Cristo sobre el cáliz, vestido como se pinta en la Re-
surrección, con su manto rojo y bandera, y diciendo así:*

Príncipe.

Alma, yo soy, no podía
nadie amar tanto, ni dar
lo que yo doy este día;
a mi Mesa y a mi Altar,
hoy te convido, Alma mía.

Aquí estoy como en el Cielo,
aquí con una palabra
bajo de mi trono al suelo.

Alma.

Señor, mi sentidos abra
la Caridad de tu celo.

Hoy tu grandeza es notoria,
límpiame de mi desgracia
para que alcance victoria.

Príncipe.

Aquí te daré mi gracia,
y allá te daré mi gloria.

Con este aplauso acabaron el acto y representación referida, y cerrando aquellas mitades o puertas de la Hostia en que quedó cerrado el Príncipe de la luz, y alabando unos la acción de los representantes y otros la industria del artífice, cantó la música este baile:

*Dió el novio a la desposada,
corales y zarcillos y patenas de plata.*

*Dióle su Sangre en corales
y su Cuerpo en la patena,
y sus palabras reales
por zarcillos y cadena,
y en el Jueves de la Cena,
su mesa, su vida y su alma,
corales y zarcillos y patenas de plata.*

Con este sistema se garantiza el acceso a la representación teatral
y se garantiza que todas las personas que deseen acceder a la cultura
puedan hacerlo de forma gratuita, eliminando así la barrera
de los precios altos y otros factores que impiden el acceso a la
cultura por parte de algunas personas.

El acceso a la cultura es un derecho de todas las personas
y debe ser garantizado de forma gratuita, eliminando así la barrera
de los precios altos y otros factores que impiden el acceso a la
cultura por parte de algunas personas.

El acceso a la cultura es un derecho de todas las personas
y debe ser garantizado de forma gratuita, eliminando así la barrera
de los precios altos y otros factores que impiden el acceso a la
cultura por parte de algunas personas.





N.º 24